

*Carlos González Wagner*

# TARTESSOS MITO E HISTORIA



CEFYP-UCM

---

# TARTESSOS. MITO E HISTORIA



© Carlos González Wagner 2014

---

# Prólogo



Desde Schulten los arqueólogos han hecho un conciso esfuerzo por identificar primero una ciudad y luego los materiales propios de una cultura, pero, a pesar de los esfuerzos realizados, solo han sido medianamente afortunados al describir los rasgos y elementos más característicos de la misma. A su labor cabe añadir el trabajo de los filólogos en torno a las escasas noticias que la tradición literaria nos proporciona, así como el de los epigrafistas sobre los escasos documentos con escritura tartésica conservados. Por otro lado, las aproximaciones de los historiadores y de algún que otro antropólogo han versado muchas veces sobre aspectos concretos, vinculados frecuentemente con el problema de la "realeza" tartésica. Faltan síntesis históricas que en un tiempo no se podían hacer debido a lo escaso y parcial de la documentación obtenida, y que luego siguieron sin hacerse no tanto por problemas de documentación, que los sigue habiendo, cuanto por razones derivadas de enfoques teóricos y metodológicos; y así, prácticamente, salvo pocas excepciones, seguimos.

Si las comunidades tartésicas llegaron finalmente a integrarse en una estructura territorial de carácter regional articulada como un Estado incipiente, es algo que hoy por hoy

no estamos en condiciones de precisar por más empeño que se ponga. Lo que si parece más seguro es que tal cosa no sucedió, en caso de haber sucedido, hasta un momento tardío, por lo que resulta inadecuado hablar de una formación estatal en Tartessos antes y durante el llamado periodo "orientalizante" Creo que el termino "jefatura(s)", matizado como compleja(s) o avanzada(s), puede caracterizar satisfactoriamente su articulación política. En este sentido, Tartessos es fundamentalmente una sociedad en transición bajo el impacto de un contacto colonial prolongado y desigual cuyas consecuencias se plasman en la desestructuración económica y cultural.

En las páginas que siguen ofrezco al lector una serie de trabajos que fueron publicados en revistas académicas, y en algún medio de divulgación, desde la pasada década de los noventa hasta la primera de este nuevo siglo que hemos inaugurado. En ellos se puede apreciar la evolución de mis planteamientos sobre Tartessos a la luz de los datos disponibles en cada momento. Aunque lo cierto es que, desde mis primeras posiciones, los cambios tampoco han sido tantos.



# TARTESSOS: ENTRE EL MITO Y LA HISTORIA





Tartessos ha sido, y aún hoy lo es en gran medida, el tema estelar en la investigación de nuestro pasado, allí donde la Historia comienza a perder sus contornos para mezclarse con el mito y la leyenda. Para la mayoría de la gente Tartessos es evocación de una civilización antiquísima, anterior a la romana y coetánea de la fenicia y la griega, de un reino floreciente que tuvo su sede en el sur de la Península muchos siglos antes de nuestra era. Esta venerable antigüedad confiere sus peculiares rasgos a Tartessos lo que, unido a la fama de sus riquezas, codiciadas desde muy pronto por los audaces navegantes fenicios, y al desconocimiento arqueológico que en gran medida aún subsiste, ha servido y sirve para alimentar todo tipo de fabulaciones.

Los textos de los autores antiguos han conservado parte del recuerdo de lo que fue Tartessos, de como lo conocieron aquellos que lo visitaron, y de la imagen que tenían quienes habían oído hablar de su existencia. Recuerdo que, pese a todo, no es siempre fácil de establecer debido a la peculiaridad de las noticias conservadas. Y poseemos también los objetos y monumentos encontrados en distintos lugares del sur de la Península por varias generaciones de arqueólogos. Aún así, subsisten bastantes incógnitas, entre otras

cosas, porque ninguno de estos lugares ha podido ser excavado totalmente.

## **1. TARSIS Y TARTESSOS.**

Durante mucho tiempo se ha defendido la identificación del Tarsis bíblico con el Tartessos peninsular por medio de argumentos filológicos históricos o geográficos. En la Biblia la palabra Tarsis es empleada con significados diversos. Unas veces es un topónimo, como en el Libro segundo de los Salmos (72, 10) en el que se dice: "Los reyes de Tarsis y de las islas le ofrecerán sus dones, y los soberanos de Seba y de Saba la pagaran tributo". También en Jeremías (10,9): "...plata laminada venida de Tarsis", en el oráculo contra Tiro de Isaías (23, 6): "Pasad a Tarsis, lamentaos, moradores de la costa", y en el de Ezequiel (27, 12): "Los de Tarsis traficaban contigo en gran abundancia de productos de toda suerte; en plata, hierro, estaño y plomo te pagaban tus mercancías". En Isaías (66, 19) podemos igualmente leer: "Yo les daré una señal, y mandaré sobrevivientes de ellos a Tarsis, a las naciones de Put, de Lud, de Mosoc, de Ros, de Tubal y de Yaván, de las islas lejanas que no han oído nunca mi nombre y no han visto mi gloria...", y en Jonás (1,3): "Pero Jonás se levantó para huir de la presencia de Yavé a Tarsis, y bajó a Jope, donde halló un navío que se dirigía a Tarsis. Pagado el pasaje del mismo,

---

embarcó en el para marchar con ellos a Tarsis, lejos de la presencia de Yavé".

La mención a las "naves de Tarsis" como un tipo específico de embarcación se repite otras tantas veces, como en el texto del primer libro de Reyes (10, 21-22) sobre las riquezas del reinado de Salomón: "No había nada de plata, no se hacía caso alguno de esta en tiempos de Salomón, porque el rey tenía en el mar naves de Tarsis con las de Hiram, y cada tres años llegaban las naves de Tarsis trayendo oro, plata, marfil, monos y pavos reales", o sobre los barcos construidos un siglo después por Josafat (22, 49) para ir a Ofir: "Josafat construyó naves de Tarsis para ir a Ofir en busca de oro; pero no fueron porque las naves se destrozaron en Asiongaber". También en el mencionado oráculo de Isaías sobre Tiro (23, 1): "Gemid naves de Tarsis; vuestro puerto está destruido", y en el de Ezequiel (27, 25): "Las naves de Tarsis eran las caravanas que traían tus mercancías". En otra ocasión leemos en el mismo Isaías con ocasión de la ira de Yavé (2, 15-16): "... contra toda encumbrada torre, contra toda muralla fortificada, contra todas las naves de Tarsis y contra los navíos de mercancías preciosas".

Otras veces Tarsis aparece antropónimo, en Génesis (10, 2-4) por ejemplo: "... hijos de Javán: Elisa y Tarsis, Quitin y Rodanim", o en Crónicas al enumerar

los descendientes de Benjamín (I, 7, 10): "Hijo de Jedial: Bilhán. Hijos de Bilhán: Jehús, Benjamín, Ehud, Quenana, Zetán, Tarsis y Ajisar", y no faltan tampoco menciones con el significado de una desconocida piedra preciosa (*Exodo*, 28, 20, *Ezequiel*, 1, 16, *Daniel*, 10, 6, *entre otras* ).

Parece que Tarsis pudiera encontrarse en algún lejano lugar del Mediterráneo, aunque no faltan los partidarios de una localización oriental -en el Mar Rojo o incluso la India- o que esta palabra se utilizara para denominar de una forma abstracta, debido a los limitados conocimientos geográficos de los hebreos, una realidad geográfica ambigua, el lejano extremo occidente, según piensan otros. No obstante, la identificación con Tartessos, que también tiene partidarios recientes, resulta en términos filológicos problemática. Pero aún admitiéndola, las noticias sobre Tarsis en la Biblia bien poco podrían añadir al conocimiento que tenemos de Tartessos por los textos de los autores griegos y romanos, y por los descubrimientos arqueológicos. Son de interés, sobre todo, para las más antiguas navegaciones fenicias hacia Occidente.

## 2. LAS NOTICIAS DE LOS AUTORES GRIEGOS Y LATINOS SOBRE TARTESSOS.

Del conjunto de noticias que en la Antigüedad circularon sobre Tartessos debemos separar las de carácter mítico y legendario de las de índole histórica o geográfica. Las primeras, que incluyen el mito de Gerión y algunas alusiones a las hazañas en Occidente de héroes como Perseo, Heracles, Sarpedón, o los Argonautas, son el resultado del desplazamiento de muchos de los paisajes míticos griegos desde sus localizaciones originarias, empujados por la ampliación de los conocimientos geográficos que ocasionó la expansión colonial helénica. El mito de Gerión, que a finales del siglo VII a. C. el poeta Etesícoro de Himera sitúa por primera vez en Tartessos, había tenido previamente una localización oriental, como casi todos los mitos que se sitúan en algún lugar del Occidente o junto al Océano, que por aquel entonces constituía los confines del mundo conocido. Mucho después Pausanias (X, 17, 5) atribuirá a un nieto de Gerión llamado Norax la fundación de la ciudad de Nora en Cerdeña, de donde procede precisamente una estela con inscripción fenicia fechable en el siglo IX a. C., en la que algunos investigadores leen la palabra Tarsis: "Después de Aristeo pasaron a Cerdeña los iberos a las órdenes de Norax, y éstos fundaron la ciudad de Nora, la primera que se recuerda hubo en la isla. Norax dicen

que era hijo de Eritea, la hija de Gerión, y de Hermes". El propio testimonio de Etesícoro nos ha sido transmitido en época de Augusto por el geógrafo Estrabón (3, 2, 11): "Parece ser que en tiempos anteriores llamóse al Betis Tartessos, y a Gades y sus islas vecinas Eriteia. Así se explica que Etesícoro, hablando del pastor Gerión, dijese que había nacido enfrente de la ilustre Eriteia, junto a las fuentes inmensas de Tartessos, de raíces argénteas, en un escondrijo de la peña". Más adelante hace el siguiente comentario: "Y como el río tiene dos desembocaduras, dicese también que la ciudad de Tartessos, homónima del río, estuvo edificada antiguamente en la tierra colocada entre ambas, siendo llamada esta región Tartésida, que ahora habitan los túrdulos. Eratóstenes acostumbraba a llamar Tartésida a la región cercana a Calpe, y a Eriteia "isla afortunada". Más Artemidoro, opinando en contra afirma que ello es falso". El mismo Estrabón (3,5,4) recoge la idea de que había sido la riqueza en pastos y ganados de la zona la que había dado lugar a la localización del mito: "Para Ferécides parece ser que las Gadeiras son Eriteia, en la que el mito coloca los bueyes de Gerión, más según otros, es la isla situada frente a la ciudad, de la que está separada por un canal de un estadio. Justifican su opinión en la bondad de los pastos y en el hecho de que la leche de los ganados que allí pastan no hace suero". En el aspecto triforme de Gerión, personaje gigantesco de



tres cuerpos o tres cabezas, se ha querido ver una alusión a la presencia celta en la Península y en el mismo Tartessos, y también se ha interpretado como la existencia de caracteres sobrenaturales propios de los reyes primigenios o la naturaleza de un poderoso guerrero.

Otro mito, no menos controvertido, ha sido preservado por un único autor de época tardía, el epitomista Justino (44, 4) en el resumen que hizo de la obra de Trogo Pompeyo, historiador de tiempos de Augusto. Según su relato, los tartesios y los curetes habitaban los bosques, siendo uno de sus primeros reyes Gárgoris, que descubrió el aprovechamiento de la miel. Este monarca tuvo un hijo fruto de unas relaciones incestuosas por lo que fue abandonado en el monte, en donde sin embargo fue amamantado por las fieras. Arrojado al mar, las olas lo devolvieron a la orilla y una cierva lo crió entre sus cervatillos, adquiriendo su agilidad y costumbres. Capturado finalmente por unos cazadores se convirtió, tras ser reconocido por su padre y llamado Habis, en un rey sabio que dio leyes a su pueblo, en las que prohibía trabajar a los nobles, y les enseñó a cultivar la tierra con bueyes uncidos al arado. "...Se le impuso el nombre de Habis y, cuando recibió el reino, fue de una grandeza tal que no en vano parecía salvado de tantos peligros por majestad de los dioses,

ya que unió a aquel pueblo bárbaro con leyes y fue el primero que enseñó a domar los bueyes con el arado y a buscar el trigo en el surco...prohibió los trabajos serviles y dividió la plebe en siete ciudades. Al morir Habis el reino fue retenido durante muchos siglos por sus sucesores. En otra parte de Hispania constituida por islas, el reino estuvo en manos de Gerión". El mito, que presenta al personaje de rey civilizador o héroe cultural, frecuente en otros relatos similares, ha atraído el interés de muchos estudiosos. La mayoría, desde Caro Baroja, admite su autenticidad, atribuyéndole un origen autóctono, mientras que una minoría duda de ella y cree que es una creación del periodo helenístico, sin que poseamos pruebas definitivas a favor de una u otra opción. El mito, en cualquier caso describe el origen de una realeza muy antigua y el paso de una civilización muy simple a otra más compleja.

Igual de problemático resulta el testimonio de Avieno, poeta tardío, que en su composición erudita *Ora marítima*, realiza una descripción de las costas peninsulares. Aunque el autor afirma haber utilizado para su redacción fuentes muy antiguas, y entre ellas "los oscuros anales de los púnicos", lo cierto es que no sabemos nada seguro al respecto. Algunos investigadores piensan que utilizó fundamentalmente



---

datos obtenidos de un periplo griego massaliota, mientras que otros creen que se basó en un itinerario púnico de, al menos, el siglo VI a. C., debido a que el nombre de Ampurias no aparece y a que mucha de la onomástica que utiliza es tan antigua que no se encuentra en textos posteriores.

En su poema Avieno (265-295) recoge que Tartessos es una ciudad situada en el golfo del mismo nombre a la que confunde con Gadir (Cádiz): "Aquí se extienden en su amplitud las costas del golfo tartesio;...Aquí está la ciudad de Gadir, pues la lengua púnica llamaba *gadir* a un lugar cerrado. Fue llamada, antes, Tartessos, ciudad grande y opulenta en tiempos antiguos; ahora es pobre, ahora pequeña, ahora abandonada, ahora un montón de ruinas. Nosotros en estos lugares no vimos nada digno de admirar, excepto el culto a Hércules...El río Tartessos, deslizándose por campos abiertos desde el Lago Ligustino, ciñe la isla por ambos lados con su corriente. Y no corre por un sólo lecho, ni surca el sólo la tierra subyacente, pues, por el lado por donde nace la luz de la aurora, proyecta tres brazos sobre los campos; dos veces, con dos desembocaduras, baña también las zonas meridionales de la ciudad. Pero, encima de la marisma, se proyecta el monte Argentario, llamado así por los antiguos debido a su aspecto, pues refule en sus vertientes por la gran

cantidad de estaño, y despide más luz todavía hacia los aires, en la lejanía, cuando el sol ha herido sus excelsas cimas con rayos de fuego. El mismo río, a su vez, hace rodar, con sus aguas, limaduras de pesado estaño y arrastra el valioso metal junto a sus murallas...Como hemos dicho más arriba, el mar de en medio separa la ciudadela de Geronte y el cabo de un templo, y, entre rocas escarpadas se forma una bahía. Junto al segundo cabo desemboca un ancho río. Al fondo se proyecta el monte de los tartesios, de sombríos boscajes. Aquí se halla la isla Eritía, de extensos campos, y, en otro tiempo bajo el dominio púnico, pues unos colonos de Cartago fueron los primeros en ocuparla. Y Eritía está separada del continente por un brazo de mar a cinco estadios sólo de la ciudadela."

En su poema Avieno proporciona otras informaciones. El golfo, en la que se alza Tartessos, estaría situado más allá del estrecho tartesio (53-54). La duración de un viaje por mar desde Tartessos hasta el cabo Aruio -en la desembocadura del Duero- era de cinco días (162-164), mientras que desde la región en que se alza el cabo de Ofiusa - estuario del Tajo- el camino por tierra apenas se podía cubrir en cuatro (177-181). Así mismo, desde Tartessos hasta el Anas (Guadiana) había una jornada de navegación (265-267), y por tierra un viaje de cinco días hasta Malaka, en

donde los tartesios poseían una isla consagrada a Noctiluca (181-182, 428-430). Las gentes de Tartessos comerciaban desde antiguo con las Oestrimnidas (113-114) y el límite de sus territorios alcanzaba la región habitada por los masienos (463-464). Esto último aparece refrendado en el texto del segundo tratado romano/cartaginés del 438 a. C, conservado por Polibio (III, 24 ) en el que se hace mención expresa de Mastia de Tartessos, localidad que comúnmente se sitúa en las proximidades de Cartagena.

La confusión de Tartessos con Gadir también se produce en otros autores de época romana. Plinio el Viejo (4, 120) escribe: "nosotros la llamamos Tartessos y los púnicos Gadir, lo que en lengua púnica significaba reducto". De forma similar se expresan Cicerón, Valerio Máximo, Silio Itálico y Arriano. No obstante, cuando Estrabón habla de Gadir no alude a Tartessos, si bien reconoce al río de este nombre en el Betis (Guadalquivir). Antes que él, Éforo, geógrafo griego del siglo IV a. C. que extracta textos más antiguos, señala que dos días de navegación separan a Tartessos de Gadir. En esta noticia, conservada en Escimno de Quíos (164-166), se llama a Tartessos "ciudad ilustre, que trae el estaño arrastrado por el río desde la Céltica, así como oro y cobre en mayor abundancia". No está claro como se produjo la confusión entre Gadir, la antigua ciudad

fenicia, y Tartessos. Lo cierto es que el Estrecho de Gibraltar, donde se ubicaban las Columnas de Heracles, es llamado "gaderita" en los textos más antiguos, denominándolo "tartesio" los más recientes. La confusión Tartessos/Gadir podría proceder del periodo helenístico, pues es entonces cuando comienza a emplearse el calificativo de "tartesio" para referirse al sur de la Península Ibérica. Algunos investigadores consideran que pudieron haber existido originalmente dos "gadir" o fortificaciones fenicias y que una bien pudo haber estado próxima a Tartessos, mientras que otros consideran que fue su fama como la más floreciente ciudad en Tartessos la que, tras la desaparición de este emporio, llevaría a la equiparación entre ambas. En alguna otra ocasión se menciona en los textos antiguos la existencia de una ciudad, como ocurre con algunas noticias de Hecateo recogidas mucho después por Esteban de Bizancio (*FGrH*, I, 38) : "Tartessos, ciudad de Iberia nombrada por el río que fluye de la montaña de la plata, río que arrastra también estaño".

De todos los textos que la Antigüedad nos ha conservado sobre Tartessos son de particular interés los que debemos a Herodoto. El historiador de Halicarnaso menciona en dos ocasiones las relaciones de los griegos con Tartessos, al que llama *emporion akératon* (en el



sentido de lugar de intercambio "intacto" o "protegido") y se refiere también a su rey Argantonios que gobernaba "a la manera de un tirano". En relación a la aventura de Colaios de Samos en la época de la fundación de Cirene dice lo siguiente (4, 152) : "Acto seguido los samios partieron de la isla y se hicieron a la mar ansiosos de llegar a Egipto, pero se vieron desviados de su ruta por causa del viento de Levante, Y como el aire no amainó, cruzaron las Columnas de Heracles y, bajo el amparo divino, llegaron a Tartessos. Por aquel entonces ese emporio comercial estaba sin explotar, de manera que a su regreso a la patria, los samios con el producto de su flete, obtuvieron, que nosotros sepamos con certeza muchos más beneficios que cualquier otro griego...Los samios apartaron el diezmo de sus ganancias -seis talentos- y mandaron hacer una vasija de bronce, del tipo de las cráteras argólicas, alrededor de la cual hay unas cabezas de grifos en relieve. Esa vasija la consagraron en el santuario de Hera sobre un pedestal de tres colosos de bronce de siete codos, hincados de hinojos".

Por otra parte, al hablar de los viajes de los focenses hacia Occidente cuenta (1, 163) que: "Los habitantes de Focea fueron los primeros griegos que realizaron largos viajes por mar y son ellos quienes descubrieron el Adriático, Tirrenia, Iberia y Tartessos.

No navegaban en naves mercantes sino en pentecónteras. Y al llegar a Tartessos hicieron gran amistad con el rey de los tartesios, cuyo nombre era Argantonios, que (como un tirano) gobernó Tartessos durante ochenta años y vivió un total de ciento veinte. Pues bien los focenses se hicieron tan amigos de este hombre que, primero los animó a abandonar Jonia y a establecerse en la zona de sus dominios que prefiriesen, y, luego, al no poder persuadirles sobre el caso, cuando se enteró por ellos de como progresaba el medo, les dio dinero para rodear su ciudad con un muro. Y se lo dio en abundancia, pues el perímetro de la muralla mide, en efecto, no pocos estadios y toda ella es de bloques de piedra grandes y bien ensamblados".

La longevidad de Argantonios, que lo convierte en un personaje de leyenda, era celebrada por otros autores de la Antigüedad, como el poeta Anacreonte que residía en la corte del tirano Polícrates de Samos y que, según Estrabón (3,2,14) "no desearía ni el cuerno de Amaltea, ni reinar ciento cincuenta años en Tartessos", o por Plinio (7, 154): "El poeta Anacreonte dio a Argantonios, rey de los tartesios, ciento cincuenta años". Cicerón, Valerio Máximo, Luciano de Samosata, Apiano, recogen la misma noticia, que los investigadores modernos han interpretado frecuentemente como la duración de una dinastía.

### 3. HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA EN TARTESSOS.

Lo que los autores antiguos escribieron sobre Tartessos nos permite situarla en el sur de la Península Ibérica. Heródoto aún precisa más al afirmar que se encontraba más allá de las Columnas de Heracles (Estrecho de Gibraltar) y distinguirla de Iberia, que para los griegos representaba el litoral mediterráneo, en el que se encontraba Emporion. Éforo afirma incluso que se hallaba a dos días de navegación de la Gadir fenicia. Otras fuentes posteriores confunden ambas o asocian Tartessos al Estrecho y al Guadalquivir (Betis). La conclusión que se puede obtener es que Tartessos era en un principio el nombre de un lugar en la costa atlántica para, posteriormente, abarcar un territorio más amplio que, a grandes rasgos, llegaría a comprender todo el sur peninsular. Pero ¿qué era Tartessos?.

La lectura de las fuentes induce a pensar en un reino floreciente, con una capital amurallada situada en la múltiple desembocadura de un río que arrastra estaño entre sus aguas y nace en una montaña rica en mineral de plata. Un lago se encuentra próximo. Durante mucho tiempo, y desde la famosa obra de Schulten, que fue el primero en situar Tartessos en un lugar concreto del sur de la Península, los arqueólogos

buscaron una ciudad en distintas ubicaciones -Isla del Saltés (Huelva), marismas y Hasta Regia (Sevilla), Coto de Doñana, Mesa de Astas (Cádiz)- sin que el éxito les sonriera. A finales de los años sesenta esta etapa de la investigación se percibía agotada, por lo que a partir de entonces se sentaron las bases para, renunciando por el momento a la localización y excavación de la ciudad de Tartessos, llegar a definir arqueológicamente la cultura tartésica, precisamente cuando los hallazgos fenicios comenzaban a producirse a un ritmo acelerado. De esta forma, se prodigaron los sondeos y cortes estratigráficos a fin de obtener secuencias cronológicas más seguras y se realizaron algunas excavaciones que despertaron gran interés debido a las expectativas que suscitaron, como el Carambolo en Sevilla, asociado al famoso tesoro, o a los resultados obtenidos, caso de La Joya en la ciudad de Huelva.

El contexto arqueológico "orientalizante" así definido estaba formado por diversos tipos de objetos -cerámicas, bronce, joyas, marfiles- encontrados unos en las nuevas excavaciones realizadas, reestudiados otros que ya eran conocidos de excavaciones antiguas, o fruto del hallazgo más o menos casual los terceros. Desde esta perspectiva Tartessos y su cultura aparecían cada vez más vinculados a la colonización fenicia en la Península, cuyas pruebas arqueológicas se



multiplicaban con el descubrimiento de numerosos asentamientos en las costas mediterráneas, y cuya presencia apenas se había llegado a sospechar años atrás. De esta forma, del floreciente reino filohelénico que había imaginado Schulten y algunos investigadores posteriores, se pasó a concebir Tartessos como resultado de una fuerte influencia cultural de origen fenicio sobre las poblaciones del sur peninsular. Prácticamente todo lo que significara algún progreso respecto a los períodos anteriores de la Edad del Bronce -el torno, la escritura, la metalurgia del hierro, la vida en ciudades, la vid y el olivo, las artesanías - habría sido traído por los fenicios desde el otro extremo del Mediterráneo.

Tal interpretación acabó por suscitar dos tipos distintos de reacciones. Por un lado, algunos investigadores intentaron resucitar la vieja idea de un protagonismo griego en la formación de Tartessos, en detrimento, claro está, del elemento fenicio. Otros, por el contrario, comenzaron a minimizar, sin negarlas, las aportaciones externas, buscando las razones de la aparición de Tartessos en la propia dinámica local de las poblaciones de finales de la Edad del Bronce, tarea nada sencilla ante la escasez, en muchos casos, de información arqueológica sobre los momentos más antiguos.

En los últimos años se ha producido un lento progreso, como ocurre siempre en arqueología si no hay de por medio un descubrimiento sensacional, debido a la reexcavación de algunos yacimientos conocidos de tiempo atrás y estudiados con nuevos métodos, a algunos hallazgos realizados y a una relectura crítica de los textos antiguos, todo lo cual ha permitido delimitar mejor los objetivos centrales de la investigación. Recientemente una nueva y entusiasta generación de jóvenes arqueólogos, pertrechados con técnicas, métodos y planteamientos procedentes de lo más avanzado de la arqueología europea y americana, comparte la investigación con aquellos que llevan muchos años en la tarea, aportando ideas, críticas y discusiones en un proceso de renovación que puede aportar resultados muy interesantes.

#### **4. LOS RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA EN TARTESSOS: EL BRONCE FINAL.**

Los vestigios de los asentamientos más antiguos ocupados por las gentes de Tartessos en el sur de la Península se remontan a finales de la Edad del Bronce. Se trata de poblados más que de villas o ciudades, ya que se hallan compuestos por cabañas de planta oval o circular, excavadas en el suelo a poca profundidad, con paredes y techumbres construidas con entramado vegetal cubierto de barro, y dispuestas sin una

organización clara del espacio, y sin una distinción de áreas por actividades, al menos en lo que las excavaciones dejan conocer. Algunos de estos poblados son muy antiguos y, como Setefilla (Lora del Río, Sevilla), Carmona (Los Alcores, Sevilla), Montemolín (Marchena, Sevilla) El Berrueco (Medina Sidonia, Cádiz) o el Llanete de los Moros (Montoro, Córdoba) y Colina de los Quemados (Córdoba), se sitúan en lugares estratégicos que dominan los caminos y los recursos agrícolas de la zona, remontándose a mediados de la Edad del Bronce o a comienzos del Bronce Final. Otros, sin embargo, surgen en un momento posterior, hacia la mitad del siglo IX a. C., como los que ocupan los cabezos de Huelva, el Carambolo, Cerro Macareno, y Valencina de la Concepción, los tres en la provincia de Sevilla. Algo después, desde comienzos del siglo VIII a. C, surgen otros asentamientos más directamente relacionados con los trabajos mineros y metalúrgicos. Algunos están situados en la ruta que conducía desde las minas de Huelva (Río Tinto, Aznalcóllar) al Bajo Guadalquivir, como San Bartolomé de Almonte o Tejada la Vieja (Escacena, Huelva). Otros junto a las minas de Río Tinto, como Cerro Salomón o Quebrantahuesos.

También aparecen poblados con otras localizaciones, junto a la Gadir fenicia, como Castillo de

Doña Blanca (Puerto de Santa María, Cádiz) y en lugares más alejados y estratégicos de cara al acceso de territorios muy al interior, como Medellín (Badajoz). Al mismo tiempo que surgen estos nuevos poblados, aumenta el tamaño de los anteriores y la forma en que todos se disponen sugiere una organización territorial jerarquizada, en los que los centros más recientes y pequeños se sitúan en torno a los más antiguos, algunos de los cuales, como Carmona, se dotan de poderosas murallas. Características de todos ellos son las cerámicas, cuencos, urnas y vasos, con decoración bruñida o, en menor medida, pintada geométrica.

Desgraciadamente no se conocen las necrópolis de esta época correspondientes a todos estos lugares, por lo que se nos escapa una gran parte de valiosa información arqueológica. Curiosamente los objetos que componen el restante registro arqueológico de este periodo se encuentran descontextualizados o su contexto es muy difícil de establecer. Tales son, en primer lugar, una serie de estelas labradas en piedra con toscos grabados que representan, de forma muy esquematizada, lo que parecen ser guerreros rodeados de su panoplia -escudos redondos, hachas, lanzas y largas espadas de tipo "atlántico"- y otros objetos como lirras, peines, espejos de bronce y carros de parada. Estos monumentos se difunden por el sur de la



Península, con una mayor concentración en la zona extremeña, apareciendo algunos ejemplares aislados mucho más al norte, sobre el curso del Tajo y también en sitios como Coca y Zaragoza. Se les atribuye una función funeraria, en relación con los enterramientos de inhumación en cista de la Edad del Bronce, pero lo cierto es que ninguna ha aparecido hasta el momento vinculada a tal tipo de sepulcro, quizá como consecuencia de haber sido removidas de su ubicación originaria, y tan sólo tres han aparecido en las proximidades de alguna otra clase de tumba. Algunos investigadores consideran que pudieron haber servido como mojones, indicadores de territorios y caminos, mediante la formalización de un lenguaje simbólico común, una especie de pre-escritura o de escritura pictográfica muy simple, lo que sin duda constituye una hipótesis muy sugestiva que tiene, no obstante, en su contra la escasa altura de las estelas, lo que hace muy difícil que pudieran ser avistadas sino era desde muy cerca. Por último, hay quien ha querido ver en ellas la huella de la presencia de gentes célticas en Tartessos, guerreros de fortuna o "mercenarios" que podrían haber sido utilizados por las poblaciones del mediodía peninsular para la defensa de los cotos mineros.

Los hallazgos de depósitos de armas y otros utensilios de bronce, como el famoso de la Ría de

Huelva, encontrado en 1923 al dragar el puerto, corresponden también a este periodo. Aparte de algunas espadas aisladas descubiertas en grietas de las rocas, los conjuntos de armas suelen aparecer bajo las aguas de un vado de un río, en un lugar de confluencia entre un río y su afluente, o en una zona de estuario. Además de las espadas largas de tipo "atlántico", están presentes en estos hallazgos las más cortas de tipo "mediterráneo" y probable factura local, así como las puntas de lanza, puntas de flecha, puñales y algún que otro objeto personal, como las fíbulas. No menos importantes son los descubrimientos de tesoros, compuestos en su mayoría por piezas de oro - brazaletes, torques, diademas, cuencos y jarros - asociados frecuentemente con los cruces de caminos o el paso por una zona montañosa. Hallazgos de este tipo se han descubierto en Sintra (Portugal), Sagrajas (Badajoz) y Berzocana (Cáceres), entre otros sitios.

Paradójicamente el más fabuloso de estos tesoros, con un peso de más de 9 kg de oro, fue encontrado en 1963 en la localidad de Villena (Alicante), en un contexto geográficamente alejado de Tartessos, pero en posible relación con el cercano poblado de la Peña Negra (Crevillente, Alicante), descubierto y excavado posteriormente, que muestra la presencia de fuertes influjos tartésicos y fenicios.



## 5. LOS RESULTADOS DE LA INVESTIGACIÓN ARQUEOLÓGICA EN TARTESSOS: EL PERIODO "ORIENTALIZANTE".

A partir del 775 a. C. una serie de cambios observables en el registro arqueológico permiten hablar de la transición hacia un periodo "orientalizante" en consonancia con la difusión por el Mediterráneo de objetos y modas de procedencia oriental protagonizada primero por los fenicios y más tarde también por los griegos. Será entre el 700 y el 550 a. C cuando este orientalizante en el sur peninsular produzca sus manifestaciones más notorias. Las cerámicas fenicias y otras importaciones comienzan a hacer su aparición en

los poblados tartésicos y en las necrópolis de esta época. Algunas, como los peines de marfil, los espejos de bronce, las fíbulas o los carros, son el equivalente, en piezas de ajuar funerario, de las anteriores representaciones de objetos similares en las estelas.

Otras, como los jarros, páteras y estatuillas de bronce, las cajas o arquetas de marfil, las joyas de oro y plata, los objetos de vidrio tallado, los cuchillos de hierro con empuñadura de marfil, o los recipientes de cerámica o alabastro para perfumes, esencias, bálsamos y cosméticos aparecen ahora por primera vez y se concentran, con los anteriores, en algunas tumbas que por su tamaño y contenido alcanzarán a lo largo del siglo VII a. C. un carácter principesco. Junto a estas importaciones "de lujo" encontramos también en los poblados tartésicos otras más "comunes", y que sin duda obedecen también a la presencia de los fenicios, como son las ánforas que debían contener vino y aceite, así como telas, collares y otros abalorios, cuentas de vidrio, amuletos de estilo egipzianizante, etc.

Los cambios observables en el registro arqueológico durante este periodo no se reducen sólo a la aparición de objetos y artefactos traídos por los fenicios. En los mismos poblados se pueden constatar



modificaciones importantes en la técnica de construcción de las casas, ahora de planta cuadrada o rectangular, con muros enlucidos de mampuestos y tapial que se alzan sobre cimientos y zócalos de piedra. En ocasiones el suelo aparece cubierto con un pavimento de guijarros formando mosaicos. Desconocemos, debido a las pequeñas superficies excavadas, si estos cambios se corresponden a una nueva distribución del espacio en los asentamientos según una especialización de tareas y funciones, aunque en algunos lugares como Tejada la Vieja y la propia Huelva parece que así es. En otros, en cambio, como en Cerro Salomón, los vestigios de las actividades minero-metalúrgicas -martillos de granito, yunques de piedra, escorias, crisoles y toberas- se localizan en el interior mismo de las viviendas, sin que se aprecie una diferenciación funcional por zonas en el área del poblado.

Algunos de estos poblados, en especial los que ocupan posiciones estratégicas de control del territorio, como la Mesa de Setefilla (Sevilla) o en las rutas que conducían desde los centros mineros a los puertos de la costa, como Tejada la Vieja (Huelva) se fortifican por aquel entonces. En esta última localidad se construyó durante el siglo VII a. C. una importante muralla de más de un kilómetro y medio de longitud, en forma de

talud y reforzada por torres semicirculares. En algunas zonas de Sevilla y Córdoba los vestigios de nuevos habitats parecen guardar relación con una explotación agrícola de la campiña.

Bastante avanzado el periodo, casi ya a final del mismo, se construyeron grandes edificios en algunos lugares que, por su ubicación, presentan una disposición periférica en relación al Bajo Guadalquivir y la zona de Huelva, donde se han concentrado la mayor parte de los hallazgos. En Cástulo (Linares, Jaén) un pequeño santuario del siglo VI, muy parecido a estructuras similares descubiertas en Chipre, estaba, según parece, relacionado de alguna forma con la actividad metalúrgica. Así mismo, el palacio/santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Cáceres), también presenta en su construcción huellas de una evidente influencia oriental, pero difiere del santuario de Cástulo en que no se encuentra próximo a ningún poblado de la época que conozcamos arqueológicamente, lo que hace más difícil su interpretación. Ningún otro edificio público o de prestigio de este periodo se conoce en parte alguna. Como centros de actividades especializadas, la presencia de edificios públicos, sede por otra parte del poder económico y político, suele ir asociada a la de la escritura. Los restos más antiguos de una escritura en

Tartessos corresponden precisamente a este periodo. Se trata de una escritura de aspecto geométrico y de posible procedencia fenicia que se utilizó fundamentalmente para escribir fórmulas estereotipadas sobre un tipo de estelas, al parecer funerarias, que se consideran posteriores a las estelas decoradas del Bronce Final, así como algunos grafitos muy simples, tal vez marcas de propiedad, sobre recipientes cerámicos.

Las necrópolis, por su parte, se caracterizan por la diversidad, casi mezcolanza, de ritos y estructuras funerarias. Inhumación e incineración aparecen incluso dentro de la misma tumba y otras veces comparten el mismo recinto funerario, en tumbas de cámara cubiertas por un túmulo, en fosas alargadas y poco profundas, o en simples oquedades practicadas en el suelo. Toda esta variedad puede estar reflejando simultáneamente la presencia de influencias externas, la coexistencia en un mismo lugar de poblaciones diversas y los cambios culturales y sociales que se produjeron durante este periodo. Algunas tumbas, como en la Joya (Huelva), el Acebuchal (Sevilla) o en Cástulo, contenían restos de un ajuar muy rico cuando fueron excavadas. En otras ocasiones la construcción de grandes estructuras funerarias -túmulo y cámara-, que albergaban también ricos ajuares, fue realizada

sobre los restos de enterramientos anteriores mucho más modestos que resultaron destruidos, como en Setefilla, lo parece describir un proceso de enriquecimiento y encumbramiento social de ciertos grupos de la población. Estos túmulos principescos, en los que se entierran uno o a lo sumo dos individuos, con sus joyas, marfiles y un carro de parada, contrastan con otros más antiguos sin cámara interior y de tipo colectivo, como los de la necrópolis de La Cumbres (Puerto de Santa María, Cádiz) que albergaban enterramientos más modestos en cista o en fosa, sin apenas diferencias de tamaño y de ajuar entre ellos, y con una disposición en grupos que sugiere su carácter familiar.

Grandes tumbas sin cámara funeraria interior se han encontrado también en Alcantarilla y Cañada de Ruiz Sánchez (Carmona, Sevilla). Al margen de las diferencias en el tamaño, la forma y la altura de los túmulos, la presencia o no de cámaras funerarias y de los ricos ajuares, la cultura material tal y como se observa, por ejemplo, en las cerámicas, es la misma antes y en el momento de la construcción de las tumbas principescas, por lo que no se pueden achacar a un grupo foráneo y parecen corresponder, más bien, a la aparición entre la población de personajes ricos y poderosos.

Las cerámicas locales comienzan a fabricarse a torno en este periodo y también se imitan formas y modelos característicos del repertorio de las cerámicas fenicias. Sin embargo esta imitación no es generalizada. Se copian sobre todo los cuencos, vasos y ollas, vajilla de mesa y de cocina, mientras se ignoran aquellas otras piezas, como los pequeños recipientes de ungüentos y perfumes, propias de un uso más especializado. Parece que también se llegaron a fabricar localmente algunos objetos típicos del repertorio "orientalizante", como los jarros o los timaterios de bronce, joyas y algunos objetos de marfil, si bien los arqueólogos mantienen dudas, por lo que la polémica subsiste, sobre si fueron realizados por artistas y artesanos tartésicos que habían aprendido las técnicas y se inspiraban en los modelos orientales, o por fenicios que vivían en las colonias de la costa e, incluso, entre la misma población de Tartessos.

De entre los descubrimientos más espectaculares pertenecientes a este periodo, además de la necrópolis de la Joya y del palacio/santuario de Cancho Roano, figuran dos importantes tesoros orientalizantes, muy diferentes en contenido y estilo a los del Bronce Final. El primero de ellos fue descubierto a comienzos de los años veinte en la Aliseda (Cáceres), pero hasta hace pocos años no ha sido objeto de una valoración adecuada. Se trata de joyas femeninas de oro -anillos,

brazaletes, pendientes, collar, diadema y cinturón- de complicada manufactura fenicia realizada en la Península o importadas de Oriente, como la botella de vidrio que, con un cuenco de oro, un par de vasos y una fuente de plata y un espejo de bronce, completaban el hallazgo, relacionado con una tumba de cámara cubierta por un túmulo. Estas joyas orientalizantes son ligeras e intrincadas y están realizadas en pequeñas láminas con técnicas como el granulado, la filigrana y las soldaduras de oro. Tesoros más pequeños de este tipo se han encontrado en Cortijo de Evora (Cádiz), Serradilla (Cáceres) y Baiao (Portugal). El tesoro del Carambolo (Sevilla), el segundo en importancia de esta época, contenía por el contrario piezas de oro más pesadas, propias de un personaje masculino, -pectorales, brazaletes, diadema, cinturón y collar- y fue hallado asociado a las estructuras de un poblado, cuya excavación, dada la envergadura del descubrimiento, defraudó sin embargo las expectativas iniciales. Ningún gran centro tartésico fue descubierto allí, como al principio se esperaba, sino tan solo un asentamiento similar a otros tantos conocidos.

Hacia mediados del siglo VI a. C., o más concretamente entre el 575 y el 540 se produce la llegada a la zona de Huelva de cerámicas de importación de origen griego oriental, en especial copas



jonias así como aríbalos y píxides que contenían perfumes y otros vasos más elaborados entre los que destacan un par de fragmentos atribuidos al taller de Clítias. Ya antes habían aparecido algunas piezas de origen rodio, samio o eolio. No faltan ahora las ánforas procedentes de Quíos, Corinto, Samos, o la misma Atenas, contenedores seguramente de aceites y vinos de calidad. Todas estas piezas griegas, con un total de unos dos mil fragmentos hallados, apenas suponen, sin embargo, un 3% del total de la cerámica encontrada, tanto importada como de fábrica local, por lo que su presencia sugiere un comercio restringido a grupos y sectores sociales muy específicos y reducidos y confirma las noticias de Herodoto a tal respecto.

## **6. UNA APROXIMACIÓN A LA HISTORIA DE TARTESSOS.**

Cuando intentamos interpretar toda esta documentación arqueológica y las noticias transmitidas desde la Antigüedad surgen algunos problemas. Carecemos de una secuencia mínima fiable de acontecimientos y una aproximación desde la historia social sólo puede realizarse a grandes rasgos. Si Tartessos, además de un emporio fue una ciudad, como leemos en los textos antiguos, situada más allá de las Columnas de Heracles, todos los datos parecen indicar a Huelva, en el estuario del Tinto-Odiel, como la candidata más idónea, no sólo por la potencia de su

orientalizante, como se percibe en la necrópolis de La Joya, y el tamaño que llegó a alcanzar la ciudad, sino porque el paisaje circundante coincide notablemente con el descrito en tales textos. Ello nos lleva a plantear la cuestión de la formación de las ciudades tartésicas, en Huelva y otros lugares, así como el papel que la presencia colonial -fenicia y en menor medida griega- detectada jugó en aquel proceso. Durante bastante tiempo se ha considerado a Tartessos el resultado de la llegada a nuestras costas de pueblos mediterráneos. Schulten ya pensaba en unos orígenes debidos a gentes relacionadas con los "Pueblos del Mar", hipótesis que, de forma matizada, ha sido reivindicada en los últimos años por algunos investigadores. Desde los descubrimientos, iniciados a mediados de los años sesenta, de los asentamientos fenicios en el litoral mediterráneo, se ha impuesto, sin embargo, la idea de un protagonismo fenicio. Se concibe Tartessos como resultado de los cambios culturales y sociales provocados por la presencia de los colonizadores y comerciantes fenicios. Pese a ser la más extendida, esta explicación no deja de tener sus puntos débiles. Otorga a las gentes del sur peninsular un papel meramente pasivo en la conformación del mundo tartésico, pero éste no es su principal defecto. Asume, sin más, que el comercio es el causante de las transformaciones culturales y sociales observadas durante el "orientalizante", lo que no está en modo alguno

---

probado, y da a éstas un alcance y una intensidad que no se corresponde muchas veces con los resultados de la propia investigación arqueológica sobre la que pretende apoyarse. Ciertamente se produjeron cambios en Tartessos durante los siglos VIII, VII y VI a. C, pero parece que afectaron, sobre todo, a la forma de vivir de pequeños grupos sociales que son los mismos en los que se concentró la riqueza

Las poblaciones que habitaban el sur de la Península durante el final de la Edad del Bronce practicaban una economía básicamente ganadera, en la que la agricultura parecía ocupar un papel secundario, y estaban organizadas en grupos familiares que a su vez se articulaban en grupos de parentesco más amplio, como linajes y clanes. Podemos estar bastante seguros de ésto a partir de lo observado en sitios como Las Cumbres. Se trataba de una sociedad de la que sus vestigios arqueológicos no permiten atisbar importantes diferencias sociales ni una especialización acusada en actividades de gobierno o de tipo económico. La metalurgia del bronce, del oro y de la plata producía exclusivamente objetos ornamentales y armas. Los utensilios y herramientas corrientes se fabricaban de piedra, hueso o madera. Las cerámicas, algunas de gran calidad, estaban hechas a mano, y los poblados en los que se detecta la existencia del trabajo

metalúrgico tenían un carácter estacional que permitía compaginarlo con el cuidado del ganado y el trabajo de la tierra. Se trata, en definitiva, de una sociedad ganadera propia de la Edad del Bronce, similar a las que en otros lugares de Europa y el Mediterráneo precedieron la formación de civilizaciones más complejas.

Desde principios del siglo VIII a. C -aunque algunos datos sugieren más bien mediados del siglo IX- la presencia de los fenicios en la costa comenzó a manifestarse también entre las poblaciones tartésicas. Mediante el intercambio de regalos y la sacralidad proporcionada por el templo de Melkart en Gadir, que había sido fundada un poco antes, los mercaderes y colonos fenicios se granjearon la confianza de los dirigentes locales. El carácter pacífico de la presencia fenicia ayudó mucho en este sentido. La coexistencia y la amistad entre ambos grupos culturales, que se observa en la presencia de fenicios en Huelva, como los que construyeron el muro de refuerzo del Cabezo de San Pedro, o en las tumbas fenicias de la necrópolis de Las Cumbres, se nutrieron de pactos y alianzas que se sellaban, como era la costumbre, con matrimonios mixtos. El prestigio que tales uniones proporcionaba a los dirigentes locales comenzó a encumbrarles. Además, a cambio de moderadas cantidades de plata y

cobre, conseguían toda una serie de objetos exóticos, que figuran representados en las estelas, lo que les permitía una ostentación propia de un rango superior al de los restantes miembros de su comunidad. Estos bienes de prestigio, muy valiosos y escasos, eran utilizados para la concertación de nuevas uniones y alianzas, con las que se asentaba una jerarquía y una posición social emergentes. De esta manera se fueron consolidando unas elites incipientes que se hallaban muy interesadas en mantener relaciones cordiales con los fenicios.

Superada esta etapa inicial de los contactos, los fenicios, por su buena acogida entre las gentes de Tartessos, se hallaban en condiciones de incrementar la demanda de los metales -plata, oro, cobre- que les interesaban, proporcionando a cambio un mayor número de mercancías, unas traídas directamente desde Oriente, otras producidas en sus factorías del litoral. La perspectiva debió satisfacer sin duda a las elites tartésicas que se toparon, sin embargo, con algunos problemas técnicos y de movilización de fuerza de trabajo. Las pegas de tipo técnico, que no eran las más importantes, fueron resueltas gracias a alguna aportación por parte de los fenicios, aunque limitada, ya que se procuraba siempre excavar los filones más superficiales. El método empleado para la obtención de

la plata por medio de fusión y copelación, que requería temperaturas de 1000-1200 grados, era sumamente complejo y sugiere también influencias fenicias, aunque no están comprobadas. La movilización de la gente necesaria para trabajar en las minas y en la metalurgia fue resuelta por las elites tartésicas, en parte utilizando gentes desplazadas procedentes de la Meseta, cuyas peculiares cerámicas encontramos en sitios como Cerro Salomón, en las minas de Río Tinto, y en parte recurriendo a la población local. No sabemos que procedimientos se usaron. Algún investigador prestigioso ha sugerido recientemente que la presencia de gentes de la Meseta en Tartessos no debe entenderse sólo como trabajadores de la minas, sino también, y sobre todo, como grupos armados que fueron empleados para defender las zonas mineras y los centros metalúrgicos de la codicia de gentes de otras regiones. Algunos de estos grupos, utilizados tal vez para obligar a trabajar como mineros a parte de la población local, podían haber escalado una posición social preeminente, imponiéndose por la fuerza. De hecho el nombre de Argantonios parece indoeuropeo, pero este es un indicio poco fiable, pues se trata más de un apelativo dado por los griegos a un gobernante del lugar que de un nombre propio. Dos cosas parecen ciertas, la índole familiar del trabajo realizado en centros minero-metalúrgicos como Cerro Salomón, y el carácter poco guerrero de las gentes de Tartessos, como



---

se deduce de la ausencia de armas en las tumbas y los poblados.

La población local necesaria para trabajar en las minas pudo haber sido movilizada, sin recurrir necesariamente a la coerción o a la violencia, mediante presión social. En una sociedad, como aquella, en la que el parentesco constituía aún el principal elemento en torno al que giraban las relaciones entre individuos, deber un favor o haber recibido una esposa situaba a las personas en una posición de obligación, que se incrementaba si el "acreedor" pertenecía a un grupo social distinguido. Un procedimiento tan sencillo como éste pudo bastar, junto a la expectativa de conseguir alguno de los artículos que proporcionaban los fenicios, para que parte de la población trabajara en las minas y en la metalurgia, aprovechando la facilidad de las poblaciones ganaderas para disponer de gente que no cuida de los rebaños durante una parte del año. De este modo las elites incipientes consiguieron apropiarse, en forma del trabajo realizado en las minas, de una parte del excedente y convertirlo en riqueza.

Esta es precisamente la imagen que describe Herodoto cuando afirma que Argantonios gobernó "a la manera de un tirano" en Tartessos, lo que para un

griego de su época sólo podía significar una cosa: un poder que se obtiene a partir de la riqueza proporcionada por el comercio, como sucedía con los tiranos griegos. De acuerdo con esta interpretación, la "realeza" que representa Argantonios no es tal, al menos en el sentido tradicional de las monarquías mediterráneas, y la legitimación de su poder no reside en su sacralidad, ni en la transmisión dinástica, aunque es posible que una estirpe con ese nombre haya existido en Tartessos.

El poder de estos "reyes" provenía de su riqueza, la misma que observamos en las tumbas principescas de La Joya y otros lugares, y los intentos de una legitimación religiosa parecen haber sido posteriores y un tanto periféricos, como sugieren la presencia del monumento funerario de Pozo Moro (Albacete) o el mismo palacio/santuario de Cancho Roano. Que se trataba de un poder que se encontraba en sus fase de formación parece poder deducirse de la presencia de gentes que han sido enterradas en las necrópolis tartésicas después de haber sufrido una muerte violenta, tal vez sacrificados a la manera de los sirvientes de los jefes escitas -enterrados también con una profusión de riquezas bajo túmulos principescos- o de los cortesanos de los reyes de Ur y de algunos de los primeros faraones egipcios, según una práctica que

---

permite estabilizar el poder en las sociedades arcaicas, ya que nadie matará al dirigente si su destino es acompañarle en la tumba.

Poco más sabemos sobre estas élites tartésicas y sus reyes. La transmisión hereditaria de su autoridad parece reposar en algunos indicios, como son la interpretación de la longevidad de Argantonios en términos de una familia de dinastas, o el enterramiento de la Tumba de la Casa del Carpio (Belvís de la Jara, Toledo) en el que una mujer joven y un niño, presumiblemente su hijo, fueron sepultados con un ajuar orientalizante de cierta riqueza. Ya que los arqueólogos consideran una tumba infantil rica como el signo de que una posición social preeminente que se transmite por herencia, nos permite pensar en la existencia de grupos de carácter aristocrático. Si esto ocurría en la periferia de Tartessos en un momento tardío es posible sospechar, aunque no haya prueba alguna al respecto, una situación similar y anterior en el Bajo Guadalquivir y Huelva. Parece que se produjo un aumento de la población o una reorganización de la misma, que se concentró en los centros más grandes, adquiriendo algunos características casi urbanas, mientras que se colonizaban nuevas tierras agrícolas. La mayor parte de las herramientas siguió

fabricándose, sin embargo, en los materiales tradicionales: piedra, hueso y madera.

El estilo de vida de aquellas elites tartésicas, caracterizado por la ostentación de la parafernalia orientalizante -joyas, vestidos, perfumes- y la acumulación de la riqueza proporcionada por el comercio, se difundió por todo el sur peninsular, junto con algunos elementos más comunes de la cultura material, como las técnicas de construcción de viviendas y las cerámicas, alcanzado incluso las costas de Levante. No parece, sin embargo, a la vista de los resultados arqueológicos, que haya existido un gran reino tartésico que controlara bajo una dirección política única todos estos territorios. Más bien habría que pensar en una expansión económica, en la que los propios fenicios estarían involucrados, con el objetivo de ampliar el horizonte de las transacciones comerciales, haciendo intervenir cada vez a un mayor número de participantes, estrategia muy típica del comercio desarrollado en aquellas condiciones. De este modo se explicaría la presencia de influencias tartésicas y "orientalizantes" en Extremadura (Cancho Roano, Medellín, etc) y, más al norte, en la zona del Tajo, como en la mencionada Tumba de la Casa del Carpio o en Arroyo Manzanas (Las Herencias, Toledo), influencias que llegan hasta Levante, donde están presentes en

---

sitios como los Saladares (Orihuela, Alicante), Vinarragel (Castellón de la Plana), y en la Peña Negra (Crevillente, Alicante), tal vez la antigua Herna, donde confluyen con la presencia en el lugar de artesanos fenicios y la cercana colonia fenicia de Guardamar, junto a la desembocadura del Segura.

El carácter pacífico de la colonización y de la presencia fenicia en Tartessos (Huelva, Tejada, Carmona, etc) tenía, no obstante, su reverso. Se trataba, en esencia, de un intercambio desigual, por el que los fenicios obtenían grandes cantidades de metales a cambio de un volumen relativamente modesto de manufacturas. Tal tipo de intercambio encubría una sobre-explotación del trabajo, generada por la transferencia de riqueza entre sectores económicos, el fenicio colonial y el tartésico, que funcionaban sobre la base de relaciones de producción diferentes. El modo de producción de las comunidades tartésicas, simple y poco especializado, quedó dominado por el modo de producción, complejo y especializado, de los colonizadores y comerciantes fenicios, y sometido a un proceso de transformación en el que, por una parte los fenicios estaban interesados en conservarlo tal cual, a fin de utilizarlo para satisfacer su demanda de metales, ya que los fenicios no trabajan ellos mismos en las minas, pero por otra terminaron modificándolo, ya que

le privaron, por medio del comercio y la explotación del trabajo minero, de los medios que tradicionalmente aseguraban su continuidad, al alterar sus estructuras económicas y sociales.

El final de Tartessos, que fue concebido en su momento como una destrucción violenta a mano de sus más poderosos adversarios, los cartagineses, se contempla hoy, a falta de otras pruebas arqueológicas, como un fenómeno básicamente interno, caracterizado por la reducción del habitat, como se observa en la misma Huelva y en otros lugares, el abandono o el decrecimiento del trabajo en las minas, consecuencia quizá del agotamiento de los filones más superficiales, y la desaparición de las manifestaciones del lujo orientalizante. Tartessos sucumbió víctima de un crisis compleja que afectó, sobre todo, a las elites sociales, y que fue provocada en gran medida por la excesiva dependencia de su economía del sector minero-metalúrgico, que dependía a su vez, económica y tecnológicamente, de la presencia colonial fenicia. Desde entonces, siglo V a. C., su recuerdo se fue borrando hasta quedar finalmente convertido en leyenda.



---

## BIBLIOGRAFIA

Alvar, J. y Blázquez, J. M. (eds) *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, 1993 (Cátedra)

Aubet, M<sup>a</sup> E. (coord.) *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, 1988 (AUSA)

Aubet, M<sup>a</sup> E., "La aristocracia tartésica durante el periodo orientalizante", *Opus*, 3, 1984, pp. 445-468.

Blázquez, J.M. *Fenicios, griegos y cartagineses en Occidente*, Madrid, 1992 (Cátedra)

Belén, M. y Escacena, J.L. "Las comunidades prerromanas de Andalucía occidental": *Paleoetnología de la Península Ibérica (Complutum, 2-3)*, Madrid, 1992, pp. 65-87.

Fernandez-Miranda, M. "Les Phéniciens en Occident et la réalité tartessique": *I Fenici: ieri oggi domani*, Roma, 1995, pp. 395-407.

Garrido, J.P. "Presencia fenicia en el área atlántica andaluza: la necrópolis orientalizante de La Joya": *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Vol. 3, Roma, 1983, pp. 857-863.

Harrison, R.J. *España en los albores de la historia*, Madrid, 1989 (Nerea)

Maluquer, J.M. *La civilización de Tartessos*, Granada, 1985 (EAU)

Pellicer, M. "Yacimientos orientalizantes del Bajo Guadalquivir": *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, vol. 3, Roma, 1983, pp. 825-836.

Plácido, D., Alvar, J y Wagner, C.G. *La formación de los Estados en el Mediterráneo Occidental*, Madrid, 1991 (Crítica)

Ruíz Mata, D. "Tartessos": *Historia de España* (A. Domínguez Ortiz, dir.) vol. 1: *De la Prehistoria a la conquista romana*, Barcelona, 1990, pp. 379-429.

VV AA *Tartessos*, *Revista de Arqueología*, ext. n<sup>a</sup> 1, 1980

VV AA *La cultura tartésica en Extremadura*, Mérida, 1991

Wagner, C.G. "Aproximación al proceso histórico de Tartessos": *Archivo Español de Arqueología*, 56, 1983, pp. 3-36.

Wagner, C.G. "Tartessos y las tradiciones literarias": *Rivista di Studi Fenici*, XIV, 2, 1986, pp. 201-228.

Wagner, C.G. "Fenicios y autóctonos en Tartessos": *Trabajos de Prehistoria*, 52, 1, 1995, pp. 109-126.

*Capítulo 2*

LA HISTORIA  
ANTIGUA  
Y LA  
ANTROPOLOGÍA





## 1. HISTORIA ANTIGUA Y ANTROPOLOGÍA: DOS CAMINOS. COMPLEMENTARIOS.

Durante mucho tiempo los estudios sobre Historia Antigua y los de Antropología han seguido trayectorias claramente separadas. Salvo unas pocas excepciones como los trabajos de Rohde (1973) que recurre cuando los necesita a las comparaciones etnológicas, y el mismo Engels (1972) que se sirvió de las investigaciones de Morgan (1971) considerado junto con Tylor (1912) como el fundador de la moderna ciencia antropológica, historiadores y antropólogos apenas han compartido sus investigaciones y buscado la experiencia del otro más allá de sus propias filas. La Historia Antigua ha crecido casi siempre en su autosuficiencia, auxiliada por disciplinas afines como la Filología o la Arqueología. Con sus métodos propios y su veterana aprehensión a la elaboración de modelos teóricos, ha permanecido largamente aislada y desconocedora por tanto de los progresos que en otras ciencias sociales se venían realizando. Tan sólo recientemente esta tendencia parece penetrar en un progresivo aunque lento declive; a pesar de ello, en aquellas contadas ocasiones en que se ha producido un acercamiento entre historiadores y cualquier otra clase de científicos sociales, ello ha redundado finalmente en beneficio de una mejor comprensión de los problemas planteados, especial-

mente cuando el contacto se ha producido con las investigaciones y modelos desarrollados por los antropólogos

Como metodología antropológica, el estructuralismo francés con su gran énfasis en los sistemas simbólicos ha tenido cierta incidencia en el análisis de diversos aspectos de la Antigüedad, relativos casi siempre al mundo griego, como muestran los conocidos trabajos de Detienne (1985; 1986; 1988) Vernant (1982) o Vidal-Naquet (1983). Claro que un precedente muy anterior lo encontramos en Finley, quien en su *Mundo de Odiseo* utiliza las categorías sociológicas de Marcel Mauss (1954) sobre el intercambio de dones, así mismo adoptadas por los antropólogos estructuralistas. También relacionados con los antiguos griegos están los trabajos de Gernet (1968) y la más ecléctica síntesis de Humpreys (1978) que representa un esfuerzo muy notable por ofrecer un estado de la cuestión de la aportación de la ciencia antropológica al conocimiento de la antigua Grecia. Debe mencionarse igualmente la influencia de la antropología económica de Karl Polanyi y su escuela (1968; 1976) en la aceptación por parte de algunos historiadores del carácter integrado de las economías antiguas, como es el caso de Austin y Vidal-Naquet (1986; 22ss) o Mele (1979) y en el empleo en sus trabajos, como hace Whittaker (1978; 1983) de varias de sus



más significativas categorías metodológicas, como las de "comercio dirigido" o "administrado" y "puerto de comercio" (En sus líneas generales los estudios de historia económica de la Antigüedad realizados por Finley y sus discípulos -cfr: Garnsey, Hopkins y Whittaker, 1983- convergen con los planteamientos sustantivistas de los seguidores de Polanyi acerca del carácter no formal e integrado de las economías antiguas y en la ausencia de mercados creadores de precios). Más recientemente Liverani (1988; 53ss, 143ss.) ha hecho uso de elementos similares para explicar el funcionamiento de los sistemas de intercambio en el Próximo Oriente Antiguo. Los estudios de los antropólogos modernos, mediante la superación del matriarcado decimonónico de Bachofen (1987) han influido igualmente en la puesta a punto de una interpretación histórica del origen de las desigualdades sexistas como la de Lerner (1990). Asimismo, desde la Antropología se han realizado importantes contribuciones teóricas para la comprensión de los procesos históricos que llevan a la aparición de las sociedades complejas y del Estado (Krader, 1972; Krader y Rossi, 1980; Cohen y Service 1978; Llobera, 1979; 133ss, 267-322) no siempre bien valoradas por los historiadores de la Antigüedad. Otra contribución igualmente notable tiene que ver con una mejor comprensión de las formas de vida de los pueblos nómadas y sus relaciones con los sedentarios urbanizados. Pero donde la investigación histórica (y arqueológica) de lo que lla-

mamos mundo antiguo parece haberse beneficiado específicamente de la aplicación de planteamientos antropológicos, al menos a tenor del volumen de literatura científica publicada, ha sido en el terreno de la aculturación (Dupront, 1965; Effenterre, 1965) metodológicamente reelaborada por historiadores -no siempre de la Antigüedad- (Gruzinski y Rouveret, 1976; Wachtel, 1978).

Por lo que a nuestro país se refiere más en concreto, los contactos entre los antropólogos y los diversos especialistas en el mundo antiguo han sido extraordinariamente infrecuentes, y en las escasas ocasiones en que se han producido han obedecido a la iniciativa de los antropólogos que, como Caro Baroja (1986) se han aproximado a los problemas que plantea el conocimiento de las culturas de la Antigüedad, pero casi nunca a la inversa. Excepciones, claro está, las hay, como demuestran desde años atrás los trabajos de Bermejo (1981 y 1982) muy influidos por el estructuralismo francés, y aquel otro de Urruela (1981) pionero en lo que a la aplicación de los estudios de aculturación se refiere. Esta problemática ha sido recientemente incorporada por Blázquez (1989: 99-181 y 573-614) a sus estudios sobre la romanización.

## 2. TARTESSOS: UNA REVISIÓN CRÍTICA DE LA HISTORIOGRAFÍA.

Dentro de nuestro ámbito peninsular, Tartessos se nos presenta como un marco adecuado para la aplicación de un enfoque y una metodología antropológicas, y constituye como tantos otros casos una buena muestra de su excepcionalidad. Aunque existen referencias muy anteriores, la historiografía sobre Tartessos que ha ejercido o aún ejerce influencia sobre las opiniones científicas actuales arranca de la más que célebre obra de Schulten (1924; 1945). No merecerá la pena que nos detengamos ahora en su análisis historiográfico, y no tanto porque los puntos de vista del erudito alemán, cargados de romanticismo idealista y difusionismo antisemita, estén hoy ampliamente superados y apenas tengan influjo alguno en la investigación actual, lo cual es más o menos cierto para la casuística concreta -si bien los planteamientos de fondo acusan todavía su herencia-, sino debido a que tal revisión ha sido ya iniciada con éxito y con más detalle del que podríamos dedicarle aquí (Cruz Andreotti, 1987, 1988; Sánchez Jiménez y Cruz Andreotti, 1988).

Fue precisamente a causa de la influencia de las ideas de Schulten, quién concebía Tartessos como una cultura superior con una formación política compleja, una sociedad urbana con una organización estatal en

forma de reino, que la primera fase de la investigación arqueológica, iniciada en la década de los cuarenta, centró sus esfuerzos en la localización, por otro lado nada segura (se dudaba entre Huelva: isla de Saltés, Sevilla: marismas, Asta Regia, y Cádiz: Mesa de Astas, Jerez) de la supuesta capital del reino tartésico (Antón, 1941; Pemán, 1941a y 1941b; Bayerri, 1941; Ausejo, 1942). La búsqueda, con todo, fue infructuosa, como infructuoso había resultado antes el mismo empeño del propio Schulten por desenterrar la ciudad que él creía fundada por los tirsenos y cuya ubicación había propuesto en el Coto de Doñana.

Por todo ello, a finales de los años cincuenta y comienzos de los sesenta del pasado siglo se llegaba a un replanteamiento de la investigación sobre Tartessos (Maluquer, 1960). Interesaba ahora particularmente lograr una identificación de la cultura tartésica mediante el análisis de sus vestigios materiales, una vez que se había renunciado a la búsqueda de la capital del antiguo reino. Se abría de este modo una segunda fase en la investigación, predominantemente arqueológica, de la que fueron pioneros algunos trabajos publicados en el nº 29 del *Archivo Español de Arqueología* (García y bellido, 1956; Blanco, 1956; Cuadrado, 1956). El nuevo enfoque, sin duda más sólido que el que había presidido la fase anterior, aunque con sus propias limitaciones,

en particular en lo referente al marco teórico y a la metodología, encontró su primera expresión articulada en el V Simposio de Prehistoria Peninsular, que bajo el lema: *Tartessos y sus problemas* se celebró en Jerez en 1968, siendo publicado en Barcelona un año después.

Más fructífera que el anterior período de investigación, se consigue a partir de ahora identificar un horizonte "orientalizante" que se considera análogo a momentos culturales semejantes en la antigüedad mediterránea, sobre todo en Chipre, Grecia y Etruria, consecuencia para la mayoría de los investigadores de la presencia de los fenicios y su actividad comercial en el mediodía de la Península (García y Bellido, 1960; Blanco, 1960; Blázquez, 1972; Almagro Gorbea, 1977; Garrido 1979). No en vano la arqueología fenicia en nuestras tierras vivía momentos de esplendor con los recientes descubrimientos de una necrópolis en Almuñécar, la antigua Sexi (Pellicer, 1962) y un asentamiento en el cortijo de Toscanos, junto al río Vélez en Málaga (Niemeyer/Pellicer/Schubart, 1964) allí donde precisamente Schulten había situado la colonia griega de Mainake.

La multiplicación de hallazgos de asentamientos fenicios, o de sus necrópolis, sobre las costas medi-

terráneas andaluzas, en particular en la provincia de Málaga, que siguió a estos descubrimientos, junto con la imposibilidad de localizar arqueológicamente las colonias foceo-masaliotas a que aludían textos literarios tardíos en ese mismo litoral y más al norte, inclinó decisivamente la balanza en favor de unos orígenes fenicios para este "orientalizante" peninsular, que es como pasaba ahora a concebirse Tartessos. En contra de tan generalizada opinión apenas se alzaron unas pocas voces discordantes (Montenegro, 1970; Bendala, 1977, 1979) que proponían unos orígenes greco-orientales, vinculados en parte con la supuesta llegada a Occidente de los Pueblos del Mar; lo que por otro lado no era sino una nueva versión, aunque más elaborada, de la vieja teoría de Schulten.

Pero en este desproporcionado debate, unos y otros compartían otra antigua herencia del sabio alemán: el empeño por situar en unas coordenadas externas los orígenes de Tartessos, bien haciéndolo depender de los tirsenos, de los griegos o de los fenicios. Difusionismo puro y simple, lo que resultará fácil de entender si consideramos la gran dependencia de la mayoría de estos arqueólogos de la "escuela" de la arqueología clásica alemana. Este legado winckelmaniano fue abusivamente magnificado en muchas ocasiones, y no sólo en las investigaciones sobre Tartessos, hasta el punto de que ter-



minó, en su obsesión del objeto por el objeto y la técnica de excavación por la técnica de excavación, por provocar la reacción crítica de algún investigador (Llobregat, 1976-8). Efectivamente, todas las deficiencias que un reciente libro sobre la Edad del Bronce (Martínez Navarrete, 1988) atribuye a la arqueología peninsular, y que pueden resumirse en la adopción de una metodología positivista combinada con una estrategia de investigación idealista, o en su defecto con una completa ausencia de una teoría general y globalizadora de la cultura, pueden aplicarse por igual a la mayor parte de las investigaciones arqueológicas sobre Tartessos que caracterizan a este segundo momento de la investigación posterior a Schulten. A lo que se podría aún añadir la destacada tendencia de muchos investigadores a interesarse tan sólo por la lectura de trabajos de contenido arqueológico, algo propio de una arqueología "autosuficiente", que considera a la investigación histórica más como un rival desafortunado que como un complemento necesario.

Así, pese a algunos descubrimientos espectaculares (Carriazo, 1970; Garrido, 1971) una localización más segura del área nuclear tartésica (Luzón, 1962; Garrido, 1979) la adscripción de algunos materiales, como las cerámicas bruñidas o las estelas decoradas del SO, al complejo cultural tartésico y ensayos de periodización

con cronologías contrastadas (Pellicer, 1979-80) el término "orientalizante" quedaba en gran medida vacío de contenido, y se continuaba sin conocer adecuadamente muchas cosas importantes acerca de cómo estaba estructurada aquella sociedad, cuyos vestigios más relumbrantes (algunos tesoros junto con los bronce y marfiles "orientalizantes") llegaron a provocar un deslumbramiento tal en los investigadores que sus consecuencias aún no han desaparecido del todo.

El afán por las soluciones externas al complejo problema de Tartessos, ya que eran minoría quienes maticaban esta influencia exterior alegando que muchos de los rasgos característicos de la cultura tartésica se encontraban ya formados desde el Bronce Final con anterioridad por tanto al "orientalizante" (Abad Casal, 1979: 178ss) fue hegemónico durante todo este período, y en buena medida se resiste a desaparecer hoy todavía. Fue también en gran medida el responsable de la generalización de un punto de vista según el cual los autóctonos actuarían como receptores pasivos de las influencias que, procedentes de culturas más complejas, les llegaban por el Mediterráneo a través del comercio con los fenicios, y que acabarían por modificar necesaria y "positivamente" sus formas de vida. Y de la mano de todo ello se introdujo paulatinamente un uso indiscriminado y casi siempre confuso del concepto de acul-

turación, empleado para explicar la transformación de la cultura local bajo el impacto externo en su sentido más primitivamente (y toscamente) difusionista, mientras se ignoraba la reformulación que de la aculturación habían hecho los historiadores mucho más recientemente. Una reformulación que nada tiene que ver con los presupuestos ideológicos que animaban la vieja antropología y arqueología difusionista, (Burke, 1987: 127ss). Pero la mayoría de nuestros arqueólogos parecen sencillamente no haberse enterado.

Tal aculturación, aunque al principio no se la denominara así y se manejaran términos como "impacto" o "influjo", se considera producida a instancias de las interacciones propiciadas por el comercio con los asentamientos fenicios de la costa, lo que constituye una simplificación más que discutible. En ocasiones se llega a afirmar, evidenciando el esquema difusionista en uso, que ciertas transformaciones las comunidades autóctonas del Bronce Final, y que afectaban a aspectos de la demografía, la economía o el hábitat, eran consecuencias de contactos de tipo precolonial (Almagro Gorbea, 1977: 491ss) restando valor a la capacidad de cambio que emanaría de la propia dinámica interna de las comunidades tartésicas. Posteriormente se ha observado que muchos de los artefactos y otros elementos culturales que en principio denotarían la "orientalización"

no eran precisamente los más comunes en los asentamientos fenicios de la periferia (Wagner, 1986b: 145ss) y que la asimilación de las influencias externas se produjo de forma parcial y selectiva (Aubet, 1977-7: 98ss). También se pone en duda hoy la autoría autóctona de muchos de los objetos que han servido para definir el "orientalizante" y se atribuye su aparición a la presencia de talleres y artesanos fenicios instalados bien en la costa, bien en el interior (Aubet, 1984: 453; Belén, 1986: 226 y 269).

Se ha ido imponiendo así una visión sumamente esquemática y sesgada del mundo tartésico, en la que cada investigador tiende a interpretar el conjunto desde la perspectiva de su propio yacimiento (a pesar de que las excavaciones no han sido nunca extensas) lo que no viene tampoco a favorecer la comprensión de la interacción entre las distintas comunidades locales que lo integraban. No es extraño, por tanto, que muchas preguntas queden sin contestación (e incluso que no se hayan llegado a formular) o que cuando ésta se produce, resulte a menudo tan artificiosa como poco satisfactoria. Un ejemplo entre otros tantos: según se ha ido apreciando que el horizonte "orientalizante" se diluía desde finales del siglo VI a.C., se ha buscado frecuentemente otra "solución" externa para explicar el fin de Tartessos, haciendo del imperialismo cartaginés el principal re-

sponsable. La sombra de Schulten permanecía aún agazapada tras tales intentos. Entre tanto, los estudios históricos y las pocas aproximaciones antropológicas eran descuidados y aun marginados por la tendencia arqueológica dominante.

No quiere ello decir que historiadores y antropólogos no se hayan ocupado de Tartessos, como así ha sido por contra (Caro Baroja, 1971; Pérez Prendes, 1974; Arce, 1974; García Iglesias, 1979; García Moreno, 1979; Bermejo, 1982; Presedo, 1986; Alvar, 1980, 1982, 1987, 1989; Wagner, 1983, 1986a y 1986h) pero la mayoría de las veces sus opiniones han sido desatendidas; entiéndase bien: no criticadas, sino sencillamente no tenidas en cuenta, como si nunca hubieran sido emitidas. Excepción hecha de los trabajos de algunos filólogos y epigrafistas que han analizado la ecuación Tarsis/Tartessos (Garbini 1965; Tackholm, 1965, 1969 y 1974; Tyloch, 1978) -que en realidad pertenece a un debate ajeno a la cuestión, puesto que no añade nada a nuestro conocimiento y tiene mucho más que ver con la supuesta antigüedad de las navegaciones fenicias a Occidente que con una comprensión profunda de la realidad histórica de Tartessos, cfr: Alvar (1988) -, o que se han enfrentado con el complejo problema de la lengua y la escritura tartésica (Gómez Moreno, 1961; Tovar, 1964, 1969; De Hoz, 1962, 1979; Correa, 1978 1985-6; Pérez

Rojas, 1986) en el planteamiento de la investigación sobre Tartessos ha primado durante todo este tiempo la perspectiva de los arqueólogos formados según el "modelo" alemán.

Tanto es así que cuando, en raras ocasiones, arqueólogos o filólogos de posterior formación arqueológica han elaborado síntesis de conjunto sobre Tartessos con alguna pretensión histórica, esto es deseando transcender la mera descripción de la cultura material a través de los artefactos encontrados (Maluquer, 1969, 1970, 1985; Blázquez, 1968, 1975) ha sido un estricto criterio arqueológico positivista fuertemente impregnado de viejo historicismo el que ha prevalecido en la preparación, elaboración y presentación de sus trabajos. El conocimiento histórico de Tartessos, esto es, el que da razón de ser de la dinámica propia de sus estructuras, ha quedado así relegado frente a una abundantísima bibliografía arqueológica centrada sobre todo en aspectos concretos como la identificación y descripción de las cerámicas y otros materiales, la excavación de pequeñas extensiones en algún poblado y en alguna necrópolis, y la elaboración de secuencias estratigráficas y cronológicas como base de distintas y no siempre conciliables periodizaciones.



Al mismo tiempo que se sobrevaloraba frecuentemente el dato arqueológico estricto, la escasa información literaria disponible (la escritura tartésica aún no se ha descifrado y por otra parte el número de documentos y la longitud de los textos son sumamente escasos y muchas veces formularios: Wagner, 1990a) ha sido tratada con una ausencia de criterios metodológicos sorprendente. Tan pronto se concedía autoridad histórica a mitos y leyendas relativos a primitivas realezas o se tomaba al pie de la letra alguna metafórica alusión de un poeta, como se negaba la veracidad de informaciones más contrastables, o simplemente se procedía a una lectura literal y acrítica de los pocos textos literarios, no siempre históricos, disponibles (Wagner, 1986a). En consecuencia, la interpretación histórica resulta frecuentemente condicionada por muchas hipótesis aceptadas sin debate desde los años de Schulten. Así, durante algún tiempo aún prevalecerá entre los que integran esta segunda etapa de la investigación (arqueológica) sobre Tartessos la idea de que la colonización fenicia y la presencia griega constituían fenómenos contrapuestos y excluyentes en un clima de abierta competencia por los recursos de Occidente, como transposición desafortunada de los competitivos imperios mercantilistas modernos a aquel contexto de la Antigüedad. Asimismo, se considera por muchos fuera de cualquier duda el carácter urbano de la sociedad tartésica, pese a que ninguna ciudad tartésica ha sido desenterrada aún, y la

monarquía es tenida como su más seguro sistema político. Tartessos era por tanto un reino floreciente, como se ha vuelto a decir recientemente (Judice Gamito, 1988: 133ss) y en este sentido, en lo que se refiere a su conocimiento histórico, el único avance que se ha producido desde Schulten es que ahora se sabe que se trataba de un reino "orientalizante".

Frente a una interpretación histórica de tan corto alcance y tan pobres resultados, pues la mayoría de estos arqueólogos no estaban familiarizados con ningún tipo de metodología histórica que no fuera la simple ordenación y exposición de los datos (arqueológicos) desde unas perspectivas fijadas de antemano y que, aunque no siempre se quisiera reconocer, acusaban aún mucha influencia de la obra de Schulten, una especie de ultrapositivismo arqueológico ha venido a colmar en muchos casos la ausencia de crítica histórica. Por poner un ejemplo no muy lejano, los nuevos hallazgos de cerámicas griegas en Huelva desataron una sobrevaloración arqueológica de estos datos, llegándose a afirmar la existencia de una intensa aculturación de origen helénico (Olmos y Cabrera, 1980; Olmos y Garrido, 1982) que necesitó ser matizada más tarde (Olmos, 1984).

Desde Schulten los arqueólogos han hecho un conciso esfuerzo por identificar primero una ciudad y luego los materiales propios de una cultura, pero no han sido muy afortunados al describir los rasgos y elementos más característicos de la misma. A su labor cabe añadir el trabajo de los filólogos en torno a las escasas noticias que la tradición literaria proporciona, así como el de los epigrafistas sobre los escasos documentos con escritura tartésica conservados. Por otro lado, las aproximaciones de los historiadores y de algún que otro antropólogo han versado muchas veces sobre aspectos concretos, vinculados frecuentemente con el problema de la "realeza" tartésica. Faltan síntesis históricas que en un tiempo no se podían hacer debido a lo escaso y parcial de la documentación obtenida, y que luego siguieron sin hacerse no tanto por problemas de documentación, que los sigue habiendo, cuanto por razones derivadas de enfoques teóricos y metodológicos; y así, prácticamente, continuamos.

Afortunadamente, desde hace algunos años venimos asistiendo a un empeño, aún ciertamente minoritario, por globalizar en un contexto cultural provisto de una dinámica propia todas estas informaciones sectoriales, acompañado de una práctica arqueológica menos dependiente de la tradición filogermana y más abierta a los avances teóricos y metodológicos que este tipo de in-

vestigación ha experimentado en otros lugares, particularmente en el mundo anglosajón. Se ha iniciado, así, lo que me parece una tercera fase de los estudios sobre Tartessos, anunciada ya en su momento por un trabajo particularmente importante de Aubet (1977-8). Desde esta nueva perspectiva de enfoque, que trata de reconstruir las estructuras mismas de la sociedad tartésica, cuyos inicios ya no se buscan en la llegada de colonizadores mediterráneos sino en las culturas locales del Bronce Final (Fernández Miranda, 1983: 847ss, 1986: 227ss) y aún antes (Aubet et *alli*, 1983) así como de explicar sus transformaciones no atendiendo solo a los factores externos, una necesidad de interdisciplinariedad se viene haciendo cada vez más evidente (Wagner, 1983).

Con todo, el peso de la tendencia arqueológica dominante durante tantos años es todavía enorme, por lo que muchos de los estudios más recientes denotan aún la influencia. Se puede afirmar por ello que conviven actualmente dos planteamientos de investigación bien distintos: uno mayoritario y adscrito a la corriente dominante desde los años sesenta y que corresponde a la segunda fase o período de los estudios posteriores a Schulten, con sus interpretaciones esquemáticamente difusionistas y su apreciación sesgada de los procesos

de cambio, y otro, aún incipiente y minoritario, como clara reacción a las influencias del anterior.

### **3. LA CONTRIBUCIÓN DE UN ENFOQUE ANTROPOLÓGICO AL CONOCIMIENTO HISTÓRICO DE TARTESOS.**

Como se ha visto, desde hace unos pocos años, el "orientalizante", con su imprecisión y su metodología centrada la mayor de las veces en la cuantificación acrítica, ha venido a ser concebido por muchos en términos de un proceso de "aculturación". Si de entrada podría haber supuesto la ventaja de poner sobre la mesa la gran complejidad de las interacciones culturales a que alude, en la práctica su utilización apenas ha aportado novedades dignas de interés. Ello se ha debido a que esta "aculturación" ha sido la mayoría de las veces vaciada de su contenido, dándose una utilización generalizadora, indiscriminada y acrítica. Es por ello que en las investigaciones sobre Tartessos el empleo del término aculturación ha venido a reemplazar o matizar el de "orientalizante", pero sin apenas aportar beneficio, ya que si bien se ha adoptado el vocablo y el concepto, se ha hecho casi siempre en su más genuino sentido de origen difusionista, propio de una antropología colonial hoy afortunadamente superada, y casi siempre se han ignorado los avances teóricos y metodológicos surgidos de la reelaboración posterior. No se diferencia entre ac-

ulturación y "difusión cultural", entre aculturación impuesta o espontánea, entre "asimilación e integración" (Wachtel, 1978: Wagner, 1990b). En definitiva, se trata de una aculturación teórica y metodológicamente superada, ya que hoy antropólogos e historiadores versados entienden por aculturación una cosa bien distinta (Burke, 1987; 127ss).

Así una engañosa sensación de progreso se alza sobre ilusiones terminológicas, y evidencia bien a las claras la imperiosa necesidad de una mayor y auténtica interdisciplinariedad que rompa definitivamente con la sobrevaloración del dato arqueológico estricto y la marcada aversión al empleo de enfoques teóricos y procedimientos metodológicos procedentes de disciplinas que normalmente se consideran ajenas, cuando no del todo extrañas. Y es en este terreno de lo interdisciplinario donde la Antropología (cultural, social, económica, simbólica) tiene mucho que ofrecer. La aplicación de una perspectiva antropológica a Tartessos permite establecer sin mayor duda el carácter aldeano de las comunidades locales del Bronce Final, distinguir entre difusión y aculturación, y caracterizar esta última en gran medida como un elemento integrante de un proceso de explotación colonial. Permite, asimismo valorar la dinámica propia y la resistencia al cambio de las poblaciones autóctonas, abrigar la sospecha de que las inter-



acciones culturales no descansaban sobre la única base del comercio ejercido desde la costa distinguir distintos grados y ritmos de aculturación, y establecer el carácter finalmente disfuncional y desestructurador del cambio cultural, así como el alcance parcial del mismo.

Pero la investigación arqueológica de base interdisciplinar tiene todavía entre nosotros pocos adeptos, al contrario de lo que ocurre más allá de nuestras fronteras (Hodges, 1987; Smith, 1987). Una excepción, si no la única tal vez sí la más significativa y temprana, la constituye Aubet, que en varias ocasiones ha utilizado planteamientos antropológicos para explicar el funcionamiento de distintos aspectos del mundo tartésico presentes en el registro arqueológico. En sus trabajos leemos por vez primera acerca del carácter selectivo de la aculturación en Tartessos, del parentesco como elemento integrador de las relaciones socioeconómicas (1977-8: 95, 99 y 104) y de las aportaciones de la antropología económica (1991: 33ss) para el entendimiento de problemas que han sido frecuentemente excesivamente simplificados.

En mi opinión, la aplicación de una metodología de inspiración antropológica puede ayudarnos a resolver muchas incertidumbres sobre Tartessos, que los ar-

queólogos e historiadores por sí mismos no parecen capaces de despejar. Así, cuando se insiste en una aculturación rápida, profunda o generalizada (o todo a la vez) lo que sucede muchas veces, se incurre en apreciaciones parciales que se hacen generalizables debido sobre todo a insuficiencias de índole metodológica. Como ya expuse mis argumentos en otro lugar (Wagner, 1986b) no insistiré nuevamente en ello, aunque sí creo importante recalcar otra vez que se abusa de una metodología centrada en la cuantificación acrítica y de un concepto trasnochado de aculturación "positiva", y por ende "necesaria", muy vinculado aún, se reconozca o no, al difusionismo como estrategia histórica de explicación de los fenómenos socioculturales, sin tener en cuenta que la aculturación puede obrar en muchos casos destructivamente (Wachtel, 1978: 154; Gudeman, 1981: 219ss; Burke, 1987: 127) dando lugar por ende a fenómenos de rechazo y supervivencia cultural, o contraculturación, que se pueden manifestar de muy diversas formas (Gruzinski y Rouveret, 1976: 199-204). En otras ocasiones, como se aprecia en el contexto de la colonización griega en Occidente, la aculturación puede dar lugar a una situación que se conoce como "pluralismo estabilizado" (Wagner, 1990c) allí donde las culturas implicadas se atienen a un mutuo acomodo en una misma área en una relación asimétrica que les permite persistir respectivamente en su línea distintiva (Morel, 1984: 132-135).

En este sentido una visión antropológica de los problemas planteados por el "orientalizante" puede resultar muy útil para desterrar viejas nociones de "progreso" histórico y desenmascarar los supuestos mecanismos del mismo como sutiles pero auténticos instrumentos de control y explotación. Uno de los aspectos en que se manifiesta con más fuerza la presencia de un sistema tal de explotación colonial en Tartessos es el de esa forma de depredación ecológica que fue la deforestación (Wagner, 1986b: 157; Aubet, 1991: 41) no por difícilmente cuantificable menos evidente. La metodología antropológica nos permite caracterizar más ajustadamente lo que sucedió en Tartessos durante el "orientalizante" como un proceso de explotación colonial sustentado en un contexto de intercambios desiguales regido por relaciones asimétricas.

El concepto de *intercambio desigual* y su metodología fueron propuestos originalmente para analizar la naturaleza del comercio centro-periferia en el ámbito de los actuales mercados mundiales capitalistas (Emmanuel, 1972; Amín, 1986). No obstante ha sido aplicado con éxito al comercio realizado en la Antigüedad entre culturas con diversos grados de complejidad (López Pardo, 1987: 410; Liverani, 1988: 153) Lo que define el intercambio desigual es la situación desequilibrada en la que la parte económica, tecnológica y organi-

zativamente más avanzada consigue grandes cantidades de materias primas a cambio de un modesto volumen de manufacturas y objetos "exóticos", como consecuencia de la diversa escala de valores en uso en ambos polos del sistema de intercambios. Ahora bien, de acuerdo con la crítica realizada por Meillassoux (1977: 131 ss) la parte que obtiene el beneficio, en este caso los colonizadores fenicios, no se está tan sólo aprovechando de las mencionadas diferencias en costes sociales de producción, sino que, precisamente por ello, el intercambio desigual encubre una realidad de sobreexplotación del trabajo, que se articula en la transferencia entre sectores económicos que funcionan sobre la base de relaciones de producción diferentes. En este marco el modo de producción propio de las comunidades autóctonas, al entrar en contacto con el modo de producción de los colonos orientales queda dominado por él y sometido a un proceso de transformación. La contradicción característica de tal transformación, la que realmente la define, es aquella que toma su entidad en las relaciones económicas que se establecen entre el modo de producción local y el modo de producción dominante, en las que éste preserva a aquél para explotarle, como modo de organización social que produce valor en beneficio del colonialismo, y al mismo tiempo lo destruye al ir privándole, mediante la explotación, de los medios que aseguran su reproducción.

La dependencia tecnológica (y la subordinación económica que conlleva) así como las diferencias de valor (en coste social de producción) de lo que intercambiaban dos culturas con sistemas económicos radicalmente distintos, constituyen piezas claves en semejante proceso. Así vistos, los resultados de la aculturación "orientalizante" no parecen tan benéficos como comúnmente se pretende, o en todo caso cabe preguntarse a quién beneficiaron particularmente los cambios producidos durante dicho período. Mientras que los colonos obtenían una alta rentabilidad en las transacciones como consecuencia de las diferencias en los costes sociales de producción entre las manufacturas que proporcionaban y las materias primas que conseguían, las gentes de Tartessos apenas accedían a unos pocos bienes de prestigio asimétricamente distribuidos por los mecanismos internos de la redistribución.

Las élites locales parecen haber sido los únicos grupos de la población que obtuvieron determinadas ventajas concretas (un aumento de su poder y de su capacidad de control) a cambio de integrarse en una posición subordinada en la jerarquía de decisiones impuesta por el estamento dirigente colonial. También aumentó su riqueza, no tanto por los beneficios materiales que el comercio exterior les proporcionaba (aunque los hubo) cuanto por un mayor encumbramiento que les permitía

practicar en el seno de sus comunidades una redistribución de marcada inequidad. El resto sufrió a la larga las consecuencias de una desestructuración" (Alvar, 1990: 23ss) cuyo alcance real no estamos aún en condiciones de precisar, en la que la desigualdad y la dependencia tecnológica, siempre a favor de los colonizadores, desempeñaron un importante papel (Wagner, 1991). El parentesco fue progresivamente sustituido por otras relaciones de explotación de carácter más netamente clasista, las bases que garantizaban las formas tradicionales de acceso a la propiedad de los recursos se resquebrajaron, y en consecuencia los contrastes socioeconómicos aumentaron (Wagner, 1983: llss). Por contra, los supuestos avances de la más compleja cultura colonial (como la escritura y la tecnología del hierro) a los que se responsabiliza a menudo del "progreso" de las comunidades tartésicas durante el "orientalizante", tardaron mucho en incorporarse a las prácticas autóctonas o lo hicieron muy parcialmente (Wagner, 1986b: 134ss; 1990a) como corresponde a un modelo colonial de "intercambio desigual", y cuando novedades formales autóctonas fueron aceptadas, los mecanismos de integración determinaron casi siempre una aculturación muy superficial.

No pretendo afirmar que las comunidades tartésicas del Bronce Final, o preorientalizantes, constituy-



eran sociedades igualitarias. He insistido desde un principio y en diversas ocasiones en su carácter jerarquizado (Wagner, 1983: 12; 1986b: 154; 1991) y no soy el único (Aubet, 1984: 447ss; 1991: 36ss) pero no estoy tampoco de acuerdo con aquellos que consideran el mundo tartésico del Bronce Final como una cultura compleja y muy elaborada. La perspectiva antropológica nos muestra, por el contrario, unas comunidades aldeanas que se caracterizan por la presencia generalizada de poblados de cabañas, cerámicas a mano, escasa o muy localizada actividad metalúrgica, utillaje mayoritariamente lítico y un modo de producción doméstico con todas las limitaciones de cara a la intensificación de la producción y a la maximización de los excedentes que implica (Wagner, 1991). Dado que la metalurgia ha sido uno de los elementos fundamentales sobre la que se ha construido la noción de una notoria complejidad cultural tartésica durante el Bronce Final, tomémosla ahora como ejemplo de lo que una sobrevaloración de los datos arqueológicos fundamentada en metodologías positivistas o eclécticas (cuando las hay) puede llegar a proporcionar como explicación aparentemente satisfactoria.

Recientemente, sin embargo, la metalistería tartésica ha sido definida, basándose en los hallazgos, como un mito creado en gran parte por la erudición

(Pellicer, 1989: 157). La cuestión, por otra parte, no radica tanto en conocer la supuesta antigüedad de las técnicas minerometalúrgicas entre las poblaciones locales del SO peninsular, sino en evaluar su importancia concreta en el ámbito de las relaciones socioeconómicas dominantes. A tal respecto, el que se conociese el beneficio de la plata desde el segundo milenio (Aubet, 1991: 36) parece un dato en sí mismo no demasiado importante, si no lo asociamos a un determinado modo de producción en que adquiriera su significado. En este contexto los estudios antropológicos demuestran que la presencia de artesanos especialistas no equivale automáticamente a la existencia de una acusada división del trabajo, sino que éstos son perfectamente asumibles dentro de las relaciones entre linajes cuyas actividades productivas dependen de la agricultura y la ganadería (Godelier, 1974: 275ss). Y en el mundo antiguo la Grecia homérica proporciona un excelente modelo. Del mismo modo, ciertas tareas de interés común pueden ser emprendidas a niveles más altos que las simples unidades domésticas productivas, por grupos de descendencia o por la comunidad de aldea en un conjunto (Sahlins, 1972: 121). Y la propia experiencia empírica viene a demostrar que la metalurgia fue conocida durante un milenio en Europa antes que la intensificación de los sistemas de subsistencia crearan el contexto social adecuado para la acumulación de riqueza y estimularan al florecimiento de la tecnología (Gilman, 1981: 19).

La presencia de objetos metálicos y otros artefactos no productivos sólo prueban la existencia de "bienes de prestigio", que en las sociedades aldeanas integran una esfera diferenciada de la de los "bienes de subsistencia", con los que no llegan a confundirse ni a intercambiarse (Godelier, 1975: 131; 1981: 92). Estos bienes de prestigio pueden conseguirse mediante desplazamientos e intercambios con grupos lejanos o ser fabricados por la propia unidad productiva doméstico familiar. También pueden darse artesanos a tiempo parcial, ya que los ciclos agrícolas no ocupan todo el año, o especialistas, itinerantes o no, integrados de diversas formas en las relaciones de producción existentes. En relación al denominado comercio lejano, éste es perfectamente plausible en una sociedad aldeana como la tartésica del Bronce Final cuyo alcance se documenta en la vega de Granada, Extremadura y la Meseta (Aubet, 1991: 36) y en su vertiente marítima ha vuelto a ser reivindicado recientemente (Fernández Miranda, 1991: 89Ss) pese a que no se dispone de demasiada base para considerar la existencia de una tradición marítima local (Alvar, 1980; 1988) aun en contra de la opinión más frecuente. No obstante, para aceptar que el desarrollo de sistemas de intercambio tuvo alguna incidencia notable en la aparición de una mayor complejidad socio-cultural habría que probar que tuvieron una incidencia acusada en el incremento de la producción agrícola, favoreciendo la aparición de nuevas y más eficaces tecnologías. No es

éste el caso; fundamentalmente se trataba de armas y otros artefactos que podemos definir como bienes de prestigio.

Con todo, estos bienes de prestigio no constituyen riqueza, sino tan solo su imagen, ya que la auténtica riqueza la proporciona el control que se ejerce sobre los medios de producción a través de la redistribución y las alianzas matrimoniales (Meillassoux, 1972). Es así precisamente que los bienes de prestigio adquieren su significado al poder ser utilizados como elementos de la dote para la adquisición de mujeres. Significativamente los objetos de prestigio representados en las estelas decoradas del SO (Barceló, 1989; Pérez, 1991) son muy escasos en los hallazgos arqueológicos. Ello se debe a que no se conocen las necrópolis de este período donde precisamente se enterrarían estos símbolos de rango (y riqueza) dado que es preciso neutralizarlos finalmente para evitar una acumulación excesiva que desvirtuaría su carácter, ya que en este tipo de culturas la competencia social toma la forma de una acumulación de mujeres o una multiplicación de los aliados (Godelier, 1981: 92-3) que se obtienen precisamente gracias a estos bienes de prestigio en manos de los jefes de linaje.

En aquellas comunidades aldeanas tartésicas, socialmente segmentadas en grupos de parentesco que integran a las unidades domésticas productivas, el conflicto y la explotación adquieren rasgos no clasistas, oponiendo fundamentalmente a los grupos de edades (jóvenes productivos y adultos que controlan los linajes) como ocurre en esta clase de sociedades (Renfrew, 1984: 76). El desarrollo demográfico junto con el escaso avance de las fuerzas productivas (división social del trabajo) añade a la larga una segunda oposición entre linajes más débiles y aquellos otros más fuertes, si bien no se trata de una simple cuestión de tamaño sino de capacidad para intercambiar mujeres y establecer alianzas. El crecimiento de la población y su concentración en asentamientos estratégicos (Aubert, 1977-8: 89ss; 1991: 36; Almagro y Gorbea, 1991: 98; Escacena y Belén, 1991) provocaría la segmentación de muchos linajes y una creciente competencia por los recursos que se advierte en el carácter de centro territorial que adquieren ahora los poblados más grandes, que se rodean de fortificaciones (Aubert, 1991: 37). En este ambiente, la jerarquización de los grupos de descendencia supedita unos linajes a otros, apareciendo posiciones centralizadas de decisión no coactiva que denominamos jefaturas (Wagner, 1990b). Pero las diferencias de autoridad y de prestigio no descansan aún en la acumulación de riqueza, o sea, en la apropiación del excedente, sino en la misma capacidad para aumentar la base productiva (incrementen-

tando el intercambio de mujeres) y los circuitos de redistribución (consiguiendo más aliados).

La aculturación "orientalizante", como elemento no abiertamente agresivo de un sistema de explotación colonial, incidirá diversificando las prácticas económicas (Wagner, 1983: 10) y al crear una demanda externa de minerales constreñirá a los jefes situados en el centro de los sistemas redistributivos locales a movilizar la mano de obra necesaria para la intensificación de las tareas mineras antes claramente estacionales. Esta mano de obra pudo haber procedido perfectamente de aquellos grupos que, en un ambiente de creciente competencia por los recursos que garantizan la subsistencia, habían quedado peor situados de cara al acceso a aquellos. La perspectiva antropológica nos muestra además que la capacidad intensificadora y la eficacia para movilizar mano de obra de los personajes situados en el centro de los sistemas redistributivos es sumamente operativa (Sahlins, 1972: 148ss; 1979: 280ss; Renfrew, 1984: 74) para que tengamos que recurrir a imaginar relaciones sociales de dependencia de tipo servil o esclavistas, propias de sociedades ya estratificadas. Pero con la intensificación de los trabajos mineros, aun con formas simples de organización, las élites tartésicas accedían a una parte del excedente que luego era objeto de intercambio con los colonizadores. Y mediante esta



transferencia se producía una apropiación real del mismo, en forma de trabajo extra (cfr: Gudeman, 1981: 256) ya que la redistribución de las contrapartidas coloniales era claramente asimétrica, como revelan los testimonios arqueológicos.

El comercio colonial fue aumentando de este modo el poder de las élites redistribuidoras al proporcionar, a cambio de la satisfacción de la demanda de metales, un mayor número de bienes de prestigio susceptibles de ser puestos en circulación a fin de concretar nuevas alianzas e intercambios, y un control más adecuado sobre los sistemas redistributivos locales. La estructura de autoridad previamente creada se refuerza ahora mediante la adquisición de bienes de lujo o de bienes necesarios para controlar a los productores del excedente. Con ello se producirá un aumento neto del fondo de poder que las élites detentaban, siendo capaces de actuar con un alcance cada vez más amplio, tal y como la distribución de los objetos orientalizantes de Portugal y Extremadura sugiere. Se introducen de este modo una serie de relaciones centro periferia que dibujan un sistema formado por círculos económicos concéntricos y jerarquizados, lo que permitiría a las élites tartésicas acceder a recursos situados fuera de los territorios que directamente controlan, asegurando de esta forma el incremento del volumen de materias primas y recursos

que permitiera perpetuar y reproducir su rol dominante en Tartessos (Aubet, 1991: 40-1).

Se pasa así, progresivamente, de la jerarquía a una incipiente estratificación. Muy frecuentemente los investigadores no distinguen entre ambas, pero la distinción es pertinente porque las diferencias son muy grandes (Fried, 1979, 141). En términos económicos, "jerarquía" es sinónimo de redistribución simétrica o equitativa, mientras que "estratificación" lo es de redistribución asimétrica y por consiguiente de inequidad. La transición entre ambos niveles se encuentra en las jefaturas avanzadas (o cacicatos en la terminología más tradicional) que durante el "orientalizante" sustituyen en Tartessos a las anteriores jefaturas de carácter más simple. Dichas jefaturas avanzadas, de marcada índole territorial, constituyen la propuesta antropológica al debatido problema de la "realeza" tartésica (Caro Baroja, 1971; García Moreno, 1979; Bermejo Barrera, 1978: 215ss; 1982: 61ss; Wagner, 1986a: 218; Presedo, 1986: 61ss; de Hoz, 1989: 40) "realeza" que no se cimenta en una sociedad urbana, pues el urbanismo en Tartessos, al margen del tamaño de los asentamientos y de la forma de la planta de las viviendas, aún no se ha constatado (los ejemplos de urbanismo colonial no son válidos) por lo que debemos pensar en una estructura de poder que descansa sobre una sociedad aldeana com-

pleja con una economía centralizada. Conviene por ello señalar que el término *polis* que en las fuentes literarias es utilizado a menudo para caracterizar los asentamientos tartésicos no constituye, como contrariamente se ha pensado en distintas ocasiones, un argumento de gran autoridad, ya que los mismos autores clásicos, como Hecateo, lo emplean en un sentido muy amplio que no necesariamente implica la existencia de auténticas ciudades (de Hoz 1989: 32). El testimonio de Avieno, que no estaba preocupado por legar a la posteridad un registro fiable, carece, como se ha indicado recientemente (de Hoz, 1989: 43; cfr: Pellicer, 1989: 182) de fiabilidad. En cuanto a las noticias de otras fuentes, es probable que la confusión Gadir/Tartessos haya incidido notablemente en este sentido (Wagner 1986b: 225; Alvar, 1989). En cualquier caso *polis* podría estar indicando únicamente, de acuerdo con la utilización amplia del término que hacen los antiguos, la existencia de un *ethnos* fortificado que dispone de una *chora* (Duthoy, 1986) no necesariamente de una ciudad.

Conviene también tener presente que tal estructura de poder no es tanto el resultado de la dinámica propia de las comunidades locales cuanto de una imposición de las relaciones asimétricas que rigen todo el entramado colonial. Esto se percibe con claridad en la presencia de los bienes de prestigio de carácter "orientali-

zante" en los enterramientos más suntuosos de las necrópolis tartésicas, a los que confieren precisamente su carácter "principesco" (Ruiz Delgado, 1981) así como de servicios funerarios de clara inspiración fenicia. Tales datos, a menudo interpretados como pruebas de una integración ideológica, son fundamentalmente testimonios de una ostentación de las élites locales que pretenden ahora equiparar su prestigio al de la jerarquía colonial. La integración de las élites tartésicas en este esquema, en el que la aculturación actúa como una estrategia de control y dominación, quedaría mejor representada por la posibilidad de que el conjunto arquitectónico de Cancho Ruano corresponda a un "palacio" construido por los colonizadores para un notable local, el cual actuaría, en un momento ya tardío del "orientalizante", como agente redistribuidor a cuenta de los fenicios (López Pardo, 1990: 161). En directa relación con todo ello, muchos de los materiales orientalizantes, incluidos los mismos bienes de prestigio, que en un tiempo fueron atribuidos a una manufactura autóctona, se consideran hoy obra de artesanos fenicios ubicados en la proximidad o incluso dentro de las mismas comunidades tartésicas (Aubet, 1984: 453; Belén, 1986: 266 y 269) signo nuevamente de la dependencia (y no sólo tecnológica) de las élites locales.

Antropológicamente contemplados los documentos literarios, de muy distinto origen y muy diversa fiabilidad, sobre los que se ha pretendido hacer descansar la realidad de una monarquía tartésica, carecen de valor probatorio alguno. Como recientemente se ha señalado, a lo sumo los más fiables aluden a alguna forma de concentración personal del poder, sin aclarar nada sobre su alcance y el origen de su legitimidad (de Hoz, 1989: 32ss). Resulta por ello mucho más apropiado plantear la cuestión en términos de una "cultura de príncipes" en el marco de las llamadas economías de prestigio (Aubet, 1991: 39) lo que en palabras de antropólogos equivale a hablar de rango y jerarquía, redistribución y jefaturas avanzadas.

Junto a todo ello, las evidentes pruebas arqueológicas de una forma familiar de organización del trabajo en los poblados minero-metalúrgicos, incluidos los de carácter permanente como Cerro Salomón, nos indican que el modo de producción doméstico, lejos de desaparecer en pro de una economía más avanzada y diversificada, subsistió aunque supeditado al sistema de relaciones coloniales ahora dominante, y con un carácter periférico. Un sistema que se caracteriza por la máxima aproximación posible de los centros productores de manufacturas y otros elementos de intercambio a los lugares en que éste se realiza por metales y otras mate-

rias primas, lo que de paso explica la aparición de los numerosos asentamientos fenicios sobre las costas mediterráneas andaluzas (Wagner, 1988: 424ss) y por los intercambios planificados y tutelados por la administración colonial. Hay que evitar malinterpretar, no obstante, la incidencia de este comercio en el conjunto de la economía de Tartessos, que si bien se subordina en gran parte a él, continúa siendo predominantemente agrícola, por lo que no conviene sobrevalorar elementos como el valor de cambio, el mercado o la oferta y la demanda. En la dinámica del intercambio desigual no hay demasiado sitio, al quedar establecida la dependencia tecnológica respecto al exterior con la subordinación económica que conlleva, para que actúe holgadamente la ley de la oferta y la demanda, que requiere además un suficiente número de compradores y vendedores competitivos. Por eso la clave no consiste en averiguar si con la presencia colonial fenicia primero y el comercio focense después, se introdujeron elementos de una economía protomonetal, sino en establecer el papel que desempeñan tales prácticas en el conjunto de la economía tartésica supeditada al interés colonial.

En Tartessos la mayor parte de la población siguió dedicándose a las actividades agrícolas tradicionales con técnicas y formas de organización también tradicionales, como demuestra la no renovación del utillaje



productivo. Ello equivale a hablar de la existencia de unos mercados muy localizados y a un intercambio limitado a productos muy específicos y a sectores sociales minoritarios. El comercio era una relación exclusiva con una parte externa específica, estableciéndose por adelantado y con exactitud quién intercambia con quién. De esta forma son las relaciones sociales y no los precios los que conectan a los "compradores" con los "vendedores" (Sahlins, 1977: 319ss). Por supuesto que había beneficios, pero éstos, basados en la diferencia de valores subjetivos (utilidades sociales) apreciados desigualmente en dos sociedades distintas que intercambian productos raros cuyos costes sociales de producción ignoran o no comparten, no debe confundirse con la ganancia de capital comercial (Amín, 1986: 24).

La nueva "riqueza" se concentró sobre todo en los grupos elitistas de la sociedad (Bisi, 1980: 34, Aubet 1984: 447) beneficiando escasamente al resto de la población, lo que constituye otra de las características de un contexto de intercambio desigual. Y si bien es cierto que puede haber competencia por el volumen del comercio externo, y que de hecho los sistemas internos de prestigio descansan a menudo sobre ella, ésta no surge como una manipulación de los precios u otros procedimientos similares, sino que suele reposar sobre el aumento de los "socios" externos o del volumen del comer-

cio ya existente (Sahlins, 1977: 322). De ahí el interés de Argantonio por la presencia en Tartessos de los focenses.

La tentación de considerar el comercio con los colonizadores como un factor de desarrollo socio-político, además de económico, que llevaría a la aparición de una organización estatal en Tartessos, ha sido y sigue siendo grande. Los autores que mantienen esta postura no tienen en cuenta, sin embargo, que únicamente en ausencia de relaciones asimétricas, esto es, gozando de plena autonomía, el control del comercio lejano por las élites puede producir esta consecuencia (Amín, 1986: 37ss). Y aun así, debe tratarse de un comercio que afecte, directa o indirectamente, al sector básico de la subsistencia favoreciendo el progreso de las fuerzas productivas (lo que facilita la creación del excedente necesario para reproducir las condiciones de tal comercio). Un comercio reducido en gran parte a bienes de prestigio, como ocurre con las culturas del Bronce europeas, es más un síntoma de la existencia de élites que la causa de ellas, y difícilmente puede incidir de forma activa en los procesos de estratificación (Gilman, 1981: 5). A este respecto, la existencia de un contexto de intercambio desigual en Tartessos reforzará el poder de las élites locales, sobre las que los colonizadores descargan la responsabilidad de organizar y movilizar la fuerza de tra-

bajo necesaria para hacer efectivos los intercambios, pero al mismo tiempo son los propios colonizadores los más directamente interesados en que no aumente desproporcionadamente. Los mecanismos de sujeción ya los conocemos: dependencia tecnológica y subordinación económica. De esta forma, la aculturación "orientalizante" provocó a la larga una incipiente estratificación que, sin embargo, no tuvo ulteriores consecuencias. No hay prueba alguna de la aparición del Estado en Tartessos, y el retroceso observado a finales del período en muchos asentamientos que no llegarán a alcanzar una categoría urbana (Aubet, 1977-8: 100; 1991: 41; Belén y Escacena, 1989) sugiere que no llegó a eclosionar.

El enfoque antropológico permite, por otra parte, subrayar la complejidad de las interacciones culturales en Tartessos y someter a crítica la idea de que el comercio con los asentamientos coloniales de la costa haya constituido el factor predominante de la aculturación supuestamente detectada. Frente a esta común explicación, que crea más incertidumbres que problemas resuelve (Wagner, 1986b: 145ss) se abre por el contrario la posibilidad de una colonización fenicia en el interior representada por elementos arqueológicos típicos, como son las prácticas y estructuras funerarias y los objetos de cultura material asociados (urnas cinerarias

globulares, lucernas unicornes y marfiles) características de yacimientos del Bajo Guadalquivir, como Cruz del Negro, pero bastante raras en las necrópolis fenicias del litoral (Wagner y Alvar, 1989). Por lo demás, la hipótesis que plantea el carácter total o parcialmente colonial de yacimientos de esta índole, considerados por lo común tartésicos, se ha visto recientemente reforzada por el hallazgo en Ibiza de una necrópolis fenicia arcaica enteramente similar en su contenido arqueológico (Gómez Bellard et alii, 1990). Y como no resulta muy probable una colonización tartésica de la isla, ni que una aculturación de origen fenicio haya producido resultados tan iguales sobre substratos tan distintos, parece lógico admitir la existencia de una presencia fenicia en lugares como Cruz del Negro, Frigiliana o Medellín.

Un enfoque histórico-antropológico de la "desaparición" de Tartessos tiene poco que ver con el supuesto imperialismo agresivo de los cartagineses, que a la luz de una revisión de las evidencias disponibles se ha revelado, por otra parte, falso (Whittaker, 1978; Wagner, 1989) o con la caída de Tiro cuyas repercusiones en Occidente deben ser desechadas (Aubet, 1991: 41; Alvar, 91). La ventaja consiste en que en lugar de acudir a los factores externos, se incide especialmente en las causas internas que realmente aparecen provocadas por la

negativa experiencia colonial. Lo que realmente desaparece es el horizonte "orientalizante", como consecuencia de un profundo reajuste del sistema colonial que busca y encuentra ahora sus beneficios en otra parte. Esquilmando el centro se recurre a la periferia, que ahora se convierte en centro a su vez. Pero el ámbito tartésico ha quedado desestructurado, como se advierte en la degradación de comunidades aldeanas que a finales del "orientalizante" habían alcanzado un carácter protourbano ciertamente avanzado, por lo que la recuperación será lenta y penosa. Lo que antes era Tartessos se convierte ahora en un mundo arcaizante frente a la eclosión de las comunidades ibéricas.

El agotamiento de los recursos mineros de acuerdo con la tecnología empleada (no superada hasta época romana) fue seguramente uno de los factores desencadenantes de la crisis del "orientalizante". Pero seguramente tampoco fue el único. La deforestación, al elevar los costes para la obtención de la madera necesaria para los trabajos de extracción minera o de manufactura artesanal, tuvo también su incidencia. Y los costes socio-políticos de la incipiente estratificación, que requiere una intensificación de la producción para aumentar el excedente, mientras que la tecnología agrícola tampoco es renovada, tuvieron muy probablemente también que ver con todo ello. Como dice Aubet: "Acaso haya que

buscar las causas de la crisis en factores internos y preferentemente de marcada índole social. La desaparición de las tumbas principescas en el Bajo Guadalquivir y en Huelva, el declive de la actividad metalúrgica en el puerto de Huelva y el colapso del fenómeno "Orientalizante" coincide, en cualquier caso, con un desplazamiento de los principales centros de producción hacia esa "periferia" que, como la región del Alto Guadalquivir, verá nacer los primeros focos urbanos propiamente dichos del mediodía peninsular" (1991: 41).

## BIBLIOGRAFIA

ABAD CASAL, L. (1979) "Consideraciones en torno a Tartessos y el origen de la cultura ibérica", *AEspArq.* 52, pp. 175-193.

ALMAGRO GORBEA, M. (1976) "La epigrafía orientalizante en Extremadura", *Homenaje a García y Bellido*, Madrid, vol I, pp. 45-59

- (1977) *El Bronce Final y el período orientalizante en Extremadura*, Madrid.

- (1991) "El período orientalizante en Extremadura", *La cultura tartésica en Extremadura*, Mérida, pp. 87-125.

ALVAR, J. (1980) "El comercio del estaño atlántico durante el período orientalizante", *MHA*, IV, pp. 43-49.



- (1982) "Aportaciones al estudio del Tarshish bíblico", *RSF*, X, 2, pp. 211-230.
  - (1986) "Theron, rex Hispaniae Citerioris (Macr. Sat, I, 20, 12)", *Gerión*, 4, pp. 161-176.
  - (1988) "La precolonización y el tráfico marítimo fenicio por el Estrecho", *Congr. Int. El Estrecho de Gibraltar*, Madrid, vol. I, pp. 429-444.
  - (1989) "Tartessos-Ciudad=Cádiz. Apuntes para una posible identificación", *Homenaje a S. Montero Díaz*, Madrid, pp. 295-306.
  - (1990) "El contacto Cultural en los procesos de cambio", *Gerión*, 8, pp. 11-27.
  - (1991a) "La religión como índice de aculturación: el caso de Tartessos", *II Congr. Int. Studi Fenici e Punici*, vol. I, Roma, pp. 351-356.
  - (1991b) "El ocaso de Tarteso", *Los enigmas de Tarteso*, Almería .
- AMIN, S. (1986) *El desarrollo desigual*, Barcelona.
- ANTÓN, F. (1941) "La ciudad de Tartessos-Tarxix. La isla de Saltés en Huelva y el imperio Ibero-Turdetano", *Bol. Real Soc. Geogr.*, LXXVII, pp. 443-484.
- ARCE, J. (1974) "La epístola 37 de S. Jerónimo y el problema de Tarsis igual a Tarshish bíblica", *Latomus*, 33, pp. 943-947.

- AUBET, M<sup>a</sup>E. (1976-8) "La cerámica a torno de la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla)", *Ampurias*, 38-40, pp. 267-287.
- (1977-8) "Algunas cuestiones en torno al período orientalizante tartésico", *Pyrenae*, 13-14, pp. 81-107. -
  - (1978) "Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. I. Cruz del Negro", *BSEAA*, XLIV, pp. 33-79.
  - (1980) "Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. II. Acebuchal y Alcantarilla", *BSEAA*, XLVI, pp. 15-77.
  - (1984) "La aristocracia tartésica durante el período orientalizante", *Opus*, III, pp. 445-468.
  - (1987) *Tiro y las colonias fenicias de occidente*, Barcelona pp. 175-291.
  - (\*1989) *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell (coordina la edición de esta monografía colectiva).
  - (1991) "El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción", *La cultura tartésica en Extremadura*, Mérida, pp. 29-44.
- AUBET,, M<sup>a</sup> E. et alii (1983) *La Mesa de Setefilla. Lora del Río (Sevilla) Campaña de 1979*, (E.A.E., 122) Madrid.
- AUBET, M<sup>a</sup>.E. y G. DEL OLMO, eds., (1985-6) *Los fenicios en España: Au. O.*, III y IV.

AUSEJO, S. (1942) "El problema de Tartessos"; *Se-farad*, II.

AUSTIN, M. y P. VIDAL-NAQUET, (1986) *Economía y sociedad en la antigua Grecia*, Barcelona.

BARCELÓ, J.A. (1989) "Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica", en Aubet (\*1989) pp. 189-205.

BAYERRI, E. (1941) "En busca de la resolución del problema TharsisTartessos", *Bol. Real Soc. Geogr.*, LXXVII, pp. 736-758.

BELÉN, M. (1986) "Importaciones fenicias en Andalucía Occidental", *Au. O.*, IV, pp. 263-277.

BELÉN, M. y J. L. ESCACENA, (1989) "Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental", *Paleoetnología de la Península Ibérica: Complutum*, 2-3, Madrid, 1993, pp. 63-87.

BENDALA, M. (1977) "Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos", *Habis*, 8, pp. 177-205.

(1979) "Las más antiguas navegaciones a España y el origen de Tartessos", *AEspArq.* 52, pp. 33-38.

BERMEJO, J. (1978) "La función real en la mitología tartésica. Gárgoris, Habis y Aristeo", *Habis*, 9, pp. 215-232.

- (1982) *Mitología y mitos de la Hispania prerromana*, Madrid, pp. 61-86.

BISI, A.M. (1980) "Elementi orientali e orientalizzanti nell'artigianato tartessio", *RSF*, VIII, 2, pp. 225-235.

BLANCO, A. (1956) "Orientalia. Estudio de los objetos orientales y fenicios en la Península Ibérica", *AEspArq.* 29, pp. 3-31.

(1960) "Orientalia II" *AEspArq.* 38, pp. 3-43.

BLÁZQUEZ, J. M. (1969) "Fuentes griegas y romanas referentes a Tartessos", *Tartessos: V Symp. Int. Preh. Pen.*, Barcelona, pp. 92-111.

- (1972) *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente*, Salamanca.

- (1975) *Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente, Salamanca* (segunda edición revisada y aumentada)

- (1983) "Las liras de las estelas hispanas de finales de la Edad del Bronce", *AEspArq.* , 56, pp. 213-218.

- (1985-6) "Los escudos con escotadura en V y la presencia fenicia en la costa atlántica y en el interior de la Península Ibérica", *IV Col. Leng. cult. paleohispánicas = Veleia*, 2-3, pp. 213-228.

- (1989) *Nuevos estudios sobre la romanización*, Madrid.

BURKE, P. (1987) *Sociología e Historia*, Madrid.

CARO BAROJA, J. (1971) "La realeza y los reyes de la España antigua", *Cuadernos de la Fundación Pastor*, 17, pp. 53-124.

- (1986) *España Antigua (conocimiento y fantasía)* Madrid

CARO BELLIDO, A. (1989) "Consideraciones sobre el Bronce Antiguo y Pleno en el Bajo Guadalquivir", en Aubet (\*1989) pp. 85

CARRIAZO, J.M. (1970) *El tesoro y las primeras excavaciones en el Carambolo*, Madrid.

- (1973) *Tartessos y el Carambolo*, Madrid.

CLEMENTE, J. (1989) "El Bronce en el valle medio del Guadalquivir" en Aubet (\*1989) pp. 121-143.

COHEN, N. y E. R. SERVICE (eds.) (1978) *Origins of the State: the Anthropology of Political Evolution*, Filadelfia.

CORREA, J. A. (1978) "Inscripción tartesia hallada en Villamanrique de la Condesa (Sevilla)", *Habis*, 9, pp. 207-211

- (1985) "Consideraciones sobre las inscripciones tartésicas", *III Col. Len. y cult. paleohispánicas*, Salamanca, pp. 377-395

- (1985-6) "El signario tartésico", *IV Col Len y cult. paleohispánicas*, Vitoria, (Veleia, 2-3) pp. 275-284.

CUADRADO, E. (1956) "Los recipientes rituales llamados Braserillos púnicos", *AEspArq.*, 29, pp. 32-83.

CRUZ ANDREOTTI, G. (1987) "Un acercamiento histórico Tartessos de Schulten", *Baetica*, 10, pp. 227-240.

- (1987b) "Notas al Tartessos de Schulten. comercio y Estado", *I Coloq. Hist. Ant. de Andalucía*, Córdoba, 1993, pp. 393-399.

DE HOZ, J. (1962) "Sobre la primitiva escritura hispánica", *AEspArq.*, 35, 1962, pp. 191-193.

- (1969) "Acerca de la historia de la escritura prelatina en Hispania", *AEspArq.*, 42, pp. 104-117.

- (1976) "La epigrafía prelatina meridional en Hispania", *I Coloq. Len. y cult. prerrom. P. Ibérica*, Salamanca, pp. 227

- (1979) "Escritura e influencia clásica en los pueblos prerromanos de la Península", *AEspArq.*, 52, pp. 227-250.

- (1983) "Las lenguas y la epigrafía prerromanas de la Península Ibérica", *VI Congr. Est. Clas.*, Madrid, pp. 351-396.

- (1989) "Las fuentes escritas sobre Tartessos", en Aubet (\*1989) pp. 25-43.

DETIENNE, M. (1985) *La invención de la Mitología*, Barcelona.



- (1986) *Los maestros de la Verdad en la Grecia Arcaica*, Madrid.

DETIENNE M. y J. P. VERNANT, (1988) *Las artes de la inteligencia*, Madrid.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A.J. (1988) "Píndaro y las Columnas de Hércules", *Congr. Int. El Estrecho de Gibraltar*, vol. 1, Madrid, pp. 716-724.

DUPRONT, A. (1965) "De l'acculturation", *XIIe Congrès International du Sciences Historiques*, vol. I, Viena, pp. 7-36.

DUTHOY, R. (1986) "Qu'est-ce qu'une polis. Esquisse d'une morphologie succincte", *Et. Class.*, 54, pp. 3-20.

VAN EFFENTERRE, H. (1965) "Acculturation et Histoire Ancienne", *XIIe Congrès International du Sciences Historiques*, vol. 1, Viena. pp. 37-44.

EMMANUEL, A. (1972) *Unequal Exchange*, Londres.

ESCACENA, J.L. (1989) "Los turdetanos o la recuperación de la identidad perdida", en Aubet (\*1989) pp. 433-476.

ESCACENA, J. L. y M. BELÉN, (1991) "Sobre la cronología del horizonte fundacional de los asentamientos tartésicos", *Cuadernos del Suroeste*, pp. 9-42.

ENGELS, F. (1972) *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, Madrid.

FERNÁNDEZ JURADO, J. (1989) "La orientalización de Huelva", en Aubet (\*1989) pp. 339-373.

FERNÁNDEZ MIRANDA, M. (1983) "Ambiente tartésico y colonización fenicia en el suroeste peninsular ibérico", *I Congr. Int. di Studi Fenici e Punici*, Roma, vol. III, pp. 857-856.

- (1986) "Huelva, ciudad de los tartesios", *Au.O.*, IV, M. 227-263.

- (1991) "Tartessos: indígenas, fenicios y griegos en Huelva", *Il Congr. Int. di Studi Fenici e Punici*, vol. I, Roma, pp. 87-96.

FINLEY, M. I. (1974) *La economía de la Antigüedad*, Madrid.

FOX, R. (1985) *Sistemas de parentesco y matrimonio*, Madrid.

FRIED, M. H. (1979) "Sobre la evolución de la estratificación social y del Estado", *Antropología política* (J. R. Llobera ed.) Barcelona, pp. 133-151.

GARBINI, G. (1965) "Tarsis e Gen. 10,4", *BeO*, 7, pp. 13-19.

GARCÍA IGLESIAS, L. (1979) "La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico", *AEspArq.*, 52, pp. 131-140.

GARCÍA MORENO, L. (1979) "Justino 44, 4 y la historia interna de Tartessos", *AEspArq.*, 52, pp. 111-130.

GARCÍA Y BELLIDO, A. (1956) "Materiales de Arqueología HispanoPúnica: los jarros de bronce", *AEspArq.*, 29, pp. 85-112.

- (1960) "Inventario de los jarros púnico-tartésicos" *AEspArq.*, 33, pp. 44-63.

- (1964) "Nuevos jarros de bronce tartésicos", *AEspArq.*, 37, pp. 44-63.

GARNSEY, P., K. HOPKINS y C. R. WHITTAKER, eds. (1983) *Trade in the Ancient Economy*, Berkeley/Los Angeles.

GARRIDO, J. P. (1970) *Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva*, Madrid (E.A.E), 71.

- (1979) "Mundo indígena y orientalizante en la región del Tinto-Odiel", *AEspArq.*, 52, pp. 39-48.

- (1983) "Presencia fenicia en el área atlántica andaluza: la necrópolis orientalizante de Huelva (La Joya)", *I Congr. Int. di Studi Fenici e Punici*, Roma, vol III, pp. 857-863.

GARRIDO, J. P. y E. M. ORTA, (1978) *Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva, II*, Madrid, (E.A.E), 96.

GERNET, L. (1968) *Anthropologie de la Grèce antique*, París.

GIL, J. (1985-6) "Tarsis y Tarteso", *IV Coloq. Len. y cult. paleohispánicas*, Vitoria, (Veleia, 2-3) pp. 421-432.

- (1986) Reseña a Koch (1984) *Gerión*, 4, pp. 378-380

GILMAN, A. (1981) "The Development of Social Stratification in Bronze Age Europe", *Current Anthropology*, 22, 1, pp. 1-23.

GODELIER, M. (1974) *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, Madrid.

- (1975) *Teoría marxista de las sociedades precapitalistas*, Barcelona.

- (1981) *Instituciones económicas*, Barcelona.

GÓMEZ BELLARD, C. et alii, (1989) *La colonización fenicia de la isla de Ibiza*, Madrid.

GÓMEZ MORENO, M. (1943) "La escritura ibérica y su lenguaje", *BRAH*, 112, pp. 251-278.

- (1949) *Misceláneas*, Madrid, pp. 257-330.

- (1961) "La escriturabástulo-turdetana", *RABM*, 69, pp. 879-950.

- (1962) *La escritura bástulo-turdetana*, Madrid.

GRUZINSKI, S. y A. ROUVERET, (1976) "(E)llos son como niños). Histoire et acculturation dans le Mexique colonial et l'Italie méridionale avant la romanisation", *MEFRA*, 88, pp. 159-219.

GUDEMAN, S. (1981) "Antropología económica: el problema de la distribución", *Antropología económica. Estudios etnográficos* (J. R. Llobera, ed.) Barcelona, pp. 231-265.

HARRISON, R.I. (1989) *España en los albores de la Historia*, Madrid.

HARRIS, M. (1990) *Antropología cultural*, Madrid.

HODGES, R. (1987) "Spatial Models, Anthropology and Archaeology", *Landscape and Culture*, Oxford, pp. 118-133 .

HUMPHREYS, S .C. (1978) *Anthropology and the Greeks*, Londres.

JUDICE GAMITO, T. (1985-6) "Social and Economic Complexity in SW Iberia (800-500 B.C.)", *IV Coloq. Len. y cult. paleohispánicas*, Vitoria (Veleia, 2-3) pp. 449-467.

- (1988) *Social Complexity in Southwest Iberia 800 300 B. C. The case of Tartessos*, Oxford, B.A.R. 439.

KOCH, M. (1984) *Tarschisch und Hispanien*, Berlín, M. F., 14.

KRADER, L. (1972) *La formación del Estado*, Barcelona.

KRADER, L. y I. ROSSI, (1980) *Antropología política*, Barcelona.

KUKAHN, E. y A. BLANCO, (1959) "El tesoro del Carambolo", *AEspArq.* , 32, pp. 38-49.

LERNER, G. (1990) *La creación del patriarcado*, Barcelona.

LIVERANI, M. (1988) *Antico Oriente. Storia, società, economia*, Roma-Bari.

LÓPEZ PARDO, F. (1987) *Mauritania Tingitana: de mercado colonial púnico a provincia periférica romana*, Madrid.

- (1990) "Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz)", *Gerión*, 8, pp. 141-162.

LUZÓN, J. M. (1962) "Tartessos y la Ría de Huelva", *Zephyrus*, 13, pp. 10-43.

LLOBERA, J. R. ed. (1979) *Antropología política*, Barcelona.

LLOBREGAT, E. (1976-8) "Orígenes de la cultura ibérica en Contestania", *Ampurias*, 38-40, pp. 61-74.

MALUQUER, J. (1960) "Nuevas orientaciones al problema de Tartessos" *I Symp. Int. Preh. Pen.*, Pamplona, pp. 273-300.

- (1969a) "Introducción al problema de Tartessos", *Tartessos.V Symp. Int. Preh. Pen.*, Barcelona, pp. 1-6.

- (1969b) "Tartessos y su historia", *Tartessos: V Symp Int. Preh. Pen.*, Barcelona, pp. 389-397.



- (1972) *Tartessos. La ciudad sin historia*, Barcelona.

- (1985) *La civilización de Tartessos*, Granada.

MARTÍN DE LA TORRE, A. (1941) *Tartessos*, Sevilla.

MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I. (1989) *Una revisión crítica de la prehistoria española: la Edad del Bronce como paradigma*, Madrid.

MAUSS, M. (1954) *The Gift*, Londres..

MELE, A. (1979) *Il commercio greco arcaico. Prexis ed emporie*, Nápoles.

MEILLASSOUX, C. (1972) "From reproduction to production: a Marxist approach to economic anthropology", *Econ. Soc.*, 1, pp. 93

MONTENEGRO, A. (1970) "Los Pueblos del Mar en España y los orígenes históricos de Tartessos", *BSEAA*, XXXVI, pp. 237-256.

MOREL, J. P. (1984) "Greek Colonization in Italy and in the West (Problems of Evidence and Interpretation)", *Crossroads of the Mediterranean*, (T. Hackens, N. D. Holloway y R. R. Holloway, eds.) Lovaina, pp. 123-161.

MORGAN, L. H. (1971) *La sociedad primitiva*, Barcelona.

NIEMEYER, H. G. , M. PELLICER y H. SCHUBART, (1964) "Eine altpunische Kolonie am Río Vélez", *Archäologischer Anzeiger*, III, pp.

- (1966) "La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez (Málaga)", *IX Congr. Nac. Arq.*, Zaragoza, 1966, pp. 240-254.

- (1969) *Toscanos. La factoría paleopúnica en la desembocadura del río Vélez*, Madrid, (E.A.E.), 64.

OLMOS, R. (1986) "Los griegos en Tartessos: replanteamiento arqueológico-histórico del problema", *Homenaje a L. Siret*, Sevilla, pp. 584-600.

- (1989) "Los griegos en Tartessos: una nueva contrastación entre las fuentes arqueológicas y las literarias", en Aubet (\*1989) pp. 495-518.

- OLMOS, R. y P. CABRERA, (1980) "Un nuevo fragmento de Clitias en Huelva", *AEspArq.*, 53, pp. 5-14.

OLMOS, R. y J. P. GARRIDO, (1982) "Cerámica griega en Huelva. Un informe preliminar" *Homenaje a Sáenz de Buruaga*, Badajoz, pp. 243-259.

PARZINGER, H. y R. SANZ, (1986) "Zum ostmediterranean Ursprung einer Gürtelhakenform der iberischen Halbinsel", *MM*, 27, pp. 169-194.

PELLICER, M. (1962) *Excavaciones en la necrópolis Laurita del Cerro de San Cristóbal (Almunécar, Granada)* Madrid (EAE), 17.

- (1969) "Las primeras cerámicas pintadas andaluzas y sus problemas", *Tartessos: V Symp. Int. Preh. Pen.*, Barcelona, pp. 291-310.

- (1976) "Historiografía tartésica", *Habis*, 7, pp. 229-240.
  - (1979-80) "Ensayo de periodización y cronología tartesia y turdetana", *Habis*, 10-11, pp. 307-332.
  - (1989) "El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía occidental", en Aubet (\*1989) pp. 147-187.
- PEMÁN, C. (1941a) *El paisaje tartésico de Avieno*, Madrid.
- (1941b) "El estado actual de la cuestión tartésica", *BRAH*, LXXVII, pp. 485-490.
- PÉREZ, S. C. (1991) "Las estelas decoradas del SW peninsular", *La cultura tartésica en Extremadura*, Mérida, M. 47-61.
- PÉREZ PRENDES, J. M. (1974) "El mito de Tartessos", *Revista de Occidente*, 134, pp. 183-204.
- PÉREZ ROJAS, M. (1969) "El nombre de Tartessos", *Tartessos: V Symp. Int. Preh. Pen.*, Barcelona, pp. 375-6.
- (1986) "Epigrafía tartésica", *Revista de Arqueología.Tartessos*, (extra nº 1) pp. 74-81.
- POLANYI, K. (1968) *Primitives, Archaichs and Modern Economies*, (G. Dalton, ed.) Nueva York.
- POLANYI, K., C. M. AREMBERG y H. W. PEARSON (eds.) (1976) *Comercio y mercado en los imperios antiguos*, Barcelona.

- PRESEDO, F. (1986) "La realeza tartésica", *Revista de Arqueología. Tartessos*, (extra nº 1) pp. 44-57.
- RENFREW, C. (1984) "Arqueología social de los monumentos megalíticos", *Investigación y Ciencia*, enero 1984, pp. 70-79.
- ROHDE, E. (1973) *Psique. El culto de las almas y la creencia en la inmortalidad entre los griegos*, Barcelona, 1973, pp. 350ss.
- RUFETE, P. (1989) "La cerámica con barniz rojo de Huelva", en Aubet (\*1989) pp. 375-394.
- RUÍZ, M. M. (1989) "Las necrópolis t~tésicas: prestigio, poder y Jerarquías", en Aubet (\*1989) pp. 247-286. D.
- RUÍZ MATA, D. (1989) "Huelva: un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronce Final", en Aubet (\*1989) pp. 209
- RUÍZ MATA, D. y C. PÉREZ, (1989) "El túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres (Puerto de Santa María, Cádiz)", en Aubet (\*1989) pp. 287-295
- SAHLINS, M. D. (1972) *Las sociedades tribales*, Barcelona.
- (1977) *Economía de la Edad de Piedra*, Madrid.
  - (1979) "Hombre pobre, hombre rico, gran hombre, jefe: tipos políticos de Melanesia y Polinesia", *Antropología política* (L. R. Llobera ed.) Barcelona, pp. 267-288.

SÁNCHEZ JIMÉNEZ, F. y G. CRUZ ANDREOTTI, (1988) "A. Schulten y los etruscos", *Studia Historica*, VI, pp. 27-35.

SCHULTEN, A. (1924) *Tartessos*, Madrid.

- (1954) *Tartessos*, Madrid (nueva edición ampliada y revisada).

SERNA, M.R. (1989) "El vaso campaniforme en el Valle del Guadalquivir", en Aubet (\*1989) pp. 47-84.

SMITH, M. E. (1987) "Household Possessions and Wealth in Agrarian States: Implications for Archaeology", *Journal of Anthropological Archaeology*, 6, pp. 297-335.

TACKHOLM, U. (1965) "Tarsis, Tartessos und die Säulen des Herakles", *Op.Rom.*, 5, pp. 143-160.

- (1969) "El concepto de Tarschich en el Antiguo Testamento y sus problemas", *Tartessos: V Symp. Int. Preh. Pen., Barcelona*, pp. 79-90.

- (1974) "Neue Studien zum Tarsis-Tartessos Problem", *Op. Rom.*, 10, pp. 41-57.

TOVAR, A. (1964) "Tartessos en la historia y en la epigrafía", *Act. Il Congr. Est. Clas.*, pp. 596-601.

- (1969) "El oscuro problema de la lengua de los tartesios", *Tartessos: V Symp. Int. Preh. Pen.*, Barcelona, pp. 341-346.

TSIRKIN, Y. B. (1986) "The Greeks and Tartessos", *Oikumene*, 5, pp. 163-171.

TYLOCH, W. (1978) "Le problème de Tarsis à la lumière de la philologie et de l'exégèse", *Deuxième Congrès International d'Etude des Cultures de la Méditerranée Occidentale*, Argel, pp. 46-51.

TYLOR, E. B. (1912) *Antropología*, Madrid.

UTERMANN, J. (1975) *Monumenta Linguarum Hispanicarum*, 1, Wiesbaden.

VERNANT, J. P. (1982) *Mito y sociedad en la Grecia antigua*, Madrid.

- (1983) *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*, Barcelona.

VIDAL-NAQUET, P. (1983) *Formas de pensamiento y formas de sociedad en el mundo griego*, Barcelona.

WACHTEL, N. (1978) "La aculturación", *Hacer la Historia* (J. Le Goff y P. Nora eds.) vol. 1, Barcelona, pp. 135-156.

WAGNER, C. G. (1983) "Aproximación al proceso histórico de Tartessos", *AEspArq.*, 56, pp. 3-36.

- (1986a) "Tartessos y las tradiciones literarias", *RSF*, XIV, 2, pp. 201-228.

- (1986b) "Notas en torno a la aculturación en Tartessos", *Gerión*, 4, pp. 129-160.



- (1987) "Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. A propósito de una publicación reciente", *Gerión*, 5, pp. 317-344 (reseña a Aubet y del Olmo, eds., 1985-6).
- (1988) "Gadir y los más antiguos asentamientos fenicios al Este del Estrecho", *Congreso Internacional. El Estrecho de Gibraltar*, vol. I, Madrid, pp. 419-428.
- (1989) "The Carthaginians in Ancient Spain. From Administrative Trade to Territorial Annexation", *Studia Phoenicia, X: Punic Wars*, Lovaina, pp. 145-156.
- (1990a) "Writing and problems of acculturation in Tartessos", *Phoinikeia Grammata, Lire et écrire en Méditerranée*, Lieja, 1991, pp. 683-689.
- (1990b) "La jefatura como instrumento de análisis del historiador. Cuestiones teóricas y metodológicas", *Espacio y organización social*, Madrid, pp. 91-108.
- (1990c) "Metodología de la aculturación. Consideraciones sobre las formas del contacto cultural y sus consecuencias", *Homenaje a J. M. Blaquez*, Madrid, pp. 445-463.
- (1991) "Las estructuras del mundo tartésico", *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, pp. 103-116..

WAGNER, C. G. y J. ALVAR, (1989) "Fenicios en Occidente: la colonización agrícola", *RSF*, XVII, 1, pp. 61-102.

WHITTAKER, C.R. (1974) "The Western Phoenicians: Colonization and Assimilation", *PCPhyS*, 200, (ns 20) pp. 58-79.

- (1978) "Carthaginian Imperialism in the Fifth and Fourth Centunes", *Imperialism in theAncient Wolrd*, Cambridge, pp. 59-90.

- (1983) "Late Roman trade and traders", *Trade in theAncient Economy* (Garnsey, Hopkins y Whittaker, eds.) Berkeley-Los Angeles, pp. 163-180.



# ADDITIONS





## 1. INTRODUCCIÓN

Pese al avance de recientes aproximaciones (Plácido, 1989, 1993a y 1993b, Cruz Andreotti, 1991) logrando una mejor contextualización de la imagen de Tartessos como producto de un proceso histórico -el de la Grecia arcaica- que nos proporcionan las escasas noticias de las fuentes literarias, lo insuficiente de su información, con su alto contenido de ambigüedad (Wagner, 1986a; De Hoz, 1989) hacen recaer el peso de la investigación en el estudio de los materiales arqueológicos. Estudio, claro está, efectuado según un enfoque y una metodología que responden, en realidad, a las ideas que tiene cada investigador de los fenómenos históricos, de lo que entiende por los factores que propician cambios y transformaciones en la dinámica de los acontecimientos y los procesos que los configuran. Algo, al parecer, tan evidente que casi nunca se explicita.

Así, toda la discusión sobre las diversas interpretaciones que reposan en el análisis del registro arqueológico versa, en último término, sobre la forma de trabajar de cada uno, condicionada, se reconozca o no, por tales ideas previas. Hay quien, con una concepción idealista de la cultura y acontecimientos históricos, se sirve sin más de los datos arqueológicos y literarios, ordenándolos e interpretándolos en una

síntesis descriptiva basada en procedimientos inductivos según el más puro proceder normativista. Esta fuerte confianza en los datos en sí mismos, y en la información que proporcionan, se adereza otras veces con explicaciones *a posteriori*, utilizadas para justificar, implícita o explícitamente, la ordenación y selección mismas de los datos previamente realizadas. En tales ocasiones predominan las de carácter historicista y difusionista, y hay también algunas muestras de un acusado eclecticismo (Iudice Gamito, 1988) de decepcionantes resultados. Sólo en contadas ocasiones (Barceló, 1992) se procede a un planteamiento previo del modelo teórico del que se nutren las hipótesis a validar y contrastar.

No obstante el dato en sí no es algo valioso, sino que adquiere su significado dentro de un marco teórico en el que se contextualiza., por lo que estoy totalmente de acuerdo con Carrilero (1993: 164) cuando afirma que: "el dato no es algo aséptico que aparece en una excavación arqueológica o en un texto escrito susceptible de ser interpretado, el dato es una elaboración intelectual de ordenación y evaluación según un modelo explícito, por lo tanto, éste constituye una síntesis, un punto de llegada que nos sirve para construir hipótesis que han de ser validadas o contrastadas". Así, el modelo que a lo largo de estas



páginas se propone para su discusión, y que de forma menos articulada he defendido en publicaciones anteriores (Wagner, 1991 y 1993a), está elaborado desde una perspectiva que concibe la expansión fenicia arcaica (siglos VIII-VI a C.) como una **modalidad de comercio lejano** inserta en un **sistema mundial de relaciones centro/periferia**, y caracterizada por una estrategia dinamizadora de los intercambios que origina la colonización, con la aparición de asentamientos próximos a las zonas en que se efectúan aquellos, y en la que la necesaria explicación de los procesos que ligán el centro y la periferia (Gilman, 1993, 107) se articula en un conjunto de relaciones sociales, económicas y políticas que se establecen en un contexto de **intercambio desigual** (Wagner, 1991: 15 y 24, 1993a: 105 y e.p.). Un modelo que, desde la perspectiva de la arqueoantropología materialista, pone el énfasis en las relaciones sociales, la desigualdad y la explotación, en vez de en los aspectos puramente culturales que creo justificadamente criticados (Alvar, 1994: 39), y cuyas implicaciones son: a) el *carácter aldeano* de la formación social tartésica antes de su contacto con los colonizadores fenicios; una sociedad estructurada en torno al parentesco y con un modo de *producción doméstico* como forma económica dominante, que se verá transformada a consecuencia del contacto colonial. Contacto que se articula en el ámbito de un b) *comercio colonial*, como una

modalidad de comercio lejano y de *intercambio desigual* que aquel conlleva como modos de transferir riqueza desde una formación social a otra, dando como resultado c) una *transformación* que se produce, no en el sentido de "progreso" histórico a que tantas veces se alude y sin las consecuencias "modernizantes" ("apogeo económico", "economía de mercado") que se le atribuyen, y en la que es preciso distinguir *el cambio cultural* del *cambio social* que tan frecuentemente se confunden. Una transformación que, por el contrario, permite a las élites emergentes utilizar el comercio colonial para apropiarse del excedente, manteniendo una posición de prestigio y privilegio en la que el control de la redistribución favorece los intereses de los fenicios al capacitarlas para movilizar la fuerza de trabajo que éstos demandan en forma de materias primas, pero que acentúa la tensión con las formas de organización tradicionales, favoreciendo el tránsito a formas acusadas de desigualdad económica, al tiempo que produce *dependencia técnica y subordinación económica*.. En tal contexto d) *la aculturación orientalizante* se constituye en una estrategia no violenta de explotación colonial, mediante la cual las élites autóctonas quedan subordinadas a las decisiones e intereses que se imponen desde la jerarquía colonial, y e) *la presencia colonial en el interior* en un medio de dinamizar los intercambios y de atenuar las tensiones

en el centro (las ciudades de Fenicia) mediante la manipulación de la periferia.

Procede, por tanto, la validación y contrastación de tales propuestas. A tal respecto el registro arqueológico no es lo completo que se desearía, consecuencia en gran parte de que las investigaciones arqueológicas se hallan realizado muchas veces desde posiciones puramente intuitivas y especulativas sin más referencias teóricas de partida (Carrilero, 1993: 163, López Castro, 1993), pese a todo lo cual la documentación disponible no desarmoniza, en mi opinión, con la interpretación que propongo.

## **2. EL CARÁCTER DE LA FORMACIÓN SOCIAL TARTÉSICA.**

Pese a los variados intentos por despejarla, el carácter de la formación social tartésica antes de su contacto con los fenicios continúa siendo en gran medida una incógnita. Ello no ha impedido que se realicen diversas aproximaciones desde otras tantas perspectivas. Algunas, como la que defiende la existencia de las élites con el argumento de que es precisamente a estas élites a quién va destinado el comercio fenicio y sin cuya presencia no habría podido articularse la relación implícita en el comercio colonial, constituyen un claro ejemplo de hipótesis *ad hoc*, que

de momento no está contrastada en el registro arqueológico. Como bien ha observado Gilman (1993: 109), la evidencia sobre la organización económica y social que fundamente cualquier hipótesis sobre el carácter de la formación social tartésica ha de ser aún desarrollada, al mismo tiempo que "el impacto de los contactos fenicios y griegos durante el Primer Milenio en Iberia sólo puede proponerse en un ámbito que dé primacía explicativa al marco político y económico del intercambio". Como también se ha señalado recientemente (Carrilero, 1993: 166) "de momento no constatamos una sociedad que esté claramente estratificada en el Bronce Final, ni que existan unas élites definidas, sencillamente porque no se han puesto los medios ni teóricos ni prácticos para desentrañar que organización social encuentran los fenicios en el sur peninsular a su llegada a nuestras costas". Los únicos vestigios que podían inducirnos a pensar en la existencia de élites en las comunidades del Bronce Final, las estelas decoradas del S.O., presentan un grado de variabilidad tan alto en los patrones iconográficos que se puede deducir de ello la inexistencia de una definición nítida del prestigio, lo que indicaría una ausencia de cohesión social entre las élites representadas en ellas (Barceló, 1992: 269) o, sencillamente, la inexistencia de tales élites al corresponder las estelas a un sistema de representación de rangos en una "sociedad donde los guerreros

participen en la producción y donde exista una total ausencia de lazo directo entre poder y riqueza" (Carrilero, 1993: 166). Una interpretación distinta de las estelas, que las desvincula parcialmente del supuesto contexto funerario a que normalmente se adscriben (Bendala Galán *et alii*, 1994: 66 ss), las considera señales en el territorio, a modo de indicadores de rutas ganaderas y comerciales (Ruiz-Gálvez Priego y Galán Domingo, 1991) que transmiten al mismo tiempo, mediante un lenguaje iconográfico y simbólico complejo, ideas de posesión territorial a la vez que expresan relaciones sociales, aunque se reconoce también su vinculación con grupos elitistas que se están consolidando en una zona marginal del principal foco tartésico (Galán Domingo, 1993). Como se ve, ante la falta de otros datos, las estelas pueden interpretarse en sentidos muy diferentes, sobre todo si se piensa que la metalurgia y el comercio no siempre son indicios seguros de complejidad sociocultural.

Aunque en ocasiones se me ha atribuido, no he afirmado nunca que las comunidades tartésicas del Bronce Final, o preorientalizantes, constituyeran sociedades igualitarias. Por el contrario, he insistido desde un principio en su carácter incipientemente jerarquizado (Wagner, 1983: 12; 1986b: 154; 1992: 93 y

1993a: 104), lo que no implica la existencia necesaria de élites desarrolladas y estratificación social sino posiciones de prestigio al frente de una red redistributiva suprafamiliar. Posiciones centralizadas de liderazgo que en términos políticos denominamos jefaturas y que no suponen la formación de un grupo social de índole aristocrática capaz de realizar la apropiación de la tierra comunitaria. Por eso estoy en desacuerdo con aquellos que consideran el mundo tartésico del Bronce Final como una cultura compleja y muy elaborada. A este respecto me parece que gran parte de la discrepancia proviene de los indicadores que cada uno considera adecuados a un determinado nivel de complejidad cultural, y que algunos arqueólogos y prehistoriadores identifican, de manera errónea, sociedad aldeana con "ambiente neolítico". Yo interpreto que el registro arqueológico del Bronce Final, allí donde es mínimamente fiable, nos muestra unas comunidades aldeanas que se caracterizan por la presencia generalizada de poblados de cabañas, cerámicas a mano, escasa o muy localizada actividad metalúrgica, utillaje mayoritariamente lítico y un modo de producción doméstico (Wagner, 1983: 9, 1991: 16, 1992: 90 ss; Carrilero, 1993, 169), lo que en mi opinión no constituyen muestras de una complejidad cultural acusada ni de una compleja estructura socioeconómica. La ausencia de necrópolis conocidas de este periodo añade una dificultad más a la contrastación de mi



hipótesis, y de cualquier otra, pero lo que conocemos de los enterramientos más antiguos de la necrópolis de Las Cumbres, como el túmulo 1 sugiere la existencia de prácticas funerarias de carácter comunitario (Ruiz Mata, 1991b: 215 ss; Ruiz Mata y Pérez, 1989: 292 ss) que encajan bien con lo propuesto.

Dado que, sin embargo, la metalurgia ha sido uno de los elementos principales sobre el que se ha generado la idea de una notoria complejidad cultural tartésica durante el Bronce Final, la tomaré ahora como objeto central de mi análisis. Identificar automáticamente la presencia de trabajo metalúrgico con altos niveles de complejidad sociocultural constituye un error hace tiempo señalado (Rowlands, 1971). Por ello no interesa tanto conocer la supuesta antigüedad de las técnicas minerometalúrgicas entre las poblaciones del SO peninsular, sino evaluar su incidencia concreta en el ámbito de los procesos de trabajo locales y de las relaciones socioeconómicas dominantes. El que se conociese el beneficio de la plata desde el segundo milenio (Aubet, 1991: 36) parece un dato en sí mismo no demasiado significativo, si no lo contextualizamos debidamente en un determinado modo de producción en que adquiriera significado. En otras palabras, este dato en sí no constituye indicador fiable que nos sitúe en un determinado nivel de

complejidad cultural. Tal y como ha mostrado Carrilero (1992a: 970) en su análisis de las sociedades de la Prehistoria reciente en el S.E. peninsular, la experiencia histórica y etnoantropológica coinciden en señalar que la presencia de artesanos especialistas no equivale automáticamente a la existencia de una acusada división del trabajo, sino que éstos son perfectamente posibles en un marco caracterizado por las relaciones entre linajes cuyas actividades productivas dependan de la agricultura y la ganadería (Rowlands, 1971: 215; Godelier, 1974: 275 ss). Del mismo modo, ciertas tareas de interés común pueden ser emprendidas a niveles más altos que las simples unidades domésticas productivas por grupos de descendencia o por la comunidad de aldea en su conjunto (Sahlins, 1972: 121). Y la propia experiencia empírica viene a mostrar cómo la metalurgia fue conocida durante un milenio en Europa antes que la intensificación de los sistemas de subsistencia crearan el contexto social adecuado para la acumulación de riqueza y estimularan el desarrollo de la tecnología (Gilman, 1981: 19). Por consiguiente habría que averiguar si tal intensificación tuvo lugar. A este respecto se discute acerca de la expansión agrícola que habría, según algunos, caracterizado el periodo (Aubet, 1977-8: 106; Barceló, 1992: 266; Carrilero, 1993: 165) lo que tal vez se perciba también en una mayor estabilidad del hábitat (Galán Domingo, 1993: 57 ss) a medida que, por causa quizá de un aumento de la

---

población, la agricultura obtuviera un mayor peso que antes en el control y explotación de los recursos. Con todo, nada seguro se sabe al respecto.

Por otra parte, incluso durante el "orientalizante" los vestigios de actividades relacionadas con la minería y la metalurgia raramente se asocian a una especialización funcional de los espacios en zonas específicas, sino a una especialización por asentamientos que, no obstante, presentan en muchos casos claros indicios de una organización doméstica de los procesos de trabajo al vincularse los hallazgos, como en Cerro Salomón, no con zonas concretas de producción sino con las mismas estructuras de habitación que conforman el poblado. En otras ocasiones asentamientos claramente caracterizados por su funcionalidad minero-metalúrgica presentan unos fuertes indicios de ocupación estacional (Ruiz Mata, 1989: 214 ss) lo que no aboga precisamente en favor de una gran división del trabajo (Rowlands, 1971: 212 ss). Más significativo aún me parece el que cuando esto no sucede así, como es el caso de Huelva o Tejada, todos los indicadores apuntan a una clara presencia del elemento colonial (Garrido, 1979: 39 ss; Ruiz Mata, 1989: 229; Fernández Jurado, 1989: 353). Si en el registro arqueológico los vestigios de una especialización en los procesos de trabajo relacionados

con la metalurgia se asocian a huellas inequívocas de la presencia fenicia, documentándose una organización doméstica de los procesos de trabajo o un ritmo de ocupación estacional cuando éstas faltan, difícilmente podremos concluir que el trabajo del metal constituye un exponente de elevada complejidad sociocultural en Tartessos.

Por lo que al volumen de los hallazgos respecta, resulta indicativo el que la metalistería tartésica, en contraste con el número de hallazgos en culturas europeas contemporáneas, haya sido calificada como un mito creado en gran parte por la erudición (Pellicer, 1989: 157) y que se haya señalado la sobrevaloración que se hace de estos objetos, normalmente descontextualizados, que han servido para crear un mito sobre Tartessos, heredado en gran medida de una lectura acrítica de las noticias recogidas por las fuentes literarias (Carrilero, 1993, 164). No deja de ser significativo que la mayor proporción de estos hallazgos se concentre en depósitos "utilitarios" o "votivos" que han sido interpretados como prueba del control ejercido localmente en la redistribución de los artefactos metálicos (Barceló, 1992: 267), de los que se ha resaltado también la escasez de útiles frente al predominio de armas y joyas (Ruiz-Gálvez, 1987: 256; Galán Domingo, 1993: 69) En el contexto de las

relaciones sociales, la presencia de estos objetos metálicos y otros artefactos no productivos sólo constituye un indicador de la existencia de "bienes de prestigio" que pueden conseguirse mediante desplazamientos e intercambios con grupos lejanos, como pudieron ser los contactos atlánticos y mediterráneos (Ruiz-Gálvez, 1986). También pueden darse artesanos a tiempo parcial, ya que los ciclos agrícolas no ocupan todo el año, o especialistas, itinerantes o no, integrados de diversas formas en las relaciones de producción existentes (Rowlands, 1971: 213 ss).

Con todo, estos bienes de prestigio no son en sí riqueza sino su imagen (Carrilero, 1992a: 969; Wagner, 1991: 18), ya que la auténtica riqueza en estas sociedades la proporciona el control sobre los medios de producción mediante la redistribución y las alianzas matrimoniales (Meillassoux, 1972), al tratarse de unas condiciones en las que el efecto de la eficacia tecnológica hace innecesaria la apropiación de la tierra, resultando mucho más fructífero el control de la fuerza de trabajo y su producto. Es así, precisamente, que los bienes de prestigio adquieren su significado al poder ser utilizados como elementos de la dote para la adquisición de mujeres y regalos para sellar alianzas. Significativamente los objetos de prestigio

representados en las estelas decoradas del S.O. (Barceló, 1989; Celestino Pérez, 1991; Galán Domingo, 1993) son muy escasos en los hallazgos arqueológicos. ¿Se debe a que no se conocen las necrópolis de este periodo?. En dichas necrópolis se enterrarían estos símbolos de rango, dado que es preciso neutralizarlos finalmente para evitar una acumulación excesiva que pudiera desvirtuarlos, ya que en sociedades de esta índole la competencia social toma la forma de una acumulación de mujeres o una multiplicación de los aliados (Godelier, 1981: 92-3) que se obtienen gracias a estos bienes de prestigio en manos de los jefes de linaje.

¿Se debe esta ausencia de necrópolis no tanto a factores que inciden de forma aleatoria en la investigación arqueológica, cuanto al mismo carácter de las prácticas funerarias de aquellas poblaciones del Bronce Final, tal y como se viene defendiendo últimamente (Belén y Escacena, 1992b: 517; Barceló, 1992, 265)?. En cualquier caso, la presencia de depósitos, en los que tampoco aparecen las espadas y las fíbulas (Barceló, 1992: 266), contrasta con la ausencia de enterramientos de este periodo en los que supuestamente se hallarían tales ajuares metálicos, y puede interpretarse, en mi opinión, como prueba de la escasez de aquellas. De toda la cantidad de metal que circulaba entre la Península Ibérica, el llamado Círculo



Atlántico y el Mediterráneo central durante este periodo sólo una pequeña parte se quedó en Tartessos a juzgar por la distribución y el volumen de los hallazgos. En este sentido se sugiere que, aunque se produjo un incremento durante el Bronce Final en el uso de metal procedente de la Península Ibérica y una disminución del centroeuropeo, "dado que no son muchos los testimonios de comercialización directa de la materia prima, es posible que ésta fuese conseguida por la refundición de objetos manufacturados en circulación (Barceló, 1992: 268), idea que yo mismo he defendido (Wagner, 1983: 7) y que constituye una de las prácticas comunes en la obtención de metal en contextos poco especializados, donde el metalúrgico es aprovisionado por su "cliente" (Rowlands, 1971: 211 y 212).

Tampoco carece de significación que la mayor concentración de tales objetos en el S.O. peninsular se produzca en un momento, finales del siglo VIII- siglo VII a C., en que se detecta el auge del comercio fenicio, si bien más significativo aún resulta el descubrimiento de un núcleo metalúrgico en cuyos talleres se elaboraban útiles y armas del más puro estilo atlántico en un lugar tan periférico de Tartessos como la Peña Negra de Crevillente (Alicante), constatando allí, en un lugar claramente autóctono, además del comercio colonial desde la última mitad del siglo IX, la presencia

misma de los artesanos fenicios (González Prats, 1991: 114).

¿Debemos interpretar todos aquellos intercambios como otro signo de la supuesta complejidad cultural? Cabe señalar que un comercio de largo alcance es perfectamente posible en una sociedad aldeana como la tartésica del Bronce Final. Dicho comercio, responsable seguramente de la introducción de objetos de origen europeo y mediterráneo, que suelen agruparse bajo la rúbrica de relaciones de tipo precolonial, no constituye tampoco una prueba de diversidad económica, especialización y complejidad sociocultural. Las gentes de las sociedades aldeanas pueden organizar, desde las posiciones de rango que presiden sus redes redistributivas, incursiones o expediciones hacia objetivos lejanos con el fin de procurarse objetos escasos u exóticos o conseguir botín de guerra. En ambos casos las dificultades estructurales son salvadas por la eficaz actuación del liderazgo centralizado al frente de la movilización ceremonial del esfuerzo que tales actividades requieren y del consenso para llevarlas a cabo. No obstante tampoco las expediciones lejanas son siempre necesarias; como señala Rowlands (1971: 11) "the trade of raw materials and finished products in metalworking need not therefore be the result of specialized trade contacts or long-distance trade routes,

but a more diffuse pattern of interlocking trade networks may have existed dealing in numerous exchange commodities besides copper and tin and in which wider section of the population shared". Además, la evidencia arqueológica acumulada es de tal índole que puede ser utilizada de muy distinta manera, tanto para afirmar (Ruiz-Gálvez, 1986: 22 ss) como para negar (Alvar, 1988: 436 ss) un protagonismo de los autóctonos en estas navegaciones e intercambios.

Para aceptar que el desarrollo de sistemas de intercambio de gran alcance tuviera alguna incidencia notable en la aparición de una mayor complejidad socio-cultural habría que probar que ejercieron un impacto positivo en el incremento de la producción agrícola, favoreciendo el desarrollo de nuevas y más eficaces tecnologías, o que la alta calidad del trabajo en metal con que se comerciaba estimuló una demanda capaz de provocar finalmente un aumento de su producción que implicara una especialización acusada (Rowlands, 1971: 220). No es éste el caso, como se ha visto. Fundamentalmente se trataba de armas y otros artefactos que podemos considerar bienes de prestigio por lo que caen dentro de la esfera de las manifestaciones simbólicas y no en la de las actividades productivas, y su distribución, así como el hallazgo del taller de metalurgia "atlántica" en Crevillente sugiere

una producción no localizada mayoritariamente en el S.O. peninsular.

En aquellas comunidades aldeanas tartésicas, socialmente segmentadas en grupos de parentesco incipientemente jerarquizados que integran las unidades domésticas productivas, el conflicto y la explotación adquieren rasgos no clasistas, oponiendo a los grupos de edades y sexos (jóvenes productivos y adultos varones que controlan los linajes), como ocurre en este tipo de sociedades (Renfrew, 1984: 76). Esta es la primera esfera, la que corresponde al interior de los grupos de parentesco, en que se produce una explotación, limitada a la apropiación de una parte del trabajo de las mujeres y los más jóvenes por los adultos para convertirlo en bienes de prestigio. Otra oposición se establece entre linajes más débiles y aquellos otros más fuertes, segunda esfera en que se manifiesta el conflicto, si bien no se trata de una simple cuestión de tamaño sino de capacidad para intercambiar mujeres y concretar alianzas entre círculos jerarquizados de parientes debido distinto coste de las mujeres de los diversos linajes (Friedman, 1977: 202 ss), de mayor eficacia, en suma, para asegurar las condiciones de la reproducción social y mantener al mismo tiempo una posición de prestigio. Los círculos igualitarios de matrimonio se convierten así en una jerarquía de

linajes que dan mujeres y linajes que reciben mujeres, produciéndose un reagrupamiento de los mismos en círculos de aliados capaces de pagar un "precio" similar por la novia, como consecuencia de que los linajes capaces de costear los ceremoniales más importantes, aquellos que detentan mayor rango en la jerarquía social, son con quienes tienen más interés los demás en establecer alianzas, pero cuyas mujeres resultan más "caras". Finalmente, pero de forma paralela, el crecimiento de la población y su concentración en asentamientos estratégicos (Aubet, 1977-8: 89ss; 1991: 36; Almagro y Gorbea, 1991: 98; Belén y Escacena, 1992a) provocaría la segmentación de muchos poblados con el subsiguiente aprovechamiento de nuevas tierras puestas en explotación con técnicas tradicionales (Carrilero, 1993: 165; Wagner, 1993a: 105), así como una incipiente competencia por los recursos, tercera esfera en que se produce el conflicto, lo que se puede advertir en el carácter de centro territorial, si bien a pequeña escala, que adquieren durante el Bronce Final los asentamientos más grandes, que se rodean de fortificaciones (Aubet, 1991: 37). En este ambiente, la jerarquización de los grupos de descendencia supedita unos linajes a otros apareciendo posiciones centralizadas de decisión no coactiva que denominamos jefaturas (Wagner, 1990). Pero las diferencias de autoridad y de prestigio no descansan aún en la acumulación de riqueza, o sea, en la apropiación del

excedente, sino en la misma capacidad para aumentar la base productiva (incrementando el intercambio de mujeres) y los circuitos de redistribución (consiguiendo más aliados).

### **3. PACTOS, ALIANZAS, MATRIMONIOS: EL MARCO SOCIAL Y POLÍTICO DE LOS INTERCAMBIOS COLONIALES.**

Si bien se siguen utilizando conceptos como "mercado" aplicados a lugares como Huelva (Fernández Jurado, 1991: 172) en la interpretación de los lazos económicos entre autóctonos y colonizadores, el comercio, en un contexto como aquel, constituía una relación exclusiva con una parte externa específica, estableciéndose de antemano y con exactitud quién intercambia con quién. De esta manera eran las relaciones sociales y no los precios las que conectaban a los "compradores" con los "vendedores" (Sahlins, 1977: 319 ss). Precios y mercado pudieron existir, pero no dirigían los procesos económicos. El intercambio a través del mercado sólo llega a dominar el proceso económico en la medida en que la tierra y los alimentos son movilizados por ese intercambio y allí donde la fuerza de trabajo se ha convertido en una mercancía que puede adquirirse libremente. Lo que el registro arqueológico sugiere es más bien un intercambio limitado a productos muy específicos y a sectores



sociales restringidos. Y si bien es cierto que pudo haber existido competencia por el volumen del comercio externo, y que de hecho los sistemas internos de prestigio de las sociedades aldeanas jerarquizadas descansan a menudo sobre ella (Rowlands, 1980), aquella no surge como una manipulación de los precios u otros procedimientos similares, sino que suele reposar sobre el aumento de los "socios" externos o del volumen del comercio ya existente (Sahlins, 1977: 322).

Por el contrario en una situación como la que, creo, caracterizó el encuentro y la "coexistencia" entre autóctonos y fenicios en el S.O. de la Península, las actividades "económicas", "sociales" y "políticas" quedan entretejidas en un único marco de relaciones sociales que es el que posibilita la fluidez de los contactos e intercambios en el ámbito colonial. La presencia de santuarios, centrales, como el de Gadir o periféricos, como los de Cástulo y Alcácer do Sal, los regalos, pactos, alianzas y matrimonios mixtos constituían otros tantos elementos que posibilitaban la vertebración de las relaciones entre unos y otros en un ambiente de marcado carácter colonial.

La funcionalidad polivalente de los santuarios (Grottanelli, 1981) ilustra la mezcla de intereses y

actitudes a que me refería líneas arriba. Además de lugar de culto poseían un cometido en la organización y preservación de los intercambios comerciales, de los que se constituían en última instancia en garantes. Los santuarios facilitaban, con su misma presencia, la consecución de objetivos relacionados con el interés por establecer vínculos de amistad con la población autóctona (López Pardo, 1992: 96 ss) Así, el santuario de Melkart en Gadir era expresión, al mismo tiempo de la eficacia organizativa que caracterizaba al comercio fenicio, del carácter pacífico que se le quería imprimir a las relaciones que posibilitaban tal comercio, y nexo entre la periferia colonial y el centro, constituyendo un elemento clave en el trasvase de la riqueza que se extraía en el lejano Occidente. Por ello, si por un lado el templo de Melkart constituía un factor de integración que proporcionaba y garantizaba seguridad y fluidez en los intercambios (Aubet, 1987: 239 ss), era también, por otra parte, el más claro exponente del desequilibrio de una política de pactos y alianzas que resultaban en la práctica desiguales, ya que la población autóctona no gozaba de las mismas condiciones técnicas y organizativas que preservaban los intereses de los colonizadores fenicios.

Los regalos cumplían así mismo una finalidad diversa. Representados en el registro arqueológico por

los objetos de lujo "orientalizantes" que se difunden por los mismos lugares que antes los bienes de prestigio (armas, joyas, cerámicas) durante el Bronce Final (Barceló, 1992: 264), fueron utilizados por los colonizadores para procurarse el interés y la amistad de los "jefes redistribuidores" locales así como para penetrar en las redes de redistribución que quedaron conectadas, de este modo, con el comercio colonial. Mediante los regalos se establecieron vínculos de reciprocidad que más tarde se transformarían en dependencia.

Los matrimonios mixtos, que han sido considerados como vehículos de la aculturación (Whittaker, 1974: 74; Almagro Gorbea, 1983: 446), serían otro de los medios empleados en la articulación de vínculos sociales entre los colonizadores y los autóctonos, además de una necesidad inherente a muchos procesos de colonización en que se desplazan mayoritariamente los varones. La obtención de mujeres serviría para establecer relaciones de alianza y asegurar lazos de parentesco entre los colonizadores fenicios y las poblaciones autóctonas, mediante un sistema de intercambio de dones, similar al que posibilitaba el intercambio de manufacturas y materias primas (López Castro, 1995: 46). Sería tentador vislumbrar su huella arqueológica en algunos de los enterramientos presentes en las necrópolis tartésicas pero soy

consciente de las dificultades de su interpretación. Aún así se puede decir que matrimonios mixtos y regalos constituían en realidad dos aspectos del mismo proceso cuyo objetivo consistía en crear las condiciones de una "coexistencia" que se refleja, por ejemplo, en la presencia de espacios funerarios fenicios en un contexto de enterramientos autóctonos, como en el túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres, cerca de Cádiz (Ruiz Mata, 1991a: 94, 1989a: 213), lo que implica que los colonizadores habían sido admitidos dentro de la estructura social del grupo autóctono. Los procedimientos bien pudieron haber sido la adopción y/o el matrimonio.

#### **4. COMERCIO COLONIAL E INTERCAMBIO DESIGUAL: EL MARCO ECONÓMICO DE LAS TRANSACCIONES.**

Constituye, cuanto menos, una posición ingenua considerar que las relaciones entre los colonizadores fenicios y las comunidades tartésicas se establecieron en un plano de igualdad. La ausencia de agresión manifiesta, de violencia directa como una característica de la presencia fenicia en Occidente señalada en ocasiones (Ruiz Mata, 1991a: 94) no da pie para afirmar el resultado mutuamente beneficioso de unas relaciones que se establecen entre miembros de dos formaciones sociales muy distintas. Quienes tal cosa argumentan olvidan, o desconocen, que el comercio colonial, como

una de las formas en que se manifiesta el comercio lejano, constituye en realidad un modo de transferir una fracción del excedente desde una formación social a otra, lo que implica ganancia y un intercambio no equitativo (Wagner, e.p. 1) que también va más allá de las diferencias de "precios" ocasionadas por la "distancia" social (Bradley, 1985). Todo ello se materializa en las condiciones de desigualdad en que se realiza el tráfico comercial. Desigualdad en el ámbito de las capacidades técnicas y en aquel de la organización de los procesos productivos, que se manifestará en diferencias netas en los costes sociales de producción de lo que se intercambia. Desigualdad, en suma, que se concreta en un trasvase de riqueza en el que la parte económica, tecnológica y organizativamente más avanzada, en términos convencionales, consigue grandes cantidades de materias primas a cambio de un modesto volumen de manufacturas y objetos exóticos, como consecuencia precisamente de la diversa escala de valores en uso en ambos polos del sistema de intercambios (cfr: López Pardo, 1987: 410).

Por ello supone un error considerar que para que las grandes inversiones en materia de comercio a larga distancia resultasen rentables era necesario un intercambio a gran escala (Barceló, 1992: 262). En realidad no se trata tanto de una cuestión cuantitativa

como cualitativa, ya que las ganancias no proceden tanto del volumen de los intercambios cuanto de las diferencias en costes sociales de producción de los productos que se intercambian. Claro está que había beneficios, pero éstos estaban basados en la diferencia de valores subjetivos (utilidades sociales) apreciados desigualmente en dos sociedades distintas que intercambiaban productos cuyos costes sociales de producción no compartían, y no deben confundirse con la ganancia de capital comercial (Amín, 1986: 24). Había otras formas de asegurar las inversiones como eran eliminar costes de transporte y almacenamiento aproximando lo más posible los centros de producción a los lugares de intercambio, sobre todo cuando el volumen de las mercancías así como su valor de uso implica cargamentos voluminosos (López Pardo, 1987: 342ss; Wagner, 1993b: 86). Ello explica, de paso, la proliferación de centros fenicios sobre la costa del litoral mediterráneo andaluz en un patrón de asentamiento que se caracteriza por su extraordinaria densidad y con muestras evidentes de actividades económicas diversificadas (Wagner, 1988: 426ss). Por supuesto todo ello no supone desinterés por parte de los colonizadores en dinamizar los intercambios, pero tal dinamización afecta no sólo al volumen, sino a la intensidad y a la penetración en nuevos contextos autóctonos, ampliando de esta forma el alcance de las relaciones de índole colonial. De todo ello constituyen



claros indicadores la presencia fenicia en lugares como la Peña Negra de Crevillente (González Prats, 1986) y la existencia de asentamientos coloniales como el de Guardamar, junto a la desembocadura del río Segura (González Prats, 1991: 113), el de Sa Caleta en Ibiza, con sus claras evidencias de una procedencia del "Círculo fenicio del Estrecho" (Ramón, 1991), así como el recientemente descubierto de Abul en Alcácer do sal (Mayet *et alii*, 1993).

Debe quedar igualmente claro que la parte que obtiene el beneficio, en este caso los colonizadores fenicios, no se está tan sólo aprovechando de las mencionadas diferencias en costes sociales de producción, sino que, precisamente por ello, el intercambio desigual encubre una realidad de sobre-explotación del trabajo (Meillassoux, 1977: 131 ss), que se articula en la transferencia de riqueza entre sectores económicos que funcionan sobre la base de relaciones de producción diferentes. En este contexto el modo de producción propio de las comunidades autóctonas, al entrar en contacto con el modo de producción de los colonos orientales queda dominado por él y sometido a un proceso de transformación. La contradicción característica de tal transformación, la que realmente la define, es aquella que toma su entidad en las relaciones económicas que se establecen entre el

modo de producción local y el modo de producción dominante, en las que éste preserva a aquél para explotarlo, como modo de organización social que produce valor en beneficio del colonialismo, y al mismo tiempo lo destruye al ir privándole, mediante la explotación, de los medios que aseguran su reproducción.

El problema, por tanto, es más amplio y complejo que una simple política de pactos y alianzas (desiguales) con las élites locales. Por una parte el contacto con los colonizadores incidió acentuando la diversificación de las prácticas económicas (Wagner, 1983: 10) al propiciar una demanda externa de minerales que creó el incentivo para que los jefes situados en el centro de los sistemas redistributivos locales movilizaran la mano de obra necesaria para la intensificación de las tareas de extracción minera. La experiencia acumulada procedente de otros entornos nos muestra que la capacidad intensificadora y la eficacia para movilizar mano de obra de las personas situadas en el centro de los sistemas redistributivos es sumamente operativa (Sahlins, 1972: 148 ss; 1979 280 ss; Renfrew, 1984: 74), por lo que no es necesario recurrir a imaginar relaciones sociales de dependencia de tipo servil o esclavistas, propias de sociedades estratificadas.

Por supuesto, las élites locales (Aubert, 1984), en pleno proceso de formación, respondieron positivamente a los requerimientos de la demanda de los colonizadores fenicios. En un sistema de rango y jerarquía, como aquél, el comercio con los colonizadores les proporcionaba la capacidad no sólo de adquirir nuevos bienes de prestigio que contribuían a reproducir las relaciones sociales que les habían encumbrado sino que mediante su adquisición se apropiaban, al movilizar la fuerza de trabajo necesaria para dar respuesta a los requerimientos de los colonizadores, de una parte del excedente en forma de trabajo extra (cfr: Gudeman, 1981: 256). No fue por tanto el trabajo artesanal el que propició las condiciones necesarias para que la élite se apropiara del excedente (Barceló, 1992: 261 y 270), y no poseemos tampoco claros indicios de un fuerte desarrollo de la especialización durante el orientalizante, sino la redistribución asimétrica o desigual de lo obtenido a partir del trabajo extra que era capaz de movilizar desde su control de la red redistributiva. Por eso creo erróneo considerar que la desigualdad intrínseca al intercambio radicara en que la naturaleza del beneficio que cada parte perseguía era distinta, obteniendo los fenicios "dinero", valor de cambio, y las élites tartésicas prestigio, reconocimiento y poder (López Castro, 1995: 52).

Las élites locales en Tartessos también se enriquecieron con el comercio con los colonizadores fenicios, pero el proceso y la forma en que se produjo tal enriquecimiento fueron distintos. Por un lado, la riqueza "orientalizante" en manos de las élites emergentes diversificó su procedencia al dejar de ser proporcionada en exclusiva por el control ejercido sobre los medios de producción a través de las alianzas y el intercambio de mujeres, pero al mismo tiempo, y por ello, las élites quedaron supeditadas a su colaboración en el mantenimiento del comercio colonial. Tales intercambios, al proporcionar una forma de "realizar" el excedente (Terray: 1977: 149 ss) controlado por las élites, desempeñaba un importante papel en el sostenimiento del sistema económico y las élites autóctonas pasaron a depender cada vez en mayor medida del comercio con los colonizadores para poder seguir practicando en el seno de sus comunidades una redistribución asimétrica que producía beneficios económicos, amén de sociopolíticos, permitiéndoles apropiarse del excedente en forma del trabajo invertido en la obtención del mineral (Wagner, 1991: 21, 1993: 106).

Quizá por ello, al producirse un aumento neto del fondo de poder sobre el que se situaban, actuaron con un alcance cada vez más amplio, tal y como la

distribución de los objetos orientalizantes en Portugal o Extremadura sugiere, introduciendo de este modo una serie de relaciones centro/periferia que esbozan un sistema formado por círculos económicos concéntricos y jerarquizados, lo que permitió finalmente a las élites tartésicas acceder a recursos situados fuera de los territorios que directamente controlaban, de forma más regular que mediante los anteriores intercambios esporádicos, asegurando de esta forma el incremento del volumen de materias primas y recursos que permitiera perpetuar y reproducir su rol dominante en Tartessos (Aubet, 1991: 40-1). Seguramente los propios fenicios se encontraban interesados en ello, ya que de esta forma se reproducían al mismo tiempo las condiciones que dinamizaban el comercio colonial, y es en este contexto, al margen de la interpretación específica de su carácter como palacio/santuario etc, que puede hallar su significación Cancho Roano (López Pardo, 1990; Celestino Pérez y Jiménez Avila, 1993: 154 ss) como un elemento inserto en una estrategia colonial que persigue ampliar el horizonte de los intercambios.

Pero al mismo tiempo que las élites se consolidaban era necesario preservar las redes redistributivas que controlaban, lo que les permitía, en suma, movilizar la fuerza de trabajo necesaria para las tareas minero-metalúrgicas. Aunque prácticamente

carecemos de información al respecto, la pervivencia de las prácticas económicas tradicionales adquiere un valor significativo. Tal pervivencia se advierte en la continuidad del patrón de asentamiento (Amores y Rodríguez Temiño, 1984; cfr: Barceló, 1992: 263), en la escasa renovación tecnológica que supuso la tardía incorporación del utillaje de hierro, así como en un desarrollo artesanal lento que se percibe en hechos tales como el más de siglo y medio que fueron necesarios para que se generalizara la cerámica a torno.

Tal es la dinámica que explica la continuidad del modo de producción doméstico en Tartessos (Wagner, 1993a: 110 ss) así como los cambios que al término del periodo "orientalizante" (fines del siglo VI a C.) modificaron las relaciones entre los colonizadores fenicios y la población autóctona. Tales cambios fueron, en última instancia, consecuencia de la tensión que introdujo la aparición de formas simples de economía política sobre las estructuras tradicionales en un momento en que comenzaba a producirse el agotamiento de los recursos bajo formas de dependencia tecnológica colonial. La desarticulación de la formación social tartésica, que desapareció finalmente para dar paso a la posterior formación ibero-turdetana, su desestructuración, fue en definitiva, y por más que desconozcamos los detalles, la



consecuencia histórica de la dinámica contradictoria del proceso por el cual los colonizadores fenicios se beneficiaban de la sobre-explotación del trabajo de las poblaciones del extremo occidental mediterráneo.

## **5. CAMBIO CULTURAL Y CAMBIO SOCIAL: ALCANCE Y SIGNIFICADO DE LA ACULTURACIÓN "ORIENTALIZANTE".**

Manejando los mismos datos procedentes del registro arqueológico una parte de la investigación (Almagro Gorbea, 1991a: 240; Fernández Jurado, 1991: 171 ss, 359; Ruiz Mata y Pérez, 1989: 293) realiza una interpretación de las consecuencias del contacto intercultural durante el orientalizante en términos de lo que describen como una aculturación rápida e intensa, así como bastante generalizada, de las poblaciones del S.O. peninsular, mientras que otros investigadores interpretan los resultados de dicho contacto como una aculturación mucho más lenta, parcial y selectiva, un fenómeno que afectó sobre todo a las élites (Aubet, 1977-8: 98 ss, Wagner, 1986b, 1993: 107; Tsirkin, 1981: 417 ss), permaneciendo el resto de la población al margen o bajo el "impacto" de una aculturación ciertamente superficial. Tales discrepancias ponen una vez más de manifiesto como los datos que poseemos no bastan por sí solos para explicar los procesos por lo que se hace necesario su estudio dentro de un modelo

elaborado a partir de unas proposiciones teóricas previas.

En los estudios sobre Tartessos, y nuestra protohistoria en general, no se suele diferenciar entre aculturación y "difusión cultural", entre aculturación impuesta o espontánea, o entre "asimilación e integración" (Wagner, 1993c) y se tiende a percibir el resultado de la interacción cultural como un conjunto de fenómenos positivos, y por consiguiente "necesarios", en tanto que generan "progreso" histórico o mejoran, mediante las innovaciones que introducen, las condiciones en que se desenvuelven las comunidades que reciben su impacto. Más raramente se advierte que la aculturación puede obrar destructivamente, como la evidencia procedente de otros entornos ha señalado (Wachtel, 1978: 154; Murphy y Steward, 1981: 219 ss; Burke, 1987: 127), dando lugar a fenómenos de rechazo y supervivencia cultural, o contraculturación, que se pueden manifestar de muy diversas formas (Gruzinski y Rouveret, 1976: 199-204). En otras ocasiones la aculturación puede ocasionar una situación que se conoce como "pluralismo estabilizado", allí donde las culturas implicadas se atienen a un mutuo acomodo en una misma área en una relación asimétrica que les permite persistir respectivamente en su línea distintiva (Morel,

1984: 132 ss; cfr: Chapa, e.p.). Tampoco se suele tener presente que la aculturación es un proceso dinámico, con diferentes fases y niveles por lo que sus resultados diferirán dependiendo del momento en que tal proceso se encuentre (Alvar, 1990), y que por tanto se trata de algo más complejo que las simplificaciones que a menudo se hacen. También se confunden otras veces cambio cultural y cambio social. Ello es en gran parte consecuencia de la mayoritaria adscripción de los investigadores a la arqueología histórico-cultural en la que el difusionismo constituye la explicación por excelencia de las distintas secuencias históricas (López Castro, 1992: 48 ss; 1993).

Aunque, en general, los cambios culturales se relacionan estrechamente con los sociales, a los que pueden preceder o de los que, en algunas ocasiones, pueden actuar como desencadenantes, es preciso establecer una distinción nítida entre ambos, en tanto que afectan a distintos tipos de prácticas y conductas. El cambio cultural implica alteraciones en ideas y creencias, afectando por tanto a las actitudes y las costumbres, mientras que el cambio social entraña transformaciones en la estructura de las relaciones sociales, de sus cometidos y funciones. Creo, en contra de una idea bastante extendida, que la población de Tartessos se vio a la larga afectada por un cambio social

como consecuencia de la desarticulación de las relaciones de parentesco que fueron sustituidas por formas de dependencia "clientelar" (Wagner, 1993a: 111), en las que la apropiación de la riqueza no entrañaba la de la tierra sino la del trabajo extra no agrícola, tal y como se percibe en las escasas modificaciones del patrón de asentamiento en contraste con el proceso que caracterizará el ámbito ibérico (Ruiz y Molinos, 1993: 262 ss; Santacana, 1995: 151 ss), lo que en último término no fue sino el resultado de la tensión provocada por la explotación colonial sobre las formas tradicionales de organización social. Pero el cambio cultural incidió poco en ella, y cuando lo hizo fue mediante la reinterpretación de las innovaciones que adquirirían de esta manera sentido acorde a las pautas, ideas, valores y costumbres propios de la tradición local.

Como ya he expuesto mis argumentos en otra parte (Wagner, 1986b, 1991, 1993a y e.p. 1) no insistiré nuevamente sobre ello, pero sí diré que en consonancia con el modelo que definiendo a lo largo de estas páginas, la aculturación orientalizante constituyó el resultado de una estrategia colonial no violenta, en términos convencionales, de control que reposaba sobre la subordinación económica de las élites tartésicas, lo que hacía posible su supeditación a la jerarquía colonial en

el proceso de toma de decisiones. Fue resultado, por tanto, del marco económico y político en que se establecieron los intercambios, y sus consecuencias no parecen tan beneficiosas como comúnmente se pretende, o en todo caso cabe preguntarse a quién beneficiaron más y a quienes menos los cambios producidos durante dicho período. Las fuerzas productivas no parecen haberse desarrollado especialmente, pues aún admitiendo que la mayoría de los objetos "orientalizantes" que aparecen en las tumbas de carácter "principesco" (Ruiz Delgado, 1989) hubieran sido manufacturados por artesanos autóctonos que hubieran adquirido sus habilidades de los colonizadores, lo que no es seguro (Belén, 1994: 500), dicha tecnología, al no participar en las tareas productivas sino en otras de carácter simbólico no constituye sino un exponente de una economía de prestigio y no documenta ningún desarrollo de aquellas (Carrilero, 1992b: 131 ss).

La especialización artesanal no parece haber adquirido tampoco un desarrollo notable como consecuencia, precisamente, de la dependencia tecnológica que implicaba el intercambio desigual. Dependencia que se aprecia en la especialización colonial que utilizaba la fuerza de trabajo autóctona en la extracción del mineral y en los niveles menos

complejos de los procesos de trabajo metalúrgicos, mientras que reservaba las fases que implican una mayor complejidad y por tanto conocimientos más especializados a los colonizadores, tal y como se observa en el registro arqueológico, ya que siempre que constatamos una especialización acusada en el seno de las actividades metalúrgicas, constatamos simultáneamente la presencia de los colonizadores en el mismo lugar, como ya dijimos que ocurre en Huelva o Tejada. Tal es la razón por la que probablemente cesa la fabricación de bronce orientalizantes en el S.O. desde finales del siglo VI, momento en que culminará la desestructuración de la formación social tartésica.

Así, la dinámica de cambio, sometida a la tensión inherente al contacto colonial, se plasmó en un cambio social paulatino en el que la aculturación no tuvo demasiado protagonismo. A este respecto la asimilación de los objetos no conlleva necesariamente, como a veces se piensa, la de "las ideas conexas" ya que es preciso diferenciar entre forma (categorías, modelos) y contenido (información cultural) (Wagner, 1993c: 446) y la aceptación de la una no implica siempre la del otro, sino que es posible, sobre todo en situaciones de aculturación espontánea como la que nos concierne, adoptar una forma cultural externa y dotarla de un contenido propio.



Si, como creo, las élites tartésicas surgieron a partir de posiciones sociales de prestigio (liderazgo centralizado) gracias a la oportunidad que el comercio colonial les brindó para apropiarse del excedente en forma de trabajo extra invertido en las actividades minero-metalúrgicas, y no sobre la base de una apropiación real de la tierra que no es posible constatar en parte alguna, entonces las distorsiones en el comercio que se detectan hacia finales del orientalizante, hubieron de afectarlas negativamente. De ahí, seguramente su interés en dinamizar un sistema propio de intercambios entre el centro (el S.O.) y una periferia (Extremadura) que acusa ahora el impacto tardío de los contactos orientalizantes (Aubet, 1991: 40) como una alternativa al comercio colonial que las había encumbrado y del que tan estrechamente dependían.

En su conjunto la formación social tartésica sufrió a la larga las consecuencias de una "desestructuración" (Alvar, 1990: 23 ss), cuyo alcance real no estamos aún en condiciones de precisar, en la que la desigualdad y la dependencia tecnológica, siempre a favor de los colonizadores, desempeñaron un importante papel. Por contra, los supuestos avances de la más compleja cultura colonial (como la escritura y la tecnología del hierro), a los que se responsabiliza a menudo del "progreso" de las comunidades tartésicas durante el

"orientalizante", tardaron en incorporarse a las prácticas autóctonas o lo hicieron muy parcialmente (Wagner, 1986b: 134ss; 1991b), como corresponde a un modelo colonial de "intercambio desigual", y cuando novedades formales alóctonas fueron aceptadas, los mecanismos de integración determinaron casi siempre una aculturación muy superficial.

Por todas estas consideraciones no me parecen convincentes los argumentos que abogan por una fuerte aculturación, perceptible incluso en el marco de las creencias y prácticas funerarias, a partir de contactos predominantemente comerciales y realizados fundamentalmente desde los centros coloniales de la costa. Tal vez esto pueda ser posible en un sitio tan próximo a la colonia fenicia de Gadir como Torre de Doña Blanca, con indicios, además, de coexistencia estrecha entre colonizadores y autóctonos (Ruiz Mata, 1993), pero resulta menos verosímil a medida que penetramos hacia el interior. En todo caso quienes defienden la aculturación rápida e intensa dejan sin explicar el porqué ha de producirse la atracción cultural, puesto que dan por supuesto que ésta era inevitable, pero como he dicho la evidencia empírica procedente de otros contextos muestra que esto no siempre es así. Tampoco se explica cómo es posible que una sociedad, la autóctona, adopte con tanta facilidad

rituales funerarios ajenos mientras que en otras ocasiones, y en relación a actividades que implicarían niveles mucho más superficiales de aculturación, se muestre mucho más conservadora discriminando, por ejemplo, qué tipo de recipientes cerámicos se imitan y cuales no.

En mi opinión existe una mejor manera de comprender la presencia de tumbas y rituales de procedencia fenicia en el seno de un ambiente marcadamente autóctono, lo que pasa por admitir la presencia fenicia en el interior e incluso cierto grado de mestizaje. Parto para ello de la consideración de que es difícil admitir un fuerte protagonismo de las relaciones comerciales en los cambios culturales supuestamente detectados. En ninguna parte el comercio, por intenso que sea, actúa como factor que propicie la aculturación (Wagner, e.p. 2), siendo en todo caso responsable de la aparición de fenómenos de difusión cultural que no deben confundirse con aquella. Por ello la presencia de tumbas y rituales fenicios en el interior ha de interpretarse de una manera distinta a como se ha venido haciendo hasta ahora, por lo que si las gentes que se entierran siguiendo costumbres fenicias en el Valle del Guadalquivir o Extremadura no eran fenicios, sino autóctonos profundamente aculturados, debemos sospechar la presencia cercana y permanente de

aquellos para que tal aculturación fuera posible, por lo que se impone su verificación en el registro arqueológico. Pero puesto que debido al peso de las concepciones académicas imperantes (López Castro, 1993; Belén, 1994: 501 y 506) se parte de la consideración previa de que no es posible encontrar fenicios muy alejados de la costa, difícilmente, si antes no nos desprendemos de él, podremos verificar su presencia, puesto que de inmediato lo interpretaremos como consecuencia de algún tipo de aculturación.

## **6. LOS FENICIOS EN LA COSTA Y EN EL INTERIOR.**

La proliferación de asentamientos fenicios en la costa se corresponde con una proliferación de datos que pueden ser leídos como testimonios de una presencia fenicia en el interior (Belén, 1994: 506) a poco que nos libremos del tópico que convierte a los fenicios en mercaderes exclusivamente asentados en el litoral. Cada vez más, por otra parte, la evidencia procedente de otros lugares del Mediterráneo muestra cómo en realidad esto no siempre fue así (cfr: Gómez Bellard, 1991: 52, Manfredi, 1994: 214). Si las estructuras y las prácticas funerarias que advertimos en lugares como la Cruz del Negro (Carmona, Sevilla), con su réplica arqueológica en el sector arcaico de la necrópolis ibicenca del Puig des Molins (Gómez Bellard, 1990) se encontraran en algún lugar de la costa probablemente

no tendríamos tanta dificultad para admitir su carácter fenicio. Al menos no lo tenemos en sitios como la necrópolis de Las Cumbres correspondiente al Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata, 1989) o en la de Villaricos (Astruc, 1951, Chapa, e.p.) donde también conviven prácticas funerarias propias de los autóctonos y de los colonizadores. Cabe preguntarse qué tipo de razón metodológica nos obliga a pensar que la tumba fenicia encontrada en un contexto funerario mixto, que por lo demás no es exclusivo de la Península, corresponde a la sepultura de un fenicio cuando se halla en la costa y a la de un autóctono profundamente aculturado cuando la hallamos en el interior. Más aún, cabe preguntarse qué clase de criterio metodológico nos induce a pensar que el comercio con los colonizadores establecidos en la costa, por intenso y asiduo que lo consideremos, es la relación responsable de tal aculturación expresada en el terreno funerario, máxime si tenemos en cuenta que las tumbas fenicias de este tipo no constituyen precisamente, aunque las conozcamos en Ibiza y otros lugares fenicios del Mediterráneo, la forma de enterramiento predominante en las necrópolis coloniales del litoral, como Trayamar, Almuñecar o la misma Cádiz (Wagner, 1993b: 89 ss). Dado que no encuentro respuesta apropiada me inclino a considerar que en realidad, y a despecho de nuestros tópicos más enraizados, las tumbas fenicias que encontramos en el interior corresponden a sepulturas de fenicios en los

que, por supuesto, se puede percibir también el impacto de la aculturación de procedencia autóctona (Belén, 1994: 511).

Una cuestión bien distinta es que podamos proporcionar una explicación medianamente convincente que nos permita contextualizar su presencia en lugares que no siempre aparecen vinculados de forma clara con el comercio orientalizador. La cosa, por supuesto, no resulta sencilla. Una primera dificultad consiste en hallar formas que nos permitan conceptualizar la situación, en su relación con la tierra, de tales fenicios, al menos si consideramos que probablemente no todos fueron comerciantes y artesanos. En este sentido las fuentes literarias pueden echarnos una mano cuando leemos que Argantonio ofreció a los focenses la posibilidad de establecerse en su "reino" (Herodoto, I, 163, 3) lo que lleva a pensar en formas de implantación o presencia territorial que no entrañen necesariamente tensión o violencia. En cualquier caso es el mismo tipo de problema que debemos plantearnos en relación con la ubicación de los asentamientos fenicios en los territorios de la costa. Otra dificultad procede de la conveniencia o no de admitir una penetración agrícola fenicia a lo largo del valle del Guadalquivir, dificultad que se percibe más notoria si nos empeñamos en



concebir tal empresa de forma aislada de la realidad que debía conformarla. Pero, si nos es posible asimilar la idea de una coexistencia entre autóctonos y colonizadores fenicios en un lugar de la costa como Doña Blanca o más al interior como en la Peña Negra ¿qué tipo de prevención nos impide imaginar una situación igual, digamos. en los Alcores de Carmona? Aún asumiendo plenamente la crítica de Carrilero (1993: 178 ss) sobre nuestra interpretación de tales necrópolis, -aún no se habían producido las recientes excavaciones en Cruz del Negro- y entendiendo que en ellas conviven una multiplicidad de formas y ritos en los que, además, el prestigio no aparece aún claramente definido, ¿sobre qué descansa entonces la imposibilidad de pensar que las tumbas fenicias que aparecen en tales lugares correspondan efectivamente a fenicios allí enterrados?.

La solución que se propone como alternativa tampoco explica porqué determinados grupos de la población tartésica escogen las formas y el ritual fenicio y otros no, y al convertirlo en una consecuencia del cambio social producido durante el “orientalizante”, la transición entre las formas antiguas y las nuevas en la que aún no está nada plenamente definido, lo que explicaría la variabilidad de rituales y de las diversas manifestaciones de prestigio con ellos asociadas,

tampoco se deja claro de qué manera el cambio cultural influye en el cambio social.

En mi opinión el cambio social operado en Tartessos durante el orientalizante no es incompatible con la presencia de colonizadores agrícolas en el interior, lo que aclararía de paso la toponimia de origen semita en el mediodía peninsular que no creo pueda achacarse a la ulterior etapa de influencia cartaginesa (Wagner, 1993b: 82 ss, 1994), como consecuencia de una estrategia mediante la cual "el centro" (las ciudades de Fenicia) logran atenuar la tensión y los conflictos desatados, en último término, por las invasiones asirias, transfiriendo una parte de la población rural desarraigada a la periferia (Wagner y Alvar, 1989; Wagner, e.p. 1). Así, la explotación a que el centro somete a la periferia no se manifiesta sólo en el trasvase de riqueza desde ésta hacia aquel sino también en el traslado del "sobrante" de su población hacia ésta. Ya que estamos trabajando en una reelaboración de nuestra hipótesis sobre "la colonización agrícola" que publicaremos próximamente no trataré más el tema aquí por el momento. No obstante me gustaría advertir que no es necesario pensar en una migración de grandes proporciones, sino en grupos distribuidos aquí y allá en los diversos lugares en que los fenicios se encuentran asentados en el Mediterráneo, lo que

también explica porque crecen todos sus asentamientos coloniales en el mismo periodo. En el Valle del Guadalquivir, y en algunos otros lugares, su presencia posibilitó una convivencia más estrecha con los autóctonos, posiblemente hasta un mestizaje, fenómeno que no es desconocido en el marco de la expansión fenicia (Whittaker, 1974: 70; López Castro, 1995: 45 ss) así como la asimilación de influencias recíprocas que confieren su peculiar complejidad al registro arqueológico.

## BIBLIOGRAFIA

### Abreviaturas utilizadas:

*Colonización*= *La colonización fenicia en el sur de la Península Ibérica. 100 años de Investigación* (Almería, 1990), Instituto de Estudios Almerienses.

*Tartessos*= *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, AUSA, Sabadell.

ALVAR, J. (1980): "El comercio del estaño atlántico durante en periodo orientalizante". *Memorias de Historia Antigua*, IV: 43-49.

- (1988): "La precolonización y el tráfico marítimo fenicio por el Estrecho". *Congreso Internacional: El*

*Estrecho de Gibraltar*, (Ceuta, 1987) Madrid, 1: 161-176.

- (1990): "El contacto cultural en los procesos de cambio". *Gerión*, 8: 11-27.

- (1994): "Reflexiones sobre el concepto cultural de Tarteso". En J. Mangas y J. Alvar (eds.): *Homenaje a José María Blázquez*, II. (Ed. Clásicas) Madrid : 37-43.

ALVAR, J. y WAGNER, C.G. (1988): "La actividad agrícola en la economía fenicia de la Península Ibérica". *Gerión*, 6: 169-185.

ALMAGRO GORBEA, M. (1983): "Colonizzazione e acculturazione nella Penisola Iberica". *Forme di contatto e processi di trasformazione nelle società antiche*, Pisa-Roma: 429-461.

- (1991)a: "La necrópolis de Medellín". *IV Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica*, (Ibiza, 1989) *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 24, : 233-252.

- (1991)b: "El periodo orientalizante en Extremadura". *La cultura tartésica en Extremadura*, (Mérida, 1990) *Cuadernos Emeritenses*, 2 : 87-125.

AMIN, S. (1986): *El desarrollo desigual*, Planeta-Agostini. Barcelona .

AMORES, F. y TEMIÑO, I.R. (1984): "La implantación durante el Bronce Final y el Periodo Orientalizante en

la región de Carmona". *Arqueología Espacial*, 4: 97-115.

ASTRUC, M. (1951): *La necrópolis de Villaricos*, Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, 25. Madrid

AUBET, M<sup>a</sup> E. (1977-8): "Algunas cuestiones en torno al periodo orientalizante en Tartessos". *Pyrenae*, 13-14: 81-107.

- (1984): "La aristocracia tartésica durante el periodo orientalizante". *Opus*, III: 445-468.

- (1987): *Tiro y las colonias fenicias de Occidente*, Bellaterra. Barcelona

- (1991): "El impacto fenicio en Tartessos: las esferas de interacción". *La cultura tartésica en Extremadura*, (Mérida, 1990) *Cuadernos Emeritenses*, 2 : 29-44.

BARCELO, A. (1989): "Las estelas decoradas del Sudoeste de la Península Ibérica". En Aubet, M<sup>a</sup> E. (coord.): *Tartessos*: 189-205.

- (1992): "Una interpretación socioeconómica del Bronce Final en el Sudoeste de la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria*, 49: 259-275.

BELEN, M. (1986): "Importaciones fenicias en Andalucía Occidental". *Aula Orientalis*, IV: 263-277.

- (1994): "Fenicios en Andalucía occidental. Diez años de investigación (1980-1990)". *Hispania Antiqua*, XVIII: 495-518.

BELEN, M. y ESCACENA, J.L. (1992)a: "Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental". En M. Almagro Gorbea y G. Ruíz Zapatero (eds): *"Paleoetnología de la Península Ibérica" : Complutum*, 2-3: 65-87.

- (1992)b: "Las necrópolis ibéricas de Andalucía occidental" En J. Blázquez y V. Antona (coord.): *Congreso de arqueología Ibérica: las necrópolis* (Madrid, nov. 1991) Univ. Autónoma. Madrid : 509-530.

BENDALA GALAN, M. RODRIGUEZ TERMINO, I. y NUÑEZ, E. (1994): "Una nueva estela de guerrero tartésica de la provincia de Córdoba". En J. Mangas y J. Alvar (eds.): *Homenaje a José María Blázquez*, II. Ed. Clásicas. Madrid : 59-70.

BLAZQUEZ, J.M. (1991): "Panorama general del desarrollo histórico de la cultura tartésica desde finales de la Edad del Bronce, s.. VIII a.C., hasta los orígenes de las culturas turdetana e ibérica. Los influjos fenicios". *Rivista di Studi Fenici*, XIX: 33-48.

BRADLEY, R. (1985): "Exchange and social distance. The structure of Bronze Artifact distributions". *Man (N.S.)* 17, 1: 108-122.



---

BURKE, P. (1987) *Sociología e Historia*, Alianza. Madrid .

CARRILERO, M. (1992)a: *El fenómeno campaniforme en el Sureste de la Península Ibérica*, Univ. de Granada. Granada. Tesis doctoral microfichada.

- (1992)b: "El proceso de transformación de las sociedades indígenas de la periferia tartésica". *Colonización*: 117-142.

- (1993) "Discusión sobre la formación social tartésica" En J. Alvar y J.M. Blázquez (eds.): *Los enigmas de Tarteso* , Cátedra. Madrid : 163-185.

CELESTINO PEREZ, S.C. (1991): "Las estelas decoradas del S.O peninsular". *La cultura tartésica en Extremadura*, (Mérida , 1990) *Cuadernos Emeritenses*, 2 : 47-61.

CELESTINO PEREZ, S. y JIMENEZ DE AVILA, F.J. (1993): *El palacio-santuario de Cancho Roano, IV El sector norte*, Gil Santacruz. Badajoz.

CRUZ ANDREOTTI, G. (1991): *Tartessos como problema historiográfico: el espacio mítico y geográfico del Occidente Mediterráneo en las fuentes arcaicas y clásicas griegas*, Univ. de Málaga. Tesis doctoral. microfichada.

CHAPA BRUNET, T (e.p.): "Models of Interaction between punic colonies and Iberian land: the funerary evidence"

De HOZ, J. (1989): "Las fuentes escritas sobre Tartessos". en M<sup>a</sup>.E. Aubet (coord.): *Tartessos* : 25-43.

FERNANDEZ JURADO, J. (1989): "La orientalización de Huelva". En M<sup>a</sup> E. Aubet (cord.): *Tartessos*: 339-373.

- (1991) "Influencia fenicia en la arquitectura tartésica". *III Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica*, (Ibiza , 1988). *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 24: 169-206.

FRIEDMAN, J. (1977): "Tribus, estados y transformaciones" En M. Bloch (ed.): *Análisis marxistas y antropología social*, Anagrama. Barcelona: 191-240.

GALAN DOMINGO, E. (1993): *Estelas, paisaje y territorio en el Bronce Final del Suroeste de la Península Ibérica*, Complutum, 3 Madrid .

GARRIDO, J.P. (1979): "Mundo indígena y orientalizante en la región del Tinto-Odiel". *Archivo Español de Arqueología*, 52: 39-48.

- (1983): "Presencia fenicia en el área atlántica andaluza: la necrópolis orientalizante de La Joya (Huelva)". *I Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punic*, (Roma, 1979) 3, Consiglio, Nazionale delle Ricerche. Roma: 857-863.

GILMAN, A. (1981): "The Development of Social Stratification in Bronze Age Europe". *Current Anthropology*, 22, 1: 1-23.

- (1993): "Cambio cultural y contacto en la Prehistoria de la Europa mediterránea". *Trabajos de Prehistoria*, 50: 103-111.

GODELIER, M. (1974) *Economía, fetichismo y religión en las sociedades primitivas*, Siglo XXI. Madrid .

- (1981) *Instituciones económicas en Panorama de la antropología cultural contemporánea*, 4, Anagrama. Barcelona .

GOMEZ BELLARD, C. (1991) "La expansión cartaginesa en Sicilia y Cerdeña". *V Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica*, (Ibiza, 1990) *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 25: 47-58.

GOMEZ BELLARD, C. (1990) *La colonización fenicia en la isla de Ibiza*, Ministerio de Cultura. Madrid.

GONZALEZ PRATS, A (1986): "Las importaciones y la presencia fenicia en la Sierra de Crevillente (Alicante)". *Aula Orientalis*, IV: 279-302.

- (1991) "La presencia fenicia en el Levante peninsular y su influencia en las comunidades indígenas". *II Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica*, (Ibiza, 1987) *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 24: 109-118.

GROTANELLI, C (1981): "Santuari e divinità delle colonie d'Occidente". *La religione fenicia. Matrici orientale e sviluppi occidentali. Atti del Colloquio in Roma, 1979*, Roma: 109-133

GRUZINSKI, S, y ROUVERET, A. (1976) "[Ellos son como niños] Histoire et acculturation dans le Mexique colonial et l'Italie Méridionale avant la romanisation". *Mélanges de l'Ecole française de Rome*, 88: 159-219.

GUDEMAN, S. (1981): "Antropología económica: el problema de la distribución". En J.R. Llobera (comp.): *Antropología económica. Estudios etnográficos*, Anagrama. Barcelona : 231-265.

IUDICE GAMITO, T (1988): *Social Complexity in Southwest Iberia 800-300 BC. The case of Tartessos*, British Archaeological Reports, 439. Oxford.

LOPEZ CASTRO, J.L. (1992): "La colonización fenicia en la Península Ibérica: 100 años de investigación". *Colonización*; 11-80.

- (1993): " Difusionismo y cambio cultural en la protohistoria española: Tarteso como paradigma" En J. Alvar y J.M. Blázquez (eds.): *Los enigmas de Tarteso* , Cátedra. Madrid: 39-68.

- (1995): *Hispania Poena. Los fenicios en la Hispania romana*, Crítica. Barcelona .

LOPEZ PARDO, F. (1987): *Mauritania Tingitana: de mercado colonial púnico a provincia periférica romana*, Univ. Complutense. Madrid .

- (1990): "Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz)". *Gerión*, 8: 141-162.

- (1992) "Reflexiones sobre el origen de Lixus y su *Delubrum Herculis* en el contexto de la empresa comercial fenicia". *Lixus*. (Larache, 1989) Collection de l'École française de Rome, 166. Roma : 85-101.

MANFREDI, L.I. (1994): "Tharros XVIII-XIX. Il Laboratorio Tharros". *Rivista di Studi Fenici*, XXII: 205-217.

MAYET, F.; TAVARES, C. y MAKAROUM, Y. (1993): "L'Établissement phénicien d'Abul (Alcácer do Sal)": *Dossier D'Archeologie*: 22-25.

MEILLASSOUX, C, (1972): "From reproduction to production: a Marxist approach to economic anthropology". *Economic. Society*, 1: 93-105.

- (1977): *Mujeres, graneros y capitales*, Siglo XXI. México.

MOREL. J.P (1984): "Greek Colonization in Italy and in the West (Problems of Evidence and Interpretation)". En T. Hackens, N.D. Holloway y R.R. Holloway (eds.): *Crossroads of the Mediterranean*, Lovaina: 123-161.

MURPHY, R.F y STEWARD, H. (1981): "Caucheros y tramperos: dos procesos paralelos de aculturación". En J.R. Llobera (comp.): *Antropología económica. Estudios etnográficos*, Anagrama. Barcelona: 201-230.

PLACIDO, D. (1989): "Realidades arcaicas de los viajes míticos a Occidente". *Gerión*, 7: 41-51.

- (1993)a: "Los viajes griegos al extremo occidente: del mito a la Historia". *I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, (Córdoba, 1988) Cajasur/Univ. de Córdoba. Córdoba: 173-180.

- (1993)b: "La imagen griega de Tartessos". En J. Alvar y J.M. Blázquez (eds.): *Los enigmas de Tarteso* , Cátedra. Madrid : 81-89.

PELLICER, M. (1989): "El Bronce Reciente y los inicios del Hierro en Andalucía Occidental" En M<sup>a</sup> E. Aubet (coord.): *Tartessos*: 147-187.

RAMON, J. (1991) "El yacimiento fenicio de Sa Caleta". *III Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica*, (Ibiza, 1988) *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 24: 177-197.

RENFREW, C. (1984): "Arqueología social de los monumentos megalíticos". *Investigación y Ciencia*, enero: 70-79.

RUIZ, A y MOLINOS, M. (1993): *Los Iberos. Análisis arqueológico de un proceso histórico*, Crítica. Barcelona



RUIZ DELGADO, M.(1989): "Las necrópolis tartésicas: prestigio, poder y jerarquías". En M<sup>a</sup>E. Aubet (coord.): *Tartessos*: 247-286.

RUIZ-GALVEZ PRIEGO, M. (1986): "Navegación y comercio entre el Atlántico y el Mediterráneo a fines de la Edad del Bronce". *Trabajos de Prehistoria*, 43: 9-42.

- (1987): "Bronce atlántico y "cultura" del Bronce Atlántico en la Península Ibérica". *Trabajos de Prehistoria*, 44: 251-264.

RUIZ-GALVEZ PRIEGO, M y GALAN DOMINGO, E. (1991): "Las estelas del Suroeste como hitos de vías ganaderas y rutas comerciales". *Trabajos de Prehistoria*, 48: 257-273.

RUIZ MATA, D. (1989) "Huelva: un foco temprano de actividad metalúrgica durante el Bronce Final" En M<sup>a</sup>E. Aubet (coord.): *Tartessos*: 209-243

- (1991)a: "Los fenicios en la bahía de Cádiz, según el Castillo de Doña Blanca": *II Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica* (Ibiza, 1987) *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 24: 89-100.

- (1991)b: "El túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres" *IV Jornadas de Arqueología Fenicio-púnica*, (Ibiza, 1989) *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 24: 207-220.

- (1993): "Proyecto: La colonización fenicia en la bahía de Cádiz a través del Castillo de Doña Blanca. Puerto de

Santa María". *Investigaciones Arqueológicas en Andalucía, 1985-1992. Proyectos. VI Jornadas de Arqueología Andaluza*, Conserjería de. Cultura de la Junta de Andalucía. Huelva: 489-497.

RUIZ MATA D. y PEREZ, C. (1989): " El túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres (Puerto de Santa María, Cádiz) En M<sup>a</sup>E. Aubet (coord.): *Tartessos*: 287-295.

ROWLANDS, M.J. (1971): "The archaeological interpretation of prehistoric metalworking", *World Archaeology*, 3 : 210-224.

- (1980): *Las sociedades tribales*, Labor. Barcelona .

- (1977): *Economía de la Edad de Piedra*, Akal. Madrid .

- (1979): "Hombre pobre, hombre rico, gran hombre, jefe: tipos políticos de Melanesia y Polinesia". En J.R. Llobera (ed.): *Antropología política*, Anagrama. Barcelona: 267-288.

SANTACANA, J. (1995): "Difusión, aculturación e invasión: apuntes para un debate sobre la formación de las sociedades ibéricas en cataluña". *VIII Jornades d'Arqueologia fenicio-púnica*, (Ibiza, 1994) *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 29: 145-163.

TERRAY, E. (1975): "Clases y consciencia de clases en el reino abron de Gyaman". En M. Bloch (ed.): *Análisis marxistas y antropología social*, Anagrama. Barcelona: 105-162.

TSIRKIN, Ju.B. (1981): "Phönizier und Spanier. Zum Problem der kulturellen Kontakte". *Klio*, 63: 411-421.

WACHTEL, N. (1978): "La aculturación". En (Le Goff y Nora, ed.): *Hacer la historia*, 1, Laia. Barcelona: 135-156.

WAGNER, C.G. (1983): "Aproximación al proceso histórico de Tartessos". *Archivo Español de Arqueología*, 56: 3-36.

- (1986)a: "Tartessos y las tradiciones literarias". *Rivista di Studi Fenici*, XIV,2 : 201-228.

- (1986)b: "Notas en torno a la aculturación en Tartessos". *Gerión*, 4: 129-160.

- (1987): "Fenicios y cartagineses en la Península Ibérica. A propósito de una publicación reciente". *Gerión*, 5: 317-344.

- (1988): "Gadir y los más antiguos asentamientos fenicios al Este del Estrecho". *Congreso Internacional, El Estrecho de Gibraltar*, (Ceuta, 1987) Madrid, 1: 419-428.

- (1989): "The Carthaginians in Ancient Spain. From Administrative Trade to Territorial Annexation" *Punic Wars: Studia Phoenicia*, X: 145-156.

- (1990): "La Jefatura como instrumento de análisis del historiador. Cuestiones teóricas y metodológicas".

*Espacio y organización social*, Univ. Complutense. Madrid : 91-108.

- (1991): "La historia Antigua y la Antropología: el caso de Tartessos". *1as Jornadas de Aproximación interdisciplinar para el estudio de la Antigüedad; Kolaos (P.O.)*, 1: 1-37.

- (1991)b: "Writing and Problems of Acculturation in Tartessos". En Cl. Baurin; C. Bonet y V. Krings (eds.): *Phoinikeia Grammata, Lire et écrire en Méditerranée*, Société d' Etudes. Classiques. Lieja: 683-689.

- (1992): " Tartessos en la historiografía: una revisión crítica". *Colonización*: 81-103.

- (1993)a: "Las estructuras del mundo tartésico". En J. Alvar y J.M. Blázquez (eds.): *Los enigmas de Tarteso*, Cátedra. Madrid : 103-116

- (1993)b: "La implantación fenicia en Andalucía. ¿Esquema unidireccional o problemática compleja" *I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, (Córdoba, 1988) Cajasur/Univ. de Córdoba.: 81-94

- (1993)c: "Metodología de la aculturación. Consideraciones sobre las formas del contacto cultural y sus consecuencias". En J. Mangas y J. Alvar (eds.): *Homenaje a J.M<sup>a</sup> Blázquez*, 1, Ed. Clásicas. Madrid : 445-464.

- (1994) "El auge de cartago y su manifestación en la Península Ibérica". *VIII Jornadas de Arqueología*

---

*Fenicio-Púnica* (Ibiza, 1993) *Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 33: 7-24.

- (e.p.)1: "Aspectos socioeconómicos de la expansión fenicia en Occidente: el intercambio desigual y la colonización agrícola". *Estudis d'Historia Economica* (Univ. Balears)

- (e.p.)2: "Comercio, colonización e interacción cultural en el Mediterráneo antiguo. Ensayo de aproximación metodológica, En *El Mediterráneo en la Antigüedad: marinos, colonos y comerciantes* (Almería, 1992).

WAGNER, C.G. y ALVAR, J. (1989): "Fenicios en Occidente: la colonización agrícola". *Rivista di Studi Fenici*, XVII, 1: 61-102.

WHITTAKER, C.R. (1974) "The Western Phoenicians: Colonization and Assimilation". *Papers of the Cambridge Philological Society*, 200 (n.s. 20): 58-79.



*Capítulo 4*

COLONIZACIÓN,  
ACULTURACIÓN,  
ASIMILACIÓN  
Y  
MUNDO  
FUNERARIO





En la complejidad totalizadora de la realidad histórica, conviene tener presente el problema de precisión y distinción entre las transformaciones que derivan del mundo estrictamente social y las que se refieren principalmente al ámbito cultural. Las transformaciones sociales aparecen en principio más evidentes, siendo más complicada la captación de aquellas transformaciones que afectan al mundo de las manifestaciones culturales. Seguramente ello está en relación con la complejidad y la dificultad real con que se producen las transformaciones en el campo de las ideas y creencias de quienes experimentan los cambios, cuando, por el contrario, se han operado de modo flexible o forzado aquellos que afectan a las estructuras sociales. (Wagner, Plácido y Alvar: 1996, 141 ss).

### **1. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE CAMBIO CULTURAL, ACULTURACIÓN Y ASIMILACIÓN.**

Por supuesto, estamos hablando del *cambio cultural*. Se llama así a las modificaciones en los elementos y modelos de un sistema cultural dado que implica alteraciones en ideas y creencias en torno a como *podrían* ser hechas las cosas o a valores y normas acerca de como *debieran* ser hechas las cosas. Es preciso distinguirlo, por tanto, del *cambio social* que entraña modificaciones en la estructura de las relaciones sociales, es decir, en los cometidos y

funciones sociales y en sus interrelaciones, así como en las que existen entre los grupos o instituciones (Wagner: 2001, 42). Una parte importante de la investigación considera que los cambios culturales se relacionan estrechamente con los sociales, a los que pueden preceder o de los que pueden ser desencadenantes. Es esta una afirmación que, no obstante, necesita una serie de matizaciones. En principio, la consecuencia más probable de cualquier innovación es una retroalimentación, o espiral de interacciones negativa que no altera el sistema socio-cultural en que se produce (Harris: 1982, 88). Aún así, cierto tipo de cambios infraestructurales, que afectan a la tecnología, la demografía o la ecología, y estructurales, que inciden sobre las formas y cometidos sociales o sobre la economía, en vez de resultar amortiguados tienden a propagarse y amplificarse, dando por resultado una retroalimentación positiva que puede llegar a alcanzar los niveles superestructurales, produciendo una modificación de las características fundamentales del sistema socio-cultural. Así, el cambio cultural resulta más probable si lo modificado por medio de la influencia o el impacto externo constituye un aspecto crucial de la estructura o la infraestructura que si atañe, exclusivamente, al nivel superestructural (Wagner, Plácido y Alvar: 1996, 142).

En este contexto, el término *aculturación* define específicamente los procesos y acontecimientos que provienen de la conjunción de dos o más culturas, separadas y autónomas en principio. Los resultados de esta comunicación intercultural son de dos tipos. Un proceso básico es la *difusión* o transferencia de elementos culturales de una sociedad a otra, acompañada invariablemente de cierto grado de *reinterpretación y cambio* en los elementos. Además, la situación de contacto puede estimular en general la *innovación* en cuanto a ideas, prácticas, técnicas y cometidos. En este sentido, la aculturación puede implicar un proceso activo, creativo y de construcción cultural. Sin embargo, es frecuente que la adquisición de nuevos elementos culturales tenga consecuencias *disfuncionales o desintegradoras*, lo cual se produce especialmente en situaciones de aculturación rígida o forzada (Wachtel: 1978, 154; Burke: 1987, 127), en las que un grupo ejerce dominio sobre otro y por fuerza orienta las peculiaridades de la cultura subordinada en direcciones que el grupo dominante considera deseables. En tales circunstancias, cuando los miembros de un grupo subordinado perciben que la situación de contacto es una amenaza para la persistencia de su cultura, pueden intentar librarse del mismo o erigir barreras sociales que retrasen el cambio (Wagner: 2001, 49 ss).

La aculturación larga y continuada puede terminar en la fusión de dos culturas previamente autónomas, en especial cuando ocupan un mismo territorio. El resultado en este caso es el desarrollo de un sistema cultural completamente nuevo. Sin embargo, no siempre ocurre así. Por el contrario, algunas veces varias culturas se atienen a un acomodo mutuo en un área, quizá en una relación asimétrica que les permite persistir respectivamente en su línea distintiva, como parece ser el caso de púnicos e iberos en la necrópolis de Villaricos (Chapa: 1997). Es lo que se ha denominado "indiferencia cultural recíproca" o de un modo más técnico "pluralismo estabilizado". En otras ocasiones, los representantes de una cultura pueden llegar a identificarse con el otro sistema, a costa de un gran cambio en sus valores internos y visión del mundo; si son plenamente aceptados el resultado es la *asimilación*. Con este último término entendemos una forma específica de actuar en la política social, ya que representa uno de los modos en que una comunidad huésped puede decidir comportarse con respecto a individuos y grupos que le son cultural, lingüística y socialmente ajenos. Puede seguirse una política de asimilación cuando individuos o grupos extraños penetran, activa o pasivamente, en el marco socio territorial de una sociedad huésped, como ocurre con las mujeres autóctonas que se desposan con los colonizadores, pero hay otros modos de vérselas con los



extraños: pueden ser rechazados, establecidos en enclaves culturales separados, sometidos a una política de aculturación forzada pero jamás asimilados, pueden ser esclavizados o insertos en un grupo de rango inferior (Wagner: 2001, 43).

La *asimilación* es, por su parte, un proceso dinámico que implica necesariamente cierta medida de contacto aculturativo; sin embargo el contacto cultural no es de por sí suficiente para causar la asimilación de los extraños. Por otra parte, el contacto intercultural se percibe como una realidad cada vez más poliédrica. Frente a la imagen tradicional de un préstamo mecánico, directo y homogéneo de los colonizadores sobre los indígenas, se consolida la idea de una reciprocidad no fácilmente definida y, sobre todo, la desigualdad del impacto cultural (Alvar: 1990; Wagner: 1995, 120 ss). En contraste con la aculturación, la asimilación opera casi siempre en sentido único: una parte o la totalidad de una comunidad se incorpora a otra. Por el contrario, aquellas otras situaciones en que representantes de diversas sociedades se reúnen para formar una tercera comunidad, enteramente nueva e independiente, se explican mejor según el modelo de *etnogénesis*. Además, la asimilación no constituye un fenómeno del todo o nada, no representa disyuntiva alguna, sino un conjunto variable de procesos

concretos, los cuales implican generalmente la resocialización y reculturación de individuos o grupos socializados originalmente en una comunidad determinada, que alteran su *status* y transforman su identidad social en medida suficiente para que se les acepte plenamente como miembros de una comunidad nueva en la que se integran, lo que, por ejemplo, sucede en Cartago con algunas personas de origen egipcio y griego según prueban los testimonios epigráficos procedentes del *tofet* (Fantar: 1993, 173). Lo que significa que pueden coexistir una política deliberada de asimilación hacia determinados individuos o grupos con otras actitudes contrarias, como la segregación, respecto a otros (Wagner: 2001, 44). Tal es lo que pudo haber ocurrido en muchos casos respecto a la población que habitaba los territorios donde se llegaron a establecer los asentamientos de los colonos fenicios, según sugieren los indicios arqueológicos de que disponemos (*vid. infra* p. 5).

También, como se ha dicho, la aculturación puede obrar destructivamente en muchas ocasiones, sobre todo cuando forma parte de un sistema de explotación colonial, dando lugar entonces a fenómenos de rechazo y supervivencia cultural conocidos como contra-aculturación, que se pueden manifestar de muy diversas formas, y a la desestructuración de la

formación social que recibe el impacto de los elementos culturales externos (Alvar: 1990, 23 ss), consecuencia muchas veces de una aculturación forzada como alternativa a la asimilación. En tales consideraciones se fundamenta la crítica al carácter supuestamente positivo de la aculturación y a las consecuencias beneficiosas de las relaciones de intercambio cultural. Por consiguiente, los resultados de la interacción cultural son muy diversos y no dependen sólo, ni aún de forma predominante, de la iniciativa y la actividad de los agentes externos de la aculturación, como los comerciantes y colonizadores, sino que en gran medida se deben también a la actitud de quienes reciben el impacto cultural externo, y que no debemos considerar como meramente pasiva. La asimilación, como una de las consecuencias posibles del contacto cultural, no sólo dependerá de la política empleada a este respecto por los colonizadores, sino también de la actitud de los autóctonos hacia ella.

## **2. LAS FORMAS Y EL CARÁCTER DEL CONTACTO CULTURAL EN EL ÁMBITO DE LA INTERACCIÓN COLONIAL.**

Aunque poseemos algunas noticias de violencia en el marco de la presencia colonial fenicia, los intentos realizados para interpretarlas no siempre han resultado satisfactorios. Durante mucho tiempo se pensó en

términos de "coexistencia" para caracterizar las relaciones coloniales establecidas por los griegos y de "dominación" e "imperialismo" las de los fenicios y púnicos. Pasada aquella "helenofilia", la "fenicofobia" subyacente fue sustituida por una "fenicofilia" igual de exagerada. Parece cierto que la conquista no fue el método principal empleado por los fenicios, ni siquiera por los cartagineses (Whittaker: 1978, 64 ss; Wagner: 1989, 149 ss *cfr*: López Castro: 1991a y 1991b), pero ello no implica la ausencia de violencia en el contexto colonial. No es preciso que exista conquista para que se de la dominación y la explotación, por el contrario ambas se encuentran también presentes en los sistemas de colonización "pacífica", allí donde la violencia no ha sido el instrumento principal empleado por los colonizadores, así como en las relaciones comerciales. Las fortificaciones sobre el litoral norteafricano próximo a Cartago y en la zona de influencia de las ciudades púnicas (Tharros, Sulcis, Caralis) de Cerdeña revelan estrictos objetivos de control territorial y acceso a los recursos del interior (Gómez Bellard: 1990, 52) que dejan planteada la cuestión del comportamiento frente a las gentes autóctonas que las habitaban, que de forma bastante acrítica se suele considerar como "bueno" o "pacífico", así como su estatuto en el seno de las relaciones que se establecen en el marco colonial.

Es ésta una cuestión de gran importancia, dado el alcance de aquellas interpretaciones que defienden la "coexistencia" más o menos pacífica en el contexto de las relaciones coloniales. No obstante, el término "coexistencia" no dice nada por sí mismo, si no es acompañado de un significado social que lo llene de contenido (Morel: 1984, 126). La cuestión de la violencia en los contactos interculturales es particularmente compleja, ya que por violencia no debe entenderse tan sólo la mera agresión física que se ejerce de forma más o menos directa sobre las personas o las cosas. De hecho la agresión puede revestir modos mucho más sutiles e incluso inintencionados. Baste pensar en los casos que implican, por ejemplo, la transformación por el grupo culturalmente extraño del espacio y el paisaje cultural y sagrado local, o la violación, que puede ser o no deliberada, de un determinado tabú o de una regla específica de conducta.

En todos estos casos, el grupo cultural afectado percibe una agresión por parte de los miembros de la cultura externa. El contacto *violento* será, por consiguiente, aquel que implica cualquier forma de agresión externa sobre la cultura local, dejando a un margen la cuestión de la intencionalidad concreta. Esta agresión puede manifestarse en el plano demográfico

(eliminación directa o indirecta de las personas), ambiental (destrucción o modificación de paisajes locales), cultural (violación de tabúes, espacios sagrados, normas de conducta, etc), económico (destrucción o apropiación de fuentes de recursos locales), social (eliminación o alteración de las pautas y relaciones sociales y de las formas de integración y cohesión social propias), conductual (introducción de normas de conducta perversas o modificación indeseada de las existentes) o biológica (introducción de enfermedades)

En la Península Ibérica, en Toscanos y otros lugares de la colonización fenicia arcaica hay datos arqueológicos -cerámicas a mano de tradición autóctona<sup>2</sup>, el muro fortificación de Cerro Alarcón- que permiten suponer un primer momento de "coexistencia" que luego es reemplazada por la expulsión, ¿o quizás la asimilación? de los autóctonos (Whittaker: 1974, 71 ss; Martín Ruiz: 1995-6; *cfr*: Jiménez Flores: 1996, 161 ss). Otro tanto cabe decir de Lixus, sobre la costa atlántica de Marruecos, donde la cerámica a mano con formas propias del Bronce Final tardío del sur de la Península Ibérica presenta un alto porcentaje en los niveles de la primera mitad del siglo VIII a. C. para disminuir en momentos posteriores (López Pardo: 2002, 6 ss).



Conflictos entre Gadir y sus vecinos, cuyo significado exacto aún desconocemos, han encontrado eco en las fuentes. Por otra parte, hay diversos posibles indicios de una presencia fenicia en el seno de comunidades autóctonas. Así, la iconografía orientalizante de las cerámicas policromas de Montemolín (Marchena, Sevilla) es considerada propia de individuos que, pese a su ascendencia foránea, llevan viviendo largo tiempo en la Península. Quizá, incluso, se trate de una segunda generación, nacida ya en Occidente, pero que no tienen relación necesaria con los habitantes de las colonias y asentamientos costeros, ni del propio Gadir (Chaves y De la Bandera: 1993, 71 ss). Cabe resaltar que en el mencionado yacimiento las excavaciones han puesto a la luz la existencia de plantas de edificios que tienen su origen en Siria y Fenicia, con gran desarrollo en los siglos VIII-VII a. C, y que por el momento no han sido detectados en los asentamientos coloniales de las costas de nuestra Península (Chaves y De la Bandera: 1991).

Un análisis minucioso del registro arqueológico y el estudio faunístico han permitido identificar uno de ellos como pieza clave de un centro sacrificial (De la Bandera, *ea*: 1995). Hallazgos recientes en Carmona, como el recinto ceremonial excavado en el solar de la casa-palacio del Marqués de Saltillo, ubicado en el

barrio más cercano a la necrópolis de la Cruz del Negro (Belén: 1994, 2000, 303 ss y 2001, 8 ss), sugiere, por la riqueza y profunda simbología de sus materiales, la presencia de una comunidad oriental afincada en el lugar (Belén y Escacena: 1995, 86 y 91 ss; 1998). Por otra parte, si en el Carambolo existió realmente un santuario de Astarté, como en ocasiones se ha defendido (Blázquez, Alvar y Wagner: 1999: 388 ss.), "no parece muy razonable sostener, por muy indígenas que puedan ser otros materiales arqueológicos desprovistos de tanta carga simbólica hallados en el yacimiento, que dicho recinto sagrado sea fiel reflejo de las prácticas religiosas de la comunidad aborígen. El Carambolo recibe precisamente su nombre del hecho de ser uno de los promontorios mas elevados de la cornisa oriental del Aljarafe, y desde luego el más cercano a Sevilla de dicho otero, en línea recta hacia poniente. Así que, si esta última ciudad es una fundación fenicia como quiere la leyenda y sugiere el propio topónimo *Spal* (Díaz Tejera: 1982, 20; cfr: Lipinski: 1984, 100), no debería extrañarnos la presencia de un santuario oriental en sus inmediaciones" (Belén y Escacena: 1995, 86). Parece, por tanto, que podría tratarse de dos establecimientos complementarios y de fundación coetánea promovida por los fenicios hacia mediados del siglo VIII a. C., según una revisión reciente de algunos de los materiales ya conocidos, en un lugar que

---

entonces se encontraba muy próximo a la costa (Arteaga, Schulz y Roos: 1995).

Intervenciones arqueológicas recientes en el Cerro de San Juan en Coria del Río (Sevilla) han sacado a la luz sectores de un santuario y viviendas adyacentes que formarían parte de un barrio fenicio ubicado en la *Caura* tartésica, por aquel entonces situada junto a la paleodesembocadura del Guadalquivir (Escacena e Izquierdo: 2001; Escacena: 2002). Por otra parte, la fundación del más antiguo santuario de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz) sobre una construcción ovalada que se encontró en los niveles más bajos del yacimiento, siguiendo una pauta que conocemos en otros lugares, como El Carambolo, Mesa de Setefilla o Montemolín, responde a un estímulo exterior (Celestino Pérez: 2000, 147; 2001, 36) que, sin embargo, no parece que haya sido protagonizado por gentes tartésicas, habida cuenta de la lentitud con que se incorporan las innovaciones arquitectónicas y urbanísticas en el mundo orientalizador y el escaso alcance de la aculturación religiosa (*vid. infra* p. 8), lo que sugiere, de nuevo, una presencia fenicia, que ya había sido sospechada por otros investigadores dadas las características del edificio y sus materiales arqueológicos (López Pardo: 1990; López Domech: 1999, 65). Ahora bien, “en el análisis del

funcionamiento económico de los santuarios caben perspectivas muy diferentes. Su papel como reguladores o agentes económicos ha sido ya destacado; pero no menos interesante es su importancia como centros organizadores de ocupación territorial...” (Alvar: 1999, 12).

La presencia estable de gentes fenicias en el asentamiento de La Peña Negra en la Sierra de Crevillente sugiere, asimismo, la instalación de una factoría dependiente de la colonia litoral de La Fonteta (Guardamar de Segura, Alicante) y ha sido igualmente documentada por la investigación arqueológica (González Prats: 1983; 1986 y 1993). Una situación similar se puede percibir en Tejada la Vieja (Huelva) con la aparición de construcciones con zócalo de piedra y planta rectangular y un urbanismo planificado en torno a calles de trazado rectilíneo (Fernández Jurado y García Sanz: 2001, 166 ss.) que parecen responder al asentamiento de población fenicia en el lugar a partir de finales del siglo VII a. C. (Wagner: 1993, 21; 1995, 113 y 2000, 333; *cfr.* Díez Cusí: 2001, 100). Otro tanto puede decirse respecto de Cástulo (Linares, Jaén) aunque aquí, como en Montemolín, la aparición de las construcciones “fenicias” es más temprana, produciéndose ya en la segunda mitad del siglo VIII a. C. (Díez Cusí: 2001, 103 ss). Por último, una inscripción

funeraria en caracteres cursivos fenicios sobre una lámina de oro con figuración egipcia, perteneciente a un varón y procedente de Moraleda de Zafayona (Granada) vuelve a sugerir la presencia semita en el interior (Ruiz Cabrero: 2002).

Así pues, tanto la formación de comunidades mixtas como los fenómenos de mestizaje debieron de ser habituales en los asentamientos autóctonos como Mesas de Asta, Carmona, Montemolín o la misma Cástulo (Fernández-Miranda: 1995, 405), como lo eran también en la costa. En este último lugar, famoso también por su santuario oriental ((Blázquez y García-Gelabert: 1987) se han detectado posibles testimonios de mestizaje, así como un ritual funerario de tradición semita patente en la selección de los objetos del ajuar con funciones específicas en ceremonias de libación, combustión de esencias y ofrendas (De la Bandera y Ferrer: 1995), que también aparece en muchos enterramientos de las necrópolis orientalizantes.

### **3. EL ALCANCE DEL CAMBIO CULTURAL EN LAS POBLACIONES AUTÓCTONAS.**

Se ha señalado en ocasiones el carácter selectivo y poco profundo de la aculturación "orientalizante" de

estímulo fenicio en Tartessos (Aubet: 1978-9, 99 y 106; Wagner: 1983, 18 ss; 1986a; Belén y Escacena: 1995) donde el "orientalizante" parece un fenómeno que afecta sobre todo a las élites locales. El conocimiento y uso del alfabeto, la metalurgia avanzada que incluía la tecnología del hierro, la fabricación del vidrio, el torno de alfarero, diversas técnicas y manifestaciones arquitectónicas, así como el acceso a creencias y prácticas religiosas de origen oriental, y una mayor prosperidad económica consecuencia de la incorporación a los circuitos de intercambio mediterráneos, suelen considerarse los rasgos más significativos de esta aculturación "orientalizante" (Blázquez: 1991, 35 ss). Ahora bien, si la aculturación de las elites locales no implicaba necesariamente, como parece, la del resto de la población (Tsirkin: 1981, 417 ss), que en general se mostró poco proclive al cambio cultural, es preciso considerar, por otra parte, el "orientalizante" como un proceso histórico de cambio, de transformación de las relaciones sociales al tiempo que de la tecnología, que afectó a toda la formación social tartésica y no sólo a sus élites (Carrilero: 1993, 171), lo que pone de manifiesto la complejidad de la dinámica responsable del acontecer histórico y subraya el carácter no pasivo de las poblaciones "aculturadas" en tal proceso. Por ello mismo el carácter "aculturador" del "orientalizante" se relativiza mucho, mientras adquieren significación otros fenómenos que son de



índole más socioeconómica (encumbramiento de las élites, nuevas relaciones de dependencia, plasmación territorial del poder político...) que cultural.

En el territorio “tartésico” la hegemonía sociopolítica se destaca, fundamentalmente, por la ostentación orientalizante que simboliza sus relaciones de poder y aquello que las legitima. Conocemos esta ostentación, sobre todo, en el terreno funerario, donde la imitación de rituales y la réplica metálica del servicio cerámico utilizado por los colonizadores fenicios en sus tumbas no es tanto síntoma de una aculturación (Martín Ruiz: 1996, 39-49; 2000, 1835 ss) que en otros campos no se manifiesta tan intensa ni profunda (Wagner: 1995, 120 ss), cuanto una manifestación simbólica de la legitimidad de su poder. Al menos en Andalucía occidental, parece que en el proceso de evolución desde el siglo VIII a. C. las poblaciones autóctonas conservan en buena medida su identidad a pesar de convivir con los fenicios (Belén: 1986, 263-74).

La asimilación del impacto cultural externo “orientalizante” se produjo de forma selectiva y, en muchas ocasiones, con un ritmo ciertamente pausado. Estudios recientes sobre la influencia de la arquitectura fenicia entre las poblaciones autóctonas (Díes Cusí:

2001; Escacena e Izquierdo: 2001) y la incidencia de las prácticas y creencias religiosas orientales en el ámbito cultural tartésico (De la Bandera: 2002; Belén y Escacena: 2002) apuntan en este sentido, dejando abierta la posibilidad de la presencia de grupos estables de población fenicia en aquellos lugares en los que la aceptación de los elementos culturales externos, tanto arquitectónicos como religiosos, se hizo con mayor rapidez y de forma más completa. Por otra parte, como ha sido observado “entre comunidades de muy distinto nivel tecnológico y de diferente estructura económica, la transferencia de ideas políticas y sociales resulta, si cabe, tan problemática o más que la de las formas y los conceptos religiosos. En este terreno, los intercambios suelen ser fluidos sólo cuando las necesidades de una de las dos comunidades en contacto hacen que el préstamo por parte de la otra aparezca como el invento de más bajo coste. Y aún así, cuando la cultura supuestamente más propensa a transformarse por su inferior desarrollo técnico se encuentra bien adaptada al ecosistema en que vive, a largo plazo la impermeabilidad suele prevalecer sobre las presiones favorecedoras del cambio. Esta es la impresión general que nos produce el mundo de la Protohistoria del Bajo Guadalquivir cuando abordamos el análisis de la secuencia cultural completa que va desde el Bronce Final hasta los comienzos de la conquista romana” (Belén y Escacena: 1995, 87).

Lo que parece haberse producido, por consiguiente, no es tanto una aculturación generalizada cuanto un proceso en el que la economía local se introduce en los circuitos del intercambio colonial, con lo que supone de aumento de la riqueza, ostentación e incremento de la complejidad social (Barceló: 1992, p. 267). Los objetos y ritos fenicios son imitados porque traducen al plano simbólico una realidad según la cual la hegemonía de la aristocracia tartésica descansa sobre la presencia colonial fenicia. La aristocracia es poderosa porque el comercio con los fenicios le permite "realizar" el excedente, gracias a que así puede apropiarse del producto del trabajo ajeno. En un sistema de rango y jerarquía el comercio con los colonizadores proporcionaba la capacidad no sólo de adquirir nuevos bienes de prestigio que contribuyan a reproducir las relaciones sociales que han encumbrado a los grupos dirigentes de la sociedad, sino que mediante su adquisición, al movilizar la fuerza de trabajo necesaria para dar respuesta a los requerimientos de los colonizadores, posibilitan la apropiación de una parte del excedente en forma de trabajo extra (Wagner: 1995).

Debe considerarse, por tanto, que en los grupos situados en la cúspide de la jerarquía social de las sociedades autóctonas, la aculturación constituía sobre

todo un mecanismo eficaz para su integración en el estamento colonial, incorporándolas a la jerarquía organizativa, si bien en una posición subalterna que aseguraba la primacía de los colonizadores y la capacidad para movilizar fuerza de trabajo local. La aculturación actuaba, por lo tanto, como una forma de dominación, acercando los intereses de las elites autóctonas a los de los colonizadores, de tal forma que aquellas realizaban el trabajo que interesaba a los fines de éstos. La consecuencia era un aumento de la explotación, si definimos como tal la producción de un excedente que luego será objeto de apropiación por otros en el marco de la trama de relaciones de dependencia colonial, y de las desigualdades, no sólo culturales, sino lo que es más importante y significativo, económicas y sociales.

#### **4. LAS ELITES ORIENTALIZANTES EN EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO FUNERARIO.**

Los datos más interesantes proceden de Las Cumbres (El Puerto de Santa María, Cádiz), Setefilla (Los Alcores, Sevilla) y La Joya (Huelva) principalmente. En la primera, enterramientos de incineración en urna bajo túmulo aprovechan las oquedades del suelo, se depositan directamente sobre la roca o en un pequeño hoyo practicado en el mismo. El túmulo 1, el único excavado hasta el momento, se

extiende sobre una superficie circular de unos 500 m<sup>2</sup>, alcanzando, con una sección troncocónica, una altura máxima de 1,80 m en su parte central más alta. Alberga un total de 62 incineraciones y se estima que estuvo en uso entre ochenta y noventa años antes de ser definitivamente clausurado a finales del siglo VIII a. C. (Ruiz Mata y Pérez: 1989; Ruiz Mata: 1991) El centro estaba ocupado por el *ustrinum*, disponiéndose los enterramientos en torno suyo. Los ajuares más ricos, que incluían objetos metálicos, como broches de cinturón de un sólo garfio, fíbulas de doble resorte y cuchillos de hierro afalcatados, corresponden a las tumbas más cercanas a éste, mientras que según nos alejamos del centro las tumbas presentan ajuares más pobres e incluso ausencia total de éstos. En algún momento se asocia al túmulo principal, en su lado S.O., una estructura tumular mucho más pequeña, un túmulo secundario cuyo centro lo ocupa una incineración rodeada de un muro circular de mampostería y que descansa sobre un suelo artificial de arena de playa. Este enterramiento destaca por su posición, su estructura más elaborada y su mayor ajuar de las trece restantes incineraciones del túmulo secundario que contienen, sin embargo, ajuares de cierta riqueza (Ruiz Mata y Pérez: 1996, 176 ss). Se ha sugerido su pertenencia a un grupo de fenicios integrados, de esta manera, en la necrópolis autóctona (Ruiz Mata: 1991, 213; *cfr*: González Prats: 2000, 309).

Pero no hay atisbos arqueológicos de la existencia de unas elites sino, a lo sumo, de diferencias de rango y prestigio social entre los individuos insertos en unas mismas estructuras de parentesco.

En Setefilla, los túmulos A y H, fechados en el siglo VII a. C., contienen cámaras funerarias de piedra de planta cuadrangular que fueron levantadas sobre las necrópolis de incineración de base. De notables dimensiones -la del túmulo A mide 10 m de longitud por 5,50 m de anchura en forma de pirámide truncada que encierra una cámara interior de 3,50 por 2,20 m-, albergaban inhumaciones individuales o dobles (túmulo H) en fosa con un rico ajuar metálico -jarros, páteras y quemaperfumes de bronce- además de objetos de oro y marfil y cerámicas fenicias de importación (platos y cuencos de barniz rojo). La construcción de estas cámaras parece haber destruido parcialmente los enterramientos sobre los que se alzan (Aubet: 1975, 1981a, 1981b y 1982). Se aprecia también una estrecha relación entre la disposición espacial de las tumbas dentro del túmulo y la riqueza de los ajuares que contienen. En el túmulo A, de 29 m de diámetro y con una altura que pudo alcanzar en su zona central los 3,50 m, las tumbas más ricas con objetos de plata, alabastrones, fíbulas y broches de cinturón, además de cerámica fenicia importada, son las que se hallan más



cerca del centro. En posición semiperiférica se encuentran aquellas que no contienen objetos de importación y con escasos elementos metálicos. En la periferia del túmulo aparecen las tumbas más pobres, que contienen por lo general una urna exclusivamente (Aubet: 1995, 404).

El análisis de los restos de las incineraciones y de los ajuares permite sostener que estas últimas pertenecen, por lo común, salvo algún individuo adulto, a jóvenes y neonatos. Las tumbas en posición semiperiférica corresponden a enterramientos masculinos, femeninos e infantiles indistintamente, mientras las más cercanas al centro y de ajuares más ricos pertenecen a adultos jóvenes, con algún individuo de mayor edad, casi siempre varones (Aubet: 1995, 402 ss). Esta disposición se repite en el interior del túmulo B, de dimensiones más pequeñas (16, 70 m de diámetro y 1,30 de altura) y mejor conservado. Es algo más tardío y no tiene cámara funeraria central, aunque los ajuares son en general más ricos. Un rasgo significativo lo constituye la presencia de algunos enterramientos dobles, generalmente cerca del centro, que corresponden a adultos y niños. Casos excepcionales son la presencia de tumbas con ajuares ricos en la periferia del túmulo. En el túmulo A se ha documentado la de un adulto varón con un ajuar

bastante rico formado por objetos y herramientas, toberas, lañas, etc, propias de un metalúrgico. En el túmulo B destaca por su posición periférica la sepultura relativamente rica de una niña de unos 6/8 años de edad (Aubet: 1975, 403 ss; Ruiz Mata y Pérez: 1996, 181-184).

En otras ocasiones, en las necrópolis de esta misma región, como sucede en Acebuchal o en Cañada de Ruiz Sánchez, los túmulos contienen inhumaciones en fosa con ajuares muy ricos. En Acebuchal dos inhumaciones, al parecer una de ellas femenina, ocupaban una misma fosa de mampostería, cuyo ajuar metálico contenía objetos de plata (broche de cinturón, fíbula), y de oro (perlas, tisús) además del común repertorio de objetos de bronce y cerámicas fenicias (Martín Ruiz: 1996, 9 ss). En la necrópolis de La Joya (Huelva) destaca la variedad de ritos (inhumación e incineración) y de tipologías funerarias (cámaras, fosas, hoyos) sin que existan dos enterramientos iguales (Garrido y Orta: 1978, 17, *cfr*: Ruiz Mata y Pérez: 1996, 190 ss). Los ajuares más ricos se dan tanto en las tumbas de inhumación como en las de incineración. Entre las primeras destaca la nº 17, con dos ánforas de saco, dos platos de engobe rojo, tres platos de cerámica gris, quince cuencos a mano y un soporte, un jarro, un brasero, un quemaperfume, un espejo, un broche de

cinturón y dos soportes de bronce, dos cuchillos de hierro, así como piezas de un carro de parada y bocados de caballo. Entre las segundas, la nº 18, que contenía dos platos de engobe rojo, dos ánforas de saco, cuatro copas de paredes finas y cuencos y grandes vasos a mano, así como placas de bronce caladas, un jarro y un brasero de bronce, restos de un probable escudo, un colgante de oro, un cuchillo de hierro y un huevo de avestruz. También destacan algunas inhumaciones en posición “violenta”, con el cráneo fracturado y con escaso o ningún ajuar. Algunas tumbas contenían escorias metálicas como elementos de ajuar y una descansaba sobre un suelo artificial de arena de playa (Ruiz Mata y Pérez: 1996, 190 ss; Martín Ruiz: 1996, 11, 23 y 26 ss).

La cámara cuadrangular y, sobre todo, la adopción del rito de inhumación que contrasta con las restantes incineraciones, puede interpretarse como un deseo por parte del ocupante de la tumba “príncipesca” de reforzar su recién adquirida posición social mediante una conexión directa con antepasados lejanos; como si fuera descendiente de unas elites que arqueológicamente podríamos asociar en la región a los vestigios en el Bronce Pleno de inhumaciones con ajuar guerrero (Ruiz Mata: 1994, 247 ss). Esta opción tiene sin embargo en su contra un excesivo distanciamiento

cronológico (Belén y Escacena: 1995, 89) y el hecho de que apenas sabemos nada sobre las prácticas funerarias del Bronce Final, lo que se ha atribuido a un vacío de investigación que los recientes hallazgos de Mesas de Asta (Cádiz) tal vez puedan colmar en parte (Ruiz Mata y Pérez: 1996, 194; González, Barrionuevo y Aguilar: 1995, 218) o a un tipo de ritual funerario que apenas deja rastro (Ruiz Gálvez: 1992, 236; Belén, Escacena y Bozzino: 1991, 225 ss).

En aquellos casos en que, como en Acebuchal o Cañada de Ruiz Sánchez, el túmulo contenía únicamente el enterramiento “príncipesco” podemos sospechar una separación inicial de los miembros de las incipientes elites de sus respectivos grupos de parentesco. El cualquier caso el proceso no debió de ser homogéneo, como revela la persistencia de incineraciones en algunos de los enterramientos más suntuosos, como ocurre también en Cañada de Ruiz Sánchez, Cástulo o La Joya (Ruiz Mata y Pérez: 1996, 190). En esta última necrópolis el proceso de acumulación de riqueza parece haber sido más rápido y distinto que en Setefilla, afectando a un mayor número de personas. El caos tipológico y funerario sugiere una pronta disolución de los vínculos de parentesco y, al mismo tiempo, una ausencia de definición nítida de prestigio propia de un proceso rápido de acumulación

de riqueza. Las personas enterradas en las tumbas “principescas” ostentan una posición social de privilegio que no tiene tanto que ver con el lugar que ocupan en sus linajes cuanto con la riqueza que les proporciona la relación en el ámbito colonial con los fenicios.

## **5. EL PROBLEMA DE LAS “TUMBAS FENICIAS” EN LAS NECRÓPOLIS “ORIENTALIZANTES”.**

En contraste con todo lo expuesto hasta el momento, el registro arqueológico proporciona en algunas necrópolis las supuestas pruebas de la profunda aculturación de algunos grupos de la población local, más allá de la elite redistribuidora que controla los intercambios con el ámbito colonial, si bien, como cabría esperar, no de una forma homogénea. Y si aceptamos que las denominadas “tumbas principescas” (Martín Ruiz: 1996 y 2000) constituyen precisamente el reflejo funerario de aquellas elites orientalizantes, el tipo de sepultura que delataría la presencia de los autóctonos más aculturados no tiene, por el contrario, nada de principesco, ni en las estructuras ni en los ajuares funerarios, lo que implica ya una contradicción ante la posibilidad de que grupos no elitistas de la población local hayan resultado más profundamente afectados por el cambio cultural que las propias elites.

Se trata de incineraciones de claro “ambiente funerario fenicio” depositadas bien en ánforas pithoides o contenedores de similar tipología y de las denominadas tumbas tipo “Cruz del Negro”, enterramientos de incineración en un recipiente a torno de tipología fenicia -urnas de cuerpo globular de perfil esférico u ovoide con decoración bícroma en franjas horizontales, cuello cilíndrico o troncocónico y pequeña asas geminadas que arrancan de la parte central del mismo- que es depositado directamente en el suelo, en una pequeña oquedad practicada en éste o, en ocasiones, en una fosa (Maier: 1966, 159). En el Bajo Guadalquivir este último tipo de tumbas están presentes, además de en la necrópolis de la que toman el nombre, en las también sevillanas necrópolis de Bencarrón, particularmente en la Del Camino (Maier: 1996; Sánchez Andreu y Ladrón de Guevara: 2000), así como en El Acebuchal (Torres Ortiz: 2000, 72) y Campo de Las Canteras (Belén: 1986, 267) y en el túmulo 1 de Las Cumbres (Ruiz Mata: 1991, 212). También aparecen en Huelva, en algunos enterramientos de la La Joya (Garrido: 1970, 33 y 36; Garrido y Orta: 1978, 24 ss, 45 ss y 48 ss). En Extremadura están presentes en los enterramientos más antiguos de la fase I de la necrópolis Medellín (Badajoz) así como en la vecina de Mengabril (Almagro



Gorbea: 1977, 280 ss). En Portugal tumbas tipo “Cruz del Negro” han sido encontradas en la necrópolis de Senhor dos Mártires, en Alcácer do Sal (Arruda: 1999-2000, 74 ss).

Pero, seguramente, el hallazgo más sorprendente y a la vez interesante se ha producido en la necrópolis alicantina de Les Moreres, espacio funerario del asentamiento de la Peña Negra, que en su fase II, con una cronología del 750 al 625 a. C., ha proporcionado varios de este tipo de enterramientos formando un grupo homogéneo presumiblemente de varones (González Prats: 2002, 242, 255, 275 y 277). Si ya resultaba poco convincente la profunda aculturación funeraria de una parte de la población autóctona alejada socialmente de las elites y presuntamente detectada en necrópolis de la región tartésica y áreas geográficas vecinas, su presencia en Les Moreres añade aún más interrogantes, ya que significaría un resultado prácticamente idéntico de la aculturación orientalizable de influjo fenicio sobre poblaciones muy distantes. Por consiguiente, si en una necrópolis autóctona, como es el caso, se detecta a partir de un momento dado un cambio significativo en las pautas de enterramiento, acompañado de importaciones fenicias y de un grupo homogéneo de tumbas que, en contraste con las demás, presenta claras analogías con los enterramientos

fenicios de la Ibiza arcaica y, por supuesto, con enterramientos similares presentes en algunas necrópolis “orientalizantes” ¿estamos obligados a pensar que todo ello no es sino el resultado de la aculturación?. Pero, sobre todo, cuando sabemos de la presencia estable de fenicios en el vecino asentamiento por la misma época. Es obvio, por otra parte, que no podemos pensar en una asimilación cultural, ya que todas estas “tumbas fenicias” se han descubierto, en muchos casos, en necrópolis en las que comparten, como en Les Moreres, el espacio funerario con enterramientos considerados de tradición autóctona, todo lo cual sugiere una convivencia, cuando no un mestizaje, entre fenicios y autóctonos, algo de lo que ya nos hablaban los textos antiguos (Estrabón, III, 2, 13: cfr: Belén: 2000, 308).

Otro problema procede de la necesidad de localizar el foco colonial aculturador. Curiosamente, este tipo de enterramientos apenas está representado en las necrópolis fenicias del litoral, salvo en el polémico caso de Frigiliana, aunque es cierto que realmente apenas podemos hablar de necrópolis, sino más bien de grupos de tumbas como se ha señalado recientemente (Aubet: 1996, 503 y 505), por lo que muchas de las necrópolis fenicias de la costa estarían aún por descubrir. Conocemos, sin embargo, desde hace tiempo una

interesante salvedad que, no obstante, no ha sido valorada en todo su interés. En Ibiza, el sector arcaico de la necrópolis de Puig des Molins plantea algunas cuestiones de gran significación (Costa Ribas: 1991; Gómez Bellard, *ea*: 1990, 30 ss, 91-122). Se trata de una necrópolis de incineración que presenta las siguientes variantes:

- a) Los huesos se depositan directamente sobre la roca.
- b) Los huesos se colocan en un agujero de la roca, que puede ser natural, haber sido parcialmente retocado o tratarse de una cavidad totalmente artificial.
- c) Los huesos son introducidos previamente en una urna que a su vez es depositada en algún de los tipos de cavidades mencionadas.
- d) Los restos incinerados son colocados en fosas, de las que se pueden distinguir, las simples, aquellas que tienen resaltes laterales y las que presentan un canalillo central (Gómez Bellard, *ea*: 1990, 156 ss).

El tipo de sepulturas, un pequeño hoyo excavado en el suelo o una oquedad natural de éste, el rito de cremación y la propia tipología de las urnas cinerarias, del tipo “Cruz del Negro”, (*ibid.*, 157) se documentan todos ellos en otros lugares fenicios del Mediterráneo, como Motia en Sicilia, Rachgoun en Argelia o la misma Cartago. También aparecen, como acabamos de ver,

fosas de cremación simples, así como escalonadas o con canalillo central, estructuras funerarias que también se encuentran en Cartago, Cerdeña y en la Península Ibérica, en Jardín, Villaricos y la propia Cádiz (Aubet: 1996, 497 ss, Torres Ortiz: 1999, 131 y 133). De todas ellas destacan las cremaciones sin urna depositadas en fosas en Cádiz y Villaricos (Ramos Sainz: 1990, 42, 62 y 65 ss). No faltan los encanchados tumulares utilizados para sellar alguna sepultura (Gómez Bellard, *ea*: 116), un tipo de estructuras que se conocen bien en las necrópolis “orientalizantes” de la Península. “Por lo tanto, el análisis del comportamiento funerario en los enclaves fenicios debe completarse con los nuevos datos que apuntan a una mayor complejidad en los sistemas de enterramiento del mundo fenicio occidental, que ya no puede ser reducido a los modelos de Laurita-Trayamar, Jardín-Puente Noy” (González Prats: 2002, 330).

Los ajuares de las cremaciones arcaicas de Puig des Molins son, en general, escasos, estando constituidos por pequeñas ampollas tipo Bisi-3, platos y lucernas de dos picos de engobe rojo, cuencos trípodes y cuencos de pasta gris, cerámicas a mano, así como cuentas de collar de pasta vítrea, ámbar y coralina. Hay pocos objetos de metal, entre los que sobresalen aretes, pendientes, cuentas de collar, anillos y colgantes de

plata (Gómez Bellard, *ea*: 1990, 125-149 y 159-161). Lo más sorprendente es que, en gran manera, esta necrópolis constituye una réplica muy próxima al paisaje funerario de algunas de las necrópolis "orientalizantes" de las que venimos tratando, lo que exige explicar tal confluencia.

En tierras peninsulares, la necrópolis del Cortijo de las Sombras, en Frigiliana (Málaga), cuyos enterramientos de cremación en urna presentan notables semejanzas con Cruz del Negro o Puig des Molins, ha sido objeto de controversia en su adscripción cultural. Considerada primero fenicia por sus excavadores (Arribas y Wilkins: 1965) que, destacando su originalidad, advirtieron las importantes similitudes con la necrópolis argelina del Faro de Rachgoun (Vuillemot: 1955), fue posteriormente reconsiderada como autóctona (Aubert: 1986, 119 ss; Martín Ruiz, Martín Ruiz y Esquivel: 1996; Torres Ortiz: 1999, 100 ss), si bien algunos investigadores han seguido defendiendo su carácter fenicio (Rubio y Sierra: 1993; Wagner: 1993, 88 ss; Blázquez, Alvar y Wagner: 1999: 351; González Prats: 2002, 325), mientras que otros han sugerido su pertenencia a una población mestiza, tanto en términos culturales como étnicos (Gran-Aymerich y Anderica: 2000, 1813). Probablemente, su adscripción a un ambiente funerario

“tartésico” es consecuencia de una contradicción que “deriva de la idea preconcebida de que las poblaciones fenicias solo se asentaron en la costa, de donde se deduciría que todos los del interior serían cementerios indígenas. Esta tesis no sería especialmente rechazable si no fuera por la existencia de necrópolis idénticas en la zona fenicia del litoral malagueño -atribuida en este caso a orientales- y en la región de Los Alcores, donde serían por tanto locales. De ahí que se haya señalado (Belén: 1994b, 508) la contradicción metodológica de afirmar que pertenezcan a mundos distintos, solo en razón de la comarca donde se ubican, las tumbas de la Cruz del Negro y las de Frigiliana, dos cementerios tan parecidos” (Belén y Escacena: 1995, 85). Una forma de resolver dicha contradicción es la que resulta de caracterizar la necrópolis del Cortijo de las Sombras como autóctona, en parte por los rituales observados, lo que tras los descubrimientos de Ibiza pierde gran parte de su valor, pero sobre todo por los ajuares funerarios. En cualquier caso, como se ha señalado muy recientemente, el debate está lejos de haber concluido (González Prats: 2002, 327 ss).

Si en un principio el ritual funerario de la necrópolis del Cortijo de las Sombras, tan alejado de las cremaciones de Trayamar o Laurita, recalcaba para algunos su originalidad mientras que otros buscaban



emparentarlo de cerca con el ambiente funerario del Bajo Guadalquivir, que duda cabe que los descubrimientos en el sector arcaico de la necrópolis ibicenca de Puig des Molins hace necesario cambiar tales puntos de vista. Por otra parte, la reciente valoración de los vestigios de la necrópolis fenicia del Cortijo de Montañez, espacio funerario del asentamiento del Cerro del Villar (Aubet, *ea*: 1995) aporta importantes datos sobre los contenedores cinerarios. Los recipientes cerámicos, pertenecientes a la Colección Loring, muestran una mezcla tipológica poco habitual en las escasas necrópolis fenicias de la costa andaluza: cinco ánforas, un píthos de cuatro asas, una urna globular de engobe rojo con decoración pintada de bandas, una urna del tipo Cruz del Negro, un jarro de boca de seta, dos de boca trilobulada y una lucerna de dos picos. No insistiremos sobre el carácter de contenedor cinerario de la urna “Cruz del Negro” en tales ambientes, ni de las ánforas, que tienen paralelos cercanos en recipientes cinerarios de Trayamar y La Joya, pero si es preciso destacar el píthos, pues variantes de este tipo aparecen como contenedores cinerarios en Frigiliana, Rachgoun, Medellín, Jardín y Cruz del Negro (Aubet, Maass-Lindemann y Martín Ruiz: 1995, 226; Torres Ortiz: 1999, 84; González Prats: 2002, 331). “De acuerdo con los paralelos mencionados de Trayamar, Cruz del Negro, Huelva y Rachgoun, todos los recipientes de gran tamaño pudieron haber

servido de contenedores cinerarios, si bien, y a excepción del jarro y la lucerna, estos apenas proporcionan indicios acerca del contenido y ajuares funerarios de estas sepulturas” (Aubet, Maass-Lindemann y Martín Ruiz: 1995, 232).

Entre los ajuares de la necrópolis de Frigiliana destacan las fíbulas de doble resorte, muy abundantes, los broches de cinturón con garfios, pinzas, varillas, anillas y brazaletes de bronce, muy característicos de las necrópolis “orientalizantes” andaluzas, y unos pocos objetos de hierro, en concreto una punta de jabalina, un posible trozo del enmangue o la hoja de un cuchillo y otro de vaina de puñal o espada (Arribas y Wilkins: 1969, 197 ss). No es menos cierto que este tipo de ajuares no aparecen en el sector arcaico de la necrópolis ibicenca del Puig des Molins, aunque sí en la de Rachgoun, de la que, por cierto, también se ha sugerido su pertenecía a un ambiente funerario propio del Bajo Guadalquivir (Aubet: 1986, 114ss, 120 ss y 129 ss; Esquivel, Martín Ruiz y Martín Ruiz: 2000), luego ¿estamos realmente dispuestos a caracterizar la etnicidad de una sepultura por los objetos materiales que componen su ajuar?. Así lo hacen los estudios estadísticos realizados sobre la necrópolis del Cortijo de las Sombras (Martín Ruiz, Martín Ruiz y Esquivel: 1996), como sobre la de Rachgoun (Esquivel, Martín

Ruiz y Martin Ruiz: 2000) y los comparativos de necrópolis tartésicas y fenicias (Martín, Martín, Esquivel y García: 1991-2). Pero entonces, ¿qué hay de las estructuras y los ritos funerarios?.

Respecto a las primeras, muchas de las estructuras funerarias presentes en las necrópolis orientalizantes, salvo los túmulos, son propias también de necrópolis fenicias, como Puig des Molins, Jardín, Villaricos y la propia Cádiz. Tal ocurre con las cremaciones primarias en hoyos o fosas que encontramos también en este ambiente funerario fenicio y con las cremaciones en urna depositada en un hoyo, en una fosa simple o en una fosa escalonada (Ramos Sainz: 1990, 65 ss; Gómez Bellard, *ea*: 1990, 156 ss; Torres Ortiz: 1999: 129 ss). Sin pretender caer en la “tentación difusionista” tal confluencia nos parece, en principio, sospechosa. En cuanto a los segundos, ocurre prácticamente lo mismo. Los *silicernia* o fuegos de ofrenda, las libaciones rituales, el uso de perfumes o los sacrificios de animales tienen su correspondencia en el ámbito funerario fenicio-púnico (Ramos Sainz: 1990, 116 ss; Córdoba Alonso: 1998; Jiménez Flores: 2002). Otro problema plantea la presencia de monumentos funerarios tales como estelas y cipos. Estos últimos han aparecido en Cádiz, Villaricos, Puig des Molins (Belén: 1992-93; 1994c; Gómez Bellard, *ea*: 1990, 95 ss, 113 y 147) así

como en la necrópolis de Cruz del Negro (Bonsor: 1927, 292).

Por lo demás, los mencionados análisis estadísticos adolecen de algunas pegas que hacen que sus resultados sean discutibles. Así, la muestra de necrópolis fenicias es escasa, en parte debido a la documentación arqueológica disponible, pero también porque no se ha incluido entre ellas el sector arcaico de Puig des Molins. Por otra parte, algunos de los elementos considerados como propios de un ambiente funerario “tartésico” a la hora de clasificar las variables, tales como cerámicas a mano, restos de fauna o armas, y de los que se dice que no aparecen en las necrópolis fenicias (Esquivel, Martin Ruiz y Martin Ruiz: 2000, 1174), plantean algunas dudas, ya que de hecho si se constata su presencia en éstas. Cerámica a mano, como las conocidas *cooking-pots*, son frecuentes en las necrópolis fenicias del Mediterráneo y no faltan tampoco, aunque no abundan, en Ibiza, donde incluso aparece en un enterramiento una urna de tradición talayótica (Ramón Torres: 1981; Gómez Bellard, *ea*: 1990, 144). Las armas, por su parte, están presentes en algunas fosas de cremación de Villaricos (Rodero, *ea*: 1998) así como en el sector arcaico de la necrópolis de Puig des Molins (Gómez Bellard, *ea*: 2000, 147). Por otro lado, la polémica sobre la presencia de armas en las necrópolis

fenicias sigue abierta a raíz de los descubrimientos de Bitia, en Cerdeña (Botto: 1996). Por lo que respecta a los restos de animales, bien sea de ofrendas alimenticias o de sacrificios fúnebres, se han detectado en algunas tumbas de las necrópolis de Laurita (Almuñecar, Granada), Villaricos, Jardín, Puente Noy, Cádiz y en el sector arcaico de Puig des Molins (Ramos Sainz: 1990, 69 ss, 86 ss y 123; Gómez Bellard, *ea*: 1990, 97).

En lo que respecta, precisamente, a los ajuares, es preciso plantear ciertas cuestiones, como por qué razón aparecen algunas fíbulas de doble resorte en Trayamar (Schubart y Niemeyer: 1968, fig. 13) o Puig des Molins (Gómez Bellard, *ea*: 2000, 147), cuchillos afalcatados, tan corrientes en el mundo oriental y cuya procedencia oriental parece segura (Mancebo Dávalos: 2000, 128) en fosas de incineración de Villaricos (Rodero, *ea*: 1998), necrópolis en la que también ha aparecido algún broche de cinturón con garfios, pinzas de bronce y brazaletes lisos de sección circular y con apéndices terminales (Siret: 1907, fig. 36; Osuna y Remesal: 1981, fig. 3, 4; *cfr*: Arribas y Wilkins: 1969, 206). La respuesta es que puede tratarse de elementos tomados en préstamo del ámbito cultural autóctono, donde previamente algunos, como los cuchillos, habrían sido introducidos por los fenicios, en un

proceso de difusión cultural de doble dirección, y su carácter minoritario en estas necrópolis fenicias obedecería a su alejamiento, más cultural que geográfico, de dicho ámbito. Por lo demás, los vasos a “chardón” utilizados como urnas cinerarias en algunas necrópolis del Bajo Guadalquivir y que, sin embargo, forman parte del ajuar en sitios como Cruz del Negro o Rachgoun pueden estar, en este último caso, reemplazando con elementos locales las tan difundidas *cookin-pots* de las necrópolis fenicias, ya que ambas formas corresponden a cerámicas hechas a mano.

## 7. RECONSIDERACIÓN FINAL.

Trabajos realizados en los últimos años han sacado a la luz una serie de testimonios de una presencia fenicia estable en el seno de territorios y comunidades autóctonas, algo que ya se venía sospechando y que los datos arqueológicos ahora disponibles parecen establecer con un buen grado de certeza. Al mismo tiempo, otras investigaciones han puesto de relieve la participación de los propios autóctonos en el seno de los enclaves coloniales fenicios, tal vez formando parte activa de los procesos de trabajo allí desarrollados. Con todo ello, la colonización fenicia arcaica en la Península Ibérica va adquiriendo unos tintes de complejidad, más allá de la instalación de pequeños asentamientos en el litoral, que el descubrimiento de auténticas ciudades,



como Castillo de Doña Blanca (Ruiz Mata: 2001) o La Fonteta (González Prats y Ruiz Segura: 2000), ha venido a incrementar. Se abren así grandes posibilidades de clarificación de los fenómenos de cambio social e interacción cultural antaño explicados de forma no muy convincente a partir de los intercambios comerciales con los centros coloniales de la costa. Seguramente, en sus relaciones con la población autóctona los colonizadores fenicios se hallaban mediatizados por las propias relaciones que la dinámica histórica del proceso colonial estableció entre ellos, haciendo así, no una cuestión de etnia o de diferencias culturales, sino de clase, como se percibe bien en el caso griego (Morel: 1984, 135 ss). La población finalmente esclavizada, que seguramente era la que trabajaba en las minas durante el periodo “orientalizante” (Moreno Arrastio: 2000, 157 ss), uno de los sectores aunque no el único ni el más importante de la economía colonial (Alvar: 2001, 22), o las formas de dependencia rural en el “hinterland” de las colonias de la costa, de las que apenas sabemos nada pero sin duda debieron haber existido (Blázquez, Alvar y Wagner: 1999, 349, 354 y 380) señalarían a las claras el carácter social del conflicto y de las relaciones en las que se inscribe, muy por encima de la diversidad étnica o cultural, que resultan fenómenos secundarios, como es propio de la sociedad colonial, aunque la ideología y

la propaganda los sitúe en primer plano (Wagner: 2001, 30).

En lo que al ámbito funerario de esta realidad compleja, y posiblemente en parte mestiza, concierne, la valoración del sector arcaico de la necrópolis ibicenca de Puig des Molins resulta especialmente clarificadora, al igual que no menos lo resulta la presencia de un grupo homogéneo de enterramientos tipo “Cruz del Negro” en Les Moreres, necrópolis del asentamiento autóctono de la Peña Negra, donde, lo sabemos, residían de forma estable un número indeterminado de fenicios, mientras que, por otra parte, el empeño de catalogar culturalmente las necrópolis y sus enterramientos con datos arqueológicos obtenidos sobre todo de los ajuares encontrados en las tumbas debe ser sometido a discusión. En lo esencial, se acepta un contraste en los ajuares de las necrópolis “orientalizantes” que diferenciaría, principalmente, los enterramientos “principescos”, caracterizados por la presencia de objetos metálicos como jarros de bronce, recipientes rituales con asas de mano también denominados “braserillo”, quemaperfumes, páteras y calderos (Martín Ruiz: 1996, 23 ss; 2000), de los restantes, que presentan una gran diversidad, tanto en los componentes como en sus combinaciones, lo que se achaca a que conviven en ellas una multiplicidad de

formas y ritos en los que, además, el prestigio no aparece aún claramente definido como consecuencia del cambio social que se produjo durante el “orientalizante” (Carrilero: 1993, 178 ss). Pero hasta ahora no se ha explicado porqué determinados grupos de la población autóctona escogen las formas y el ritual fenicio y otros no, ni como es posible que tales grupos adopten con tanta facilidad prácticas funerarias ajenas, mientras que en otras ocasiones, y en relación a actividades que implicarían niveles mucho más superficiales de aculturación, se muestran mucho más conservadores discriminando, por ejemplo, qué tipo de recipientes cerámicos se imitan y cuales no.

Dejando a un lado, si se quiere, las estructuras funerarias más simples, como los hoyos y oquedades, la aparición de otras más elaboradas, como las fosas de cremación simples o con canalillo central, en las necrópolis “orientalizantes” estaría sin duda indicando la presencia de un sistema de enterramiento fenicio<sup>3</sup>. Lo curioso es que tanto las estructuras más simples como las complejas aparecen en el sector arcaico de la necrópolis ibicenca de Puig des Molins que nadie, hasta ahora, ha considerado como “autóctona”, seguramente por la escasa proporción de elementos de esta procedencia en sus ajuares.

Una explicación alternativa puede provenir de considerar la aculturación como un proceso de doble dirección (Belén: 1994b, 511). ¿Porqué sólo los autóctonos han de aceptar elementos culturales externos en sus ajuares funerarios?. ¿Que impedía realmente que los fenicios hicieran lo mismo?. Parece que nada, en realidad, ya que, como hemos visto, en ocasiones los fenicios introducen en los suyos fíbulas, broches de cinturón, cuchillos y, por supuesto, cerámica a mano. ¿Por que razón las tumbas tipo “Cruz del Negro” con elevado numero de “importaciones” fenicias y algunos elementos propios del ambiente funerario autóctono en su ajuar no han de ser de fenicios?, como parece que eran los que se enterraban, exactamente de la misma forma, en el sector arcaico de Puig des Molins, y que sin embargo, por cuestiones geográficas obvias, no disponían apenas de tales objetos.

## BIBLIOGRAFIA

- ALVAR, J. (1990) "El contacto intercultural en los procesos de cambio", *Gerión*, 8, pp. 11-27.
- (1999) “Actividad económica y actitud religiosa. Perspectivas para el análisis de la interacción de la religión y la economía”, *Arys. Antigüedad: Religiones y Sociedades*, 2, pp. 3-14.

- (2001) “Interacción económica y social de los fenicios en la Tartésida”, *II Congreso de Historia Antigua de Málaga*, Málaga, pp. 11-33.

ALMAGRO GORBEA, M. (1971) “La necrópolis de Medellín (Badajoz). Aportaciones al estudio de la penetración del influjo orientalizante en Extremadura”, *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 16, pp. 161-202.

- (1977) *El Bronce Final y el Periodo Orientalizante en Extremadura*, Bibliotheca Praehistorica Hispana, 16, Madrid.

- (1991a) “La necrópolis de Medellín”, *Extremadura Arqueológica*, 2, pp. 159-173.

- (1991b) “La necrópolis de Medellín. Influencia fenicia en los rituales funerarios tartésicos”, *I-IV Jornadas de Arqueología Fenicio Púnica*, Ibiza, pp. 233-252.

ARRIBAS, A. y WILKINS, J. (1969) “La necrópolis fenicia del Cortijo de las Sombras (Frigiliana, Málaga)”, *Pyrenae*, 5, pp. 185-244.

ARRUDA, A. M. (1999-2000) *Los fenicios en Portugal*, Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 5-6, Barcelona.

ARTEAGA, O., SCHULZ, H.D. y ROOS, A-M. (1995) “El problema del ‘Lacus Ligustinus’. Investigaciones geoarqueológicas en torno a las marismas del bajo Guadalquivir”, *Tartessos. 25 años después, 1968-1993*, Jerez de la Frontera, pp. 99-135.

AUBET, M<sup>a</sup>.E. (1975) *La necrópolis de Setefilla en Lora del Río: Sevilla*, Barcelona.

- (1978-9) “Algunas cuestiones en torno al periodo orientalizante tartésico”, *Pyrenae*, 13-14, 81-107.

- (1981a) “La necrópolis de Setefilla en Lora del Río (túmulo A)”, *Andalucía y Extremadura*, Barcelona, pp. 53-160.

- (1981b) “La necrópolis de Setefilla en Lora del Río (túmulo B)”, *Andalucía y Extremadura*, Barcelona, pp. 161-223.

- (1982) “Los enterramientos bajo túmulo de Setefilla”, *Huelva Arqueológica*, 6, pp. 49-70.

- (1986) “Contactos culturales entre el Bajo Guadalquivir y el Noroeste de Africa durante los siglos VII y VI a. C.”, *Gli interscambi culturali e socio-economici fra l’Africa settentrionale e l’Europa mediterranea*, Nápoles, pp. 109-144.

- (1995) “Aproximación a la estructura demográfica y social tartésica”, *Tartessos, 25 años después. 1968-1993*, Jerez de la Frontera, pp. 401-409.

- (1996) “Notas sobre Arqueología funeraria fenicia en Andalucía”, *Alle soglie della classicità. Il Mediterraneo tra tradizione e innovazione. Studi in onore di Sabatino Moscati*, Pisa-Roma, pp. 495-508.



- AUBET, M<sup>a</sup> E., MAASS-LINDEMANN, G. y MARTIN RUIZ, J.A. (1995) “La necrópolis fenicia del Cortijo de Montañez (Guadalhorce, Málaga)”, *Cuadernos de Arqueología Mediterránea*, 1, pp. 217-238.

BARCELÓ, A. (1992) “Una interpretación socioeconómica del Bronce Final en el Sudoeste de la Península Ibérica”, *Trabajos de Prehistoria*, 49, pp. 259-275.

BELÉN, M<sup>a</sup>. (1986) “Importaciones fenicias en Andalucía occidental”, *Aula Orientalis*, 4, pp. 263-277.

- (1992-93) “Religiosidad funeraria en la necrópolis prerromana de Cádiz”, *Tabona. Revista de Prehistoria y Arqueología*, 8, 2, pp. 351-364.

- (1994) “Importaciones fenicias en Andalucía Occidental”, *Aula Orientalis*, 4, pp. 263-278.

- (1994a) “Carmona Prerromana: Nuevos datos para la historia de la ciudad durante en I Milenio a. C”, *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, Madrid, vol. III, pp. 17-32.

- (1994b) “Fenicios en Andalucía Occidental: diez años de investigación (1980-1990)”, *Hispania Antiqua*, 18, pp. 495-518.

- (1994c) “Aspectos religiosos de la colonización fenicio-púnica en la Península Ibérica. Las estelas de Villaricos (Almería)”, *Spal*, 3, pp. 257-279.

- (2000) “Santuarios y comercio fenicio en Tartessos”, *II Coloquio del CEFYP: Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*, Madrid, pp. 293-313.

- (2001) “Arquitectura religiosa orientalizante en el Bajo Guadalquivir”, *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, pp. 1-16.

BELÉN, M<sup>a</sup> y ESCACENA, J. L. (1995) “Interacción cultural fenicios-indígenas en el Bajo Guadalquivir”, *Arqueólogos, historiadores y filólogos. Homenaje a F. Gascó: Kolaïos*, 4, pp. 67-101.

- (1998) “Testimonios religiosos de la presencia fenicia en Andalucía Occidental”, *Spanu, Publicaciones en Internet II*, (<http://www.labherm.filol.csic.es>).

- (2002) “La imagen de la divinidad en el mundo tartésico”, *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*, Sevilla, pp. 159-184.

BELÉN, M<sup>a</sup>., ESCACENA, J. L., BOZZINO, M.I. (1991) “El mundo funerario del Bronce Final en la fachada atlántica de la Península Ibérica”, *Trabajos de Prehistoria*, 48, pp. 225-256.

BLÁZQUEZ, J. M. (1991) “Panorama general del desarrollo histórico de la cultura tartésica desde finales de la Edad del Bronce, S. VIII a .C., hasta los orígenes de las culturas turdetana e ibérica. Los influjos fenicios”, *Rivista di Studi Fenici*, XIX, pp. 33-48.

BLÁZQUEZ, J. M. y GARCIA-GELABERT M.P. (1987) "The sanctuary of La Muela (Cástulo, Jaén). One of the units of the oldest pebble-mosaics in Spain", *Archiv für Orient-forschung*, 34, pp. 243-247.

BLÁZQUEZ, J. M., ALVAR, J. y WAGNER, C.G. (1999) *Fenicios y cartagineses en el Mediterráneo*, Madrid.

BONSOR, G. (1927) "La veritable origine de Carmona et les découvertes archéologiques des Alcores", *Revue Archéologique*, 25, pp. 285-300.

BOTTO, M. (1996) "Le armi", *La necrópoli di Bithia, I*, Roma, pp. 137-144.

BURKE, P. (1987) *Sociología e Historia*, Madrid.

CARRILERO, M. (1993) "Discusión sobre la formación social tartésica", *Los enigmas de Tarteso*, Madrid, pp. 163-185.

CELESTINO PÉREZ, S. (2000) "Intercambio y estructuras comerciales en el interior de la Península Ibérica", *I Coloquio del CEFYP: Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*, Madrid, pp. 137-148.

- (2001) "Los santuarios de Cancho Roano. Del indigenismo al orientalismo arquitectónico", *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, pp. 17-56.

CÓRDOBA ALONSO, I. (1998) "Rituales de cremación durante la protohistoria en el Mediterráneo y sur peninsular", *Spanu, Publicaciones en Internet* II, (<http://www.labherm.filol.csic.es>).

COSTA RIBAS, B. (1991) "Las excavaciones arqueológicas en el solar Nr. 38 de la Vía Romana (Can Partit): nuevos datos para el conocimiento de la necrópolis del Puig des Molins", *I-IV Jornadas de Arqueología fenicio-púnica*, Ibiza, pp. 29-57.

CHAPA, T. (1997) "Models of Interaction between Punic Colonies and Native Iberians: The Funerary evidence", *Encounters and Transformations. The Archaeology of Iberia in Transition*, Sheffield, pp. 141-150.

CHAVES TRISTÁN, F. y DE LA BANDERA, M<sup>a</sup>L. (1991) "Aspectos sobre el urbanismo en Andalucía Occidental durante los siglos VII-VI a. C a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)", *Atti del 2º Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, vol. II, pp. 691-714.

- (1993) "Problemática de las cerámicas orientalizantes y su contexto", *V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la P. Ibérica: Lengua y Cultura en la Hispania prerromana*, Salamanca, pp. 49-89.

DE LA BANDERA, M<sup>a</sup>L. *ea* (1995) “El yacimiento tartésico de Montemolín”, *Tartessos, 25 años después, 1968-1993*, Jerez de la Frontera, pp. 315-332.

- (2002) “Rituales de origen oriental entre las comunidades tartésicas: el sacrificio de animales”, *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*, Sevilla, pp. 141-158.

DE LA BANDERA, M<sup>a</sup>L. y FERRER ALBELDA, E. (1995) “Reconstrucción del ajuar de una tumba de Cástulo: ¿Indicios de mestizaje?”, *Arqueólogos, historiadores y filólogos. Homenaje a F. Gascó: Kolaïos*, 4, pp. 53-65.

DIAZ TEJERA, A. (1982) *Sevilla en los textos clásicos greco-latinos*, Sevilla.

DIES CUSÍ, E. (2001) “La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica (siglos VIII-VII)”, *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, pp. 69-122.

ESCACENA, J.L. (2002) “Dioses, toros y altares. Un templo para Baal en la antigua desembocadura del Guadalquivir”, *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*, Sevilla, pp. 33-75.

ESCACENA, J.L e IZQUIERDO, R. (2001) “Oriente en Occidente: Arquitectura civil y religiosa en un “barrio

fenicio” de la *Caura tartésica*”, *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, pp. 159-171.

ESQUIVEL, J. A., MARTIN RUIZ, J. M. y MARTIN RUIZ, J. A. (2000) “Estudio estadístico de la necrópolis del Faro de Rachgoun, Orán (Argelia)”, *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. 3, Cádiz, pp. 1171-1175.

FANTAR, M.H. (1993) *Carthage. Approche d'une civilisation*, 2 vols., Túnez.

FERNANDEZ JURADO, J. y GARCÍA SANZ, C. (2001) “Arquitectura orientalizante en Huelva”, *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, pp. 159-171.

FERNANDEZ MIRANDA, M. (1995) “Les Phéniciens en Occident et la réalité tartessique”, *I Fenici: Ieri Oggi Domani*, Roma, pp. 395-407.

GARRIDO, J.P. (1970) *Excavaciones en la necrópolis de La Joya, Huelva (1ª y 2ª campañas)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 71, Madrid.

GARRIDO, J. P. y ORTA, E. (1978) *Excavaciones en la necrópolis de La Joya. Huelva, II (3ª, 4ª y 5ª campañas)*, Excavaciones Arqueológicas en España, 96, Madrid.

GÓMEZ BELLARD, C. (1990) “La expansión cartaginesa en Sicilia y Cerdeña”, *La caída de Tiro y el*



*auge de Cartago: V Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza, pp. 47-56.

GÓMEZ BELLARD, C., *ea* (1990) *La colonización fenicia de la isla de Ibiza*, Excavaciones Arqueológicas en España, 157. Madrid.

GONZÁLEZ PRATS, A. (1983) *Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)*, Alicante, *Anejos de Lucentum*, I.

- (1986) "Las importaciones y la presencia fenicia en la Sierra de Crevillente (Alicante), *Aula Orientalis*, 4, pp. 279-302.

- (1993) "Quince años de excavaciones en la ciudad protohistórica de Herna (La Peña Negra, Crevillente, Alicante)", *Saguntum*, 26, pp. 181-188.

- (2002) *La necrópolis de cremación de Les Moreres (Crevillente, Alicante, España)*, Alicante.

GONZÁLEZ PRATS, A. y RUIZ SEGURA, E. (2000) *El yacimiento fenicio de La Fonteta (Guardamar del Segura, Alicante)*, Valencia.

GONZÁLEZ, R., BARRIONUEVO, F. y AGUILAR, L. (1995) "Mesas de Asta, un centro indígena tartésico en los esteros del Guadalquivir", *Tartessos. 25 años después, 1968-1993*, Jerez de la Frontera, pp. 215-235.

GRAN-AYMERICH, J. y ANDERICA, J. R. (2000) "Populations autochtones et allògenes sur le litoral

méditerranéen andalou: de Málaga a Vélez-Málaga et Frigiliana (VIIIe-VIe s. av. J.C.", *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. 3, Cádiz, pp. 1811-1814.

HARRIS, M. (1982) *El materialismo cultural*, Madrid.

JIMÉNEZ FLORES, A. M<sup>a</sup> (1996) "El banquete funerario en las necrópolis fenicias de Málaga: Una aproximación social", *Actas del I Congreso de Historia Antigua de Málaga*, Málaga, pp. 161-166.

- (2000) "Imagen y ritual: Las representaciones simposiacas en contextos funerarios púnicos", *Actas del IV Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos*, vol. 3, Cádiz, pp. 1177-1184.

LIPINSKI, E. (1984) "Vestiges phéniciens d'Andalousie", *Orientalia Lovaniensia Periodica*, 15, pp. 81-132.

LÓPEZ CASTRO J.L. (1991a) "El imperialismo cartaginés y las ciudades fenicias de la Península Ibérica entre los siglos VI-III a. C.", *Studi di Egittologia e di antichità puniche*, 9, pp. 97-107.

- (1991b) "Cartago y la Península Ibérica: ¿Imperialismo o hegemonía", *V Jornadas de Arqueología fenicio-púnica: Trabajos del Museo Arqueológico de Ibiza*, 25, Ibiza, pp. 73-84.

LÓPEZ DOMECH, R. (1999) "Economía y religión. Apuntes para una interpretación del palacio-santuario

de Cancho-Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz)", *Arys. Antigüedad: Religiones y Sociedades*, 2, pp. 49-67.

LÓPEZ PARDO, F. (1990) "Sobre la función del edificio singular de Cancho Roano (Zalamea de la Serena, Badajoz)", *Gerión*, 8, pp. 141-162.

- (2002) "Traslados de población entre el Norte de Africa y el sur de la Península Ibérica en los contextos coloniales fenicio y púnico", *Gerión*, 20, e.p.

MAIER, J. (1996) "La necrópolis tartésica de Bencarrón (Mairena de Alcor/Alcalá de Guadaira, Sevilla) y algunas reflexiones sobre las necrópolis tartésicas de Los Alcores", *Zephyrus*, 49, pp. 147-168.

MANCERO DÁVALOS, J. (2000) "Análisis de los objetos metálicos en el período orientalizante y su conexión con el mundo fenicio. Los cuchillos afalcatados", *Actas del IV Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos*, vol. 3, Cádiz, pp. 1825-1839.

MARTIN RUIZ, J. A. (1995-6) "Indicadores arqueológicos de la presencia indígena en las comunidades fenicias de Andalucía", *Mainake*, 17-18, pp. 73-90.

- (1996) *Las sepulturas principescas del periodo orientalizante tartésico*, Málaga.

MARTIN RUIZ, J. A. (2000) "El influjo fenicio en las tumbas principescas del período

Orientalizante tartésico", *Actas del IV Congreso Internacional de estudios fenicios y púnicos*, vol. 4, Cádiz, pp. 1835-1839.

MARTIN RUIZ, J.M. (2000) "Cerámicas a mano en los yacimientos fenicios de Andalucía", *Actas del IV Congreso Internacional de Estudios Fenicios y Púnicos*, vol. 3, Cádiz, pp. 1625-1630.

MARTIN, J.M., MARTIN, J.A., ESQUIVEL, J.A., y GARCÍA, J.R. (1991-2) "Una aplicación del análisis cluster a las necrópolis tartésicas y fenicias: contraste y asociación", *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 16-17, pp. 303-324.

MARTIN RUIZ, J.M., MARTIN RUIZ, J.A. y ESQUIVEL, J.A. (1996) "Análisis arqueológico y estadístico de la necrópolis del Cortijo de las Sombras (Frigiliana, Málaga)", *Actas del I Congreso de Historia Antigua de Málaga*, Málaga, pp. 167-176.

MOREL, J.P. (1984) "Greek Colonization in Italy and in the West (Problems of Evidence and Interpretation)", *Crossroads of the Mediterranean*, Lovaina, pp. 123-161.

MORENO ARRASTIO, F. (2000) "Tartessos, estelas, modelos pesimistas", *Ier Coloquio del CEFYP*:

*Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*, Madrid, pp. 153-171.

NENCI, G y CATALDI, S. (1983) "Strumenti e procedure nei rapporti tra greci e indigeni", *Forme di contatto e processi di trasformazione nella società antiche*, Pisa-Roma, pp. 581-604.

OSUNA, M. y REMESAL, J. (1981) "La necrópolis de Boliche (Villaricos, Almería)", *Archivo de Prehistoria Levantina*, 16, pp. 373-416.

RAMÓN TORRES, J. (1981) "Sobre els orígens de la colonia fenicia d'Eivissa", *Eivissa*, 12, pp. 24-31.

RAMOS SAINZ, M<sup>a</sup>L. (1990) *Estudio sobre el ritual funerario en las necrópolis fenicias y púnicas de la Península Ibérica*, Madrid.

RECIO RUIZ, A. (1993) "Vestigios materiales cerámicos de ascendencia fenicio-púnica en la provincia de Málaga", *Madridener Mitteilungen*, 34, pp. 127-141.

RODERO, A., MADRIGAL, A, PEREIRA, J., CHAPA, T., PEREA, A. y PEREZ-DIE, C. (1988) "Las más antiguas manifestaciones funerarias del yacimiento de Villaricos (Almería)", *Spanu, Publicaciones en Internet* II, (<http://www.labherm.filol.csic.es>).

RUBIO, R. y SIERRA, R. M. (1993) "Sobre la adscripción cultural de la necrópolis de Frigiliana (Málaga)", *Actas del I Coloquio de Historia Antigua de Andalucía*, Córdoba, pp. 119-124.

RUIZ CABRERO, L.A. (2002) "El estuche con banda mágica de Moraleda de Zafayona (Granada): una nueva inscripción fenicia", *Rivista di Studi Punici*, 2, e.p.

RUIZ GÁLVEZ, M<sup>a</sup>. (1992) "La novia vendida: orfebrería, herencia y agricultura en la Protohistoria de la Península Ibérica", *Spal*, 1, pp. 219-251.

RUIZ MATA, D. (1991) "El túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres", *I-IV Jornadas de Arqueología Fenicio-Púnica*, Ibiza, pp. 207-220.

- (1994) "El Bronce en el Bajo Guadalquivir", *Edad del Bronce*, Xinzo de Limia, pp. 233-276.

- (2001) "Arquitectura y urbanismo en la ciudad protohistórica del Castillo de Doña Blanca (El Puerto de St. María, Cádiz)", *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, pp. 261-274.

RUIZ MATA, D. y PÉREZ, C .J. (1989) "El túmulo 1 de la necrópolis de Las Cumbres (Puerto de Santa María, Cádiz)", *Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir*, Sabadell, pp. 287-295.

- (1996) "Aspectos funerarios en el mundo orientalizante y colonial de la Andalucía occidental", *Arqueologia da morte na Península Ibérica desde as orixes ata o Medioevo*, Xinzo de Limia, pp. 171-221.



SCHUBART, H. y NIEMEYER, G.H. (1968) "Toscanos und Trayamar. Grabungskampagne 1967", *Madrid Mitteilungen*, 11, pp. 76-106.

SIRET, L. (1907) *Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigodas y árabes*, Madrid.

TSIRKIN, Ju. B. (1981), "Phönizier und Spanien. Zum Problem der kulturellen Kontakte": *Klio*, 63, pp. 411-421.

VUILLEMOT, G. (1955) "La nécropole punique du phare dans l'île de Rachgoun (Oran)", *Lybica*, 3, pp. 7-62.

WACHTEL, N. (1978) "La aculturación", *Hacer la historia*, vol. 1, Barcelona, pp. 135-156.

WAGNER, C.G., (1989) "The Carthaginians in Ancient Spain. From Administrative Trade to Territorial Annexation", *Punic Wars: Studia Phoenicia*, X, pp. 145-156.

- (1993) "Aspectos socioeconómicos de la expansión fenicia en Occidente: el intercambio desigual y la colonización agrícola", *Estudis d'Història econòmica*, 1991. 1, *Economia i societat a la Prehistòria i Món Antic*, Palma de Mallorca, pp. 13-37.

- (1995) "Fenicios y autóctonos en Tartessos. Consideraciones sobre las relaciones coloniales y la dinámica de cambio en el Suroeste de la Península Ibérica", *Trabajos de Prehistoria*, 52, 1, pp. 109-126.

- (2000) "Elites, parentesco y dependencia en Tartessos", *Las edades de la dependencia*, Madrid, pp. 321-347.

- (2001) "Comercio, colonización e interacción cultural en el Mediterráneo antiguo y su entorno. Ensayo de aproximación metodológica", *Colonos y comerciantes en el Occidente Mediterráneo*, Almería, pp. 13-56.

WAGNER, C.G., PLÁCIDO, D. y ALVAR J., "Consideraciones sobre los procesos de estatalización en la Península Ibérica", *Homenaje a M. Fernandez Miranda: Complutum extra*, 6, vol. 2, 1966, pp. 139-150.

WHITTAKER, C.R. (1974) "The Western Phoenicians: Colonization and Assimilation", *Papers of the Cambridge Philological Society*, 200 (n.s. 20). pp. 58-79.

- (1978) "Carthaginian Imperialism in the Fifth and Fourth Centuries", *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge, pp. 59-90.



*Capítulo 5*

FENICIOS  
EN  
TARTESSOS:  
¿INTERACCIÓN  
O  
COLONIALISMO?





La presencia fenicia en Tartessos se ha venido caracterizando como un proceso histórico de signo positivo, tanto para los colonizadores como para las poblaciones autóctonas peninsulares que entraron en contacto con ellos. Son muy pocos los investigadores que han señalado el conflicto y la violencia como partes integrantes de dicho proceso (Tsirkin 1997; Moreno Arrastio 1999; Wagner 2005), al tiempo que se excluye o silencia cualquier tipo de explotación económica y se concede a las segundas un destacado, cuando no, absoluto protagonismo, de tal manera, que los fenicios estarían en Tartessos porque su presencia era vista por los autóctonos como una posibilidad clara de mejora y progreso y, sobre todo, porque éstos se lo permitían y consentían. ¿Son realmente esas las circunstancias en que transcurre un proceso colonialista?

Probablemente no. Tal vez por ello, últimamente se tiende a eliminar la colonización (y el colonialismo), como un rasgo propio de los fenicios establecidos en Tartessos, subrayando sobre todo el destacado papel que adquiriría la aculturación y la interacción entre los dos mundos en contacto (Ruiz Mata 2006: 67). Y también debe ser por esa misma razón que se admite que Tartessos resultaría ininteligible sin la presencia fenicia, quedando ésta sin embargo bastante diluida en el seno de unas relaciones esencialmente no conflictivas y mu-

tuamente beneficiosas con las poblaciones autóctonas (Celestino Pérez 2008: 224 ss). Se piensa, además, que no resulta muy admisible considerar, tras varias generaciones, a los descendientes de aquellos primeros colonos como fenicios estrictamente y no como tartesios de pleno derecho. Entramos aquí en el espinoso tema de las identidades y su posible reflejo en el registro arqueológico (Hernando Gonzalo 1995).

Un descendiente de fenicios que llevan viviendo varias generaciones en Occidente ¿ha dejado de ser fenicio y se ha convertido en tartesio?. Si Tartessos es el resultado de la presencia fenicia en el extremo Occidente podríamos considerar que el fenicio que reside allí es tartesio, de alguna manera. ¿Pero ha dejado por ello de ser fenicio?. No parece probable si sigue hablando y escribiendo en fenicio, habitando en casas construidas como las casas fenicias, cocinando según la costumbre fenicia, comiendo y bebiendo en una vajilla fenicia, frecuentando santuarios edificadas a la manera fenicia y enterrándose según los ritos y las creencias fenicias. Con todo, es necesario señalar que la identidad étnica no es más que una entre otras identidades sociales y no siempre la más importante para establecer relaciones con otros individuos y comunidades. Además hay distintos niveles de etnicidad, esto es: se puede ser fenicio y al mismo tiempo, tirio, gadeirita o tartesio, igual que



hay diversos niveles de identidad cultural: el familiar, el local, el regional, y no siempre se actúa de la misma forma en todos ellos.

Y hablando de identidad, ¿se pierde la identidad colonial al cabo de varias generaciones?. ¿Y qué es una identidad colonial?. Como se ha señalado recientemente a propósito de los asentamientos fenicios occidentales: “Prácticas materiales asociadas a la arquitectura, a los rituales llevados a cabo en los ámbitos domésticos y funerarios, a las vajillas utilizadas en el consumo de determinadas comidas y bebidas, a las instalaciones tecnológicamente novedosas en el Mediterráneo occidental como la siderurgia o la alfarería a torno fueron los ejes que permitieron construir en estos escenarios una identidad colonial” (Delgado y Ferrer 2007a: 16). Bien, ¿no podría haber ocurrido lo mismo en Tartessos?.

### **1. EN BUSCA DE UNA IDENTIDAD: LAS FUENTES LITERARIAS.**

Las tradiciones literarias sobre Tartessos (Blázquez 1969; Wagner 1986; De Hoz 1989) permiten identificar dos periodos cronológicos distintos. Uno que comprende desde finales del siglo VII a. C hasta mediados del VI en el que las menciones a Tartessos adquieren el carácter de un topónimo y más concretamente de un coróni-

mo y otro, desde el siglo V a. C. en adelante, en que aparece el etnónimo *tartésio* (Alvarez Martí-Aguilar 2009). Trabajos recientes han minimizado bastante, por otra parte, el retrato histórico de un personaje como Argantonio, al que se considera como una figura llena de una carga mitológica que lo asemeja a un “guardián de la Edad de Plata” (Araujo Albuquerque 2008a) y que por su comportamiento (hospitalidad y generosidad) y su riqueza y longevidad adquiere características propias de los hombres limítrofes que habitan los confines del mundo y que viene a cumplir la función de un Alcínoo occidental en la construcción de un relato de viajes (el de los focenses) independientemente de reflejar o no la realidad (Araujo Albuquerque 2008b: 75 ss).

También se ha señalado, tras un análisis de los testimonios antiguos que avalan la identificación de topónimos como Cotinusa, Tarteso o Gadir, que “la fuerte vinculación del topónimo “Tarteso” con el ámbito gaditano, y muy concretamente con una de las islas que integraban su archipiélago, permite planear la hipótesis de que el nombre de Tarteso fuera otorgado, desde sus primeras apariciones, a realidades inscritas en el paisaje geográfico y humano de los fenicios implantados en el suroeste de la Península Ibérica” (Alvarez Martí-Aguilar 2007: 491). De acuerdo con todo ello, parece bastante difícil -al margen de si en las menciones a Tartessos co-

mo corónimo o al étnico *tartésio* debemos contemplar una posible presencia fenicia, lo que no es del todo descartable (Alvarez Martí-Aguilar 2009: 103 ss) o incluso si Tartessos fuera un nombre aplicado en momentos antiguos al ámbito colonial de Gadir (Alvarez Martí-Aguilar 2008)-, identificar Tartessos con una realidad anterior, y más concretamente con la que la investigación arqueológica y el paradigma dominante hace arrancar de un Bronce Final libre aún de los fenicios, rasgo este último que, como se verá, resulta cada vez más controvertido.

Parece, por el contrario, más aceptable considerar que, al menos desde mediados del siglo X a. C., esta realidad, que resulta inseparable de los viajes y el asentamiento de los fenicios en el extremo occidente, fue conocida en las fuentes orientales (fundamentalmente bíblicas, pero no sólo) con el nombre de Tarsis, como bien ha demostrado M. Koch (2003: 215 ss) y los hallazgos arqueológicos recientes parecen querer confirmar. Nos encontraríamos, por tanto, con una identidad temprana, la de Tarsis (luego conocida como Tartessos por los griegos), que resulta desde un comienzo una mezcla de grupos de población oriental y autóctona, en un ámbito que tiene muchos visos de constituir un claro ejemplo de colonialismo.

## **2. SOBRE LA RECUPERACIÓN COMERCIAL DE TIRO TRAS LA CRISIS DEL 1200 A. C.**

Como en muchos otros lugares de Mediterráneo Oriental, el colapso del sistema comercial regional a finales del siglo XIII a. C. supuso la interrupción de los contactos marítimos de las ciudades costeras de Fenicia con el Egeo y otras regiones del Mediterráneo. No está claro hasta que punto algunas de ellas pudieron resultar afectadas por la ola de destrucción que sacudió toda la zona (Gilboa 2005: 49 ss), pero, en cualquier caso, las que escaparon a la devastación, como parece haber sido el caso de Tiro, que sin embargo muestra una disminución drástica de las importaciones entre el 1200 y el 1050 a. C. (Aubet 2000: 79), mantuvieron, pese a todo, su actividad comercial con Chipre y Egipto (Gilboa 2005: 62).

De acuerdo con M<sup>a</sup> E. Aubet (2000: 80) la evidencia arqueológica señala claramente que desde el siglo XI a. C. Tiro está asumiendo un papel importante en el control del comercio marítimo interregional. La reestructuración de las estrategias de la producción, que se percibe en la aparición de una zona dedicada al trabajo de la cerámica, joyería y textiles, orientada ahora a la manufactura de bienes de intercambio, coincide con la presencia de las primeras importaciones procedentes de Chipre, Grecia y Egipto, lo que indica una recuperación del comercio a larga distancia.

Tal vez por ello debamos preguntarnos si, a la recíproca, esto no significaría una cada vez más activa presencia de los fenicios de Tiro en aquellos lugares que como Paleopaphos, Amathonte y Salamis en Chipre, Lefkandi en Eubea (Negbi 1992: 605 ss), la necrópolis de Tekke en Knossos o el templo A de Kommos, ambos en Creta (Shaw 1989), manifiestan la llegada de importaciones y de personas desde el siglo XI y durante el siglo X a. C. procedentes de un ambiente cultural fenicio. Ya que la cerámica de Eubea en este periodo solo aparece en Tiro y que Hiram I tiene que sofocar una insurrección en Chipre, parece bastante lógico considerar que son los fenicios de Tiro los principales impulsores de todas estas actividades.

En cualquier caso, la expansión comercial y colonial de los fenicios revela una estrategia perfectamente programada y organizada (Aubet 2008: 249) y todo ello viene a encajar bastante bien con una política de expansión tiria que se inaugura, según una de las más acreditadas tradiciones del Próximo Oriente en la Antigüedad, con la conquista simbólica de los confines del mundo, representada por la llegada de los tirios a Gadir, Lixus y Utica en torno al 1100 a. C. (Wagner 2008).

### **3. EL CARÁCTER POCO PACÍFICO DE LA INCIPIENTE EXPANSIÓN TIRIA.**

Diversas investigaciones arqueológicas muestran como Tiro inicia, desde mediados del siglo XI a. C. una expansión territorial hacia la fértil llanura costera de la región de Akko y Monte Carmelo, unos 45 km al sur de la ciudad, destruyendo algunos asentamientos ocupados por los “pueblos del mar” como Dor y probablemente Akko, y ocupando otros sitios como Achziv, Tell Abu Hawam, Tell Keisan, Kabul, Shikmona, Tell Mevorakh, Tell Qasile y Tell Michal (Stern 1991: 92 ss; Aubet 2000: 81). Tiro consigue de esta forma el control de lugares no solo costeros sino algunos también situados sobre las colinas de la Baja Galilea, bastante tiempo antes de la supuesta compra a Salomón de las “tierras del país de Kabul”, denominación administrativa del territorio de la tribu de Asher en Galilea (Lemaire 1991), con lo que se quiebra la imagen que teníamos del auge de Tiro mediante la diplomacia y el comercio.

Los niveles de destrucción en lugares como Dor y Akko revelan una estrategia claramente violenta y coercitiva, dirigida no solo a dominar la entera franja costera entre Tiro y Monte Carmelo, sino también a apropiarse de una región clave para el desarrollo agrícola y el control de las rutas terrestres (Aubet 2000: 92 ss). Asimismo, una serie de fortificaciones de casamatas en la



Alta Galilea (Ben-Ami 2004), con claros paralelos fenicios en otros lugares de Oriente, está sugiriendo un ambiente de pugna por el control de estos territorios. Si nos atenemos a la información bíblica, una parte de aquellas tierras en las que moraban las gentes de la tribu de Asher, debió, por consiguiente, haber escapado al control de Tiro después de su anexión en la segunda mitad del siglo XI a. C., tal vez por obra de las conquistas de David (Aubet 2000: 88), que sin embargo parece haber sido aliado también del monarca de Tiro, según Flavio Josefo, por lo que Hiram I estaría después interesado en su adquisición, dada su importancia agrícola, y habría decidido finalmente comprarlas a Salomón.

No obstante, si las recientes propuestas sobre la dimensión más modesta del reino de Israel por aquella época, que rebajan considerablemente el poder ejercido por David y Salomón y el alcance de sus conquistas sin caer en las tesis minimalistas (Ruiz Cabrero y Wagner 2005) resultan creíbles, Hiram se convierte, siguiendo el modelo del periodo histórico precedente, en un rey poderoso que mantiene tratos y relaciones desiguales con otros príncipes y monarcas de la región, y la noticia<sup>2</sup> sobre la pretendida compra del país de Kabul no estaría sino ocultando la exigencia del soberano de Tiro de control total sobre unas tierras en las que, desde su anexión por los fenicios, habitaban también gentes is-

raelitas. Por otra parte, como ha señalado F. López Par-do (2000: 24): “Hiram no parece ser el artífice de una incipiente expansión por el territorio circundante, Líbano y Chipre, sino el heredero de una presencia colonial firme en Chipre y una red comercial ya consolidada en Occidente”.

#### **4. TESTIMONIOS DE LA TEMPRANA PRESENCIA DE FENICIOS EN TARTESSOS: EL EMPORIO PRECOLONIAL DE HUELVA.**

Los recientes hallazgos del denominado “emporio precolonial de Huelva” (González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 29 ss; 2008a: 631-655) muestran como, desde la perspectiva de la investigación arqueológica, una presencia de fenicios procedentes de Tiro es tan antigua en el extremo Occidente como en Eubea o Creta. De los 7.936 fragmentos de cerámica revisados, 3.233 pertenecen a vasos de tradición fenicia (platos, cuencos, lucernas, jarros, ánforas, etc.) de los que los elementos más consistentes para establecer la antigüedad de la presencia de fenicios en Huelva son un conjunto de once ánforas del tipo 12 de Tiro (Bikai) y, quizás, un probable jarro del tipo 9 y tres “spouted jug”, 4.703 a vasos de tradición indígena, 33 a griegos, 30 a sardos, 8 a chipriotas y 2 a villanovianos. Entre las cerámicas griegas, destacan 9 vasos adscritos al Geométrico Medio II ático –c. 800 a 770/760 a.C.– (2 cántaros, 2 esci-

fos, 3 cántaros o escifos, un jarro y un asa) y 21 al Subprotogeométrico Eubeo-cicládico (2 escifos con semicírculos colgantes, 15 platos con semicírculos colgantes y, más dudosos, un alabastrón, una tapadera, un jarro y un asa). De estos, los más antiguos podrían ser algunos platos (González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 66 ss) que A. Nitsche adscribe al Subprotogeométrico I-II (c. 900-850 a.C.). Una inscripción (la nº 2) sobre la superficie externa del cuerpo de un ánfora ha podido ser fechada, por sus paralelos con un ostracón hallado en Israel, en los siglos XI-X a. C (González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 133). Junto a las cerámicas, destacan, además, los restos de trabajo de marfil, madera, hueso, ágata y trabajos metalúrgicos de plata, hierro y cobre presentes en las escorias, crisoles, hornos, moldes de fundición, y piezas acabadas encontradas, además de algunos vestigios de actividades agropecuarias (González de Canales, Serrano y Llompart 2004: 143 ss, 157 ss, 163 ss, 167 ss, 173 ss).

Igualmente interesantes resultan las determinaciones de fechas calibradas de C 14 en el mismo contexto. A tal respecto, cabe señalar una presencia fenicia en el lugar en la primera mitad del siglo IX a. C, si bien es posible que ésta fuera incluso anterior ya que existe al menos una fecha que se remonta al 980/890 a. C. con un 60% de probabilidad (Nijboer y Plicht 2006: 35). A. Me-

deros (e. p.) considera por su parte “la presencia provisionalmente de cuatro posibles fases, Huelva 1a-Tiro 14, ca. 1015-975 AC; Huelva 1b-Tiro 13, ca. 975-960 AC; Huelva 2a-Tiro 10b y 10a, ca. 930-920 AC; y Huelva 2b-Tiro 7 y 6, ca. 875-825 AC. Una posibilidad alternativa sería unificar el material de Huelva 1a-b y Tiro 13 ca. 975-960 AC y Huelva 2a-b y Tiro 7-6 ca. 875-825 AC., por la presencia de formas cerámicas ya menos frecuentes en estratos más modernos, lo que implicaría la presencia de dos grandes fases”.

Así que los fenicios se habrían instalado en Huelva a finales del siglo X a. C., sino antes como parece pausable, por lo que la posterior presencia fenicia en el lugar, documentada entre otros indicadores por la arquitectura (Rodríguez Muñoz 2004: 56, 57 y 59; Izquierdo 1998), y que habría convertido Huelva en un emplazamiento bipartito en el que los autóctonos habitarían originariamente las laderas medias de los cabezos mientras el “barrio” fenicio se extiende por la parte baja de la ciudad (Pellicer 1996), se remonta a momentos muy tempranos, lo que ha llevado a identificarla con la Tarsis bíblica (González de Canales, Serrano y Llompart 2008).

Todos estos hallazgos suponen, por otra parte, que el supuesto carácter prefenicio de la fase I del Cabezo de San Pedro se esfuma por completo, pues su repertorio autóctono se encuentra bien representado, junto a cerámicas fenicias, en los materiales del “emporio precolonial de Huelva”, con lo que los tartesios precoloniales dejan de ser evidentes en este contexto (González de Canales, Serrano y Llompart 2008b: 80). Y también pueden influir decisivamente a favor de los fenicios en el debate que se viene planteando sobre los orígenes autóctonos o no de la copelación de la plata en Tartessos (Izquierdo 1997).

## **5. EL SANTUARIO DE ASTARTÉ EN EL CARAMBOLO.**

Tras las excavaciones de 2001-2005 el Carambolo ha dejado de ser tartésico. Después de varias campañas realizadas por A. Fernández Flores y A. Rodríguez Azogue han salido a la luz las estructuras arquitectónicas de un santuario, de planta y técnica constructiva oriental, que llega a alcanzar una gran complejidad y a ocupar un área muy extensa durante sus cuatro fases de desarrollo, que comienzan en algún momento entre finales del siglo X y el último cuarto del siglo IX a. C. Entre las distintas sorpresas que han deparado las excavaciones se encuentra la identificación del supuesto “fondo de cabaña”, en el que había sido hallado el célebre tesoro y sobre el cual el propio Mata Carriazo había expresa-

do algunas dudas, como una fosa vertedero de índole ritual.

No menos sorprendente es la aparición de cerámicas a torno en el estrato IV de dicho “fondo de cabaña”, ahora fosa ritual, ya que los materiales que se habían documentado en las excavaciones antiguas se consideraron típicos del Bronce Final tartésico, y por ende precolonial, y se utilizaron para datar toda una serie de estratigrafías en otros yacimientos tartésicos. Así que, según se desprende de los nuevos hallazgos: “La presencia de materiales a torno en el nivel IV del “fondo de cabaña” y su cronología absoluta, lo invalidan como referente para determinar el horizonte previo a la presencia fenicia, entendido éste como periodo precolonial o Bronce Final y, en consecuencia, a las distintas estratigrafías que se han basado en éste, bien de forma directa o indirecta. Por tanto, los niveles iniciales de la serie de yacimientos analizados deben considerarse como coetáneos a la presencia oriental, se cual fuese el origen de los elementos foráneos presentes e independientemente de la fecha que se otorgue al fenómeno colonial o a una posible precolonización” (Fernández Flores y Rodríguez Azogue 2007: 77 ss).



Tradicionalmente relacionada con el Protogeométrico griego los hallazgos de varias piezas en Paterna de la Ribera (Medina Sidonia, Cádiz) de cerámicas geométricas pintadas chipriotas han permitido a M. Pellicer (2006: 28) considerar que: “Los motivos pintados de la cerámica geométrica chipriota fueron imitados e introducidos en el repertorio de las cerámicas pintadas de tipo Carambolo y en las grabadas del Bronce Final tartésico de los siglos X-VIII a. C.”. Pero hay otras implicaciones, si consideramos que la decoración geométrica de estas cerámicas peninsulares del Bronce Final se ha considerado inspirada en los patrones estilísticos de telas y tejidos importados del Mediterráneo oriental que serían “identificativos de rango social y de la imagen del “príncipe oriental” y se difunden en la Península ibérica hacia mediados del siglo X a. C.” (Cáceres Gutiérrez 1997: 137). ¿Sería ahora, a la luz de la nueva evidencia, muy arriesgado considerar que los fenicios han podido estar relacionados con ello?.

También es importante el papel que vienen a adquirir las cerámicas de retícula bruñida que, junto con las geométricas, sirvieron para identificar los niveles fundacionales de los asentamientos tartésicos y que podrían estar indicando la presencia de gentes autóctonas que participaban en los procesos de trabajo en los asentamientos fenicios. Destaca, sobre todo, la ausencia de

grandes contenedores, para lo que se emplearon normalmente ánforas fenicias, como las encontradas en el Carambolo Bajo, y suelen aparecer en los asentamientos fenicios de la costa. Cerámicas a mano de similar tradición autóctona han aparecido también en otros enclaves fenicios más lejanos, como Lixus (Aranegui Gascó 2001: 77 ss; López Pardo 2002: 120 ss), Mogador (López Pardo 1996: 364 ss) y en la misma Cartago (Mansel 2000: 170 ss). También están documentadas en algunos lugares frecuentados o habitados por los fenicios en Portugal, como Lisboa, Alcáçova de Santarém, Santa Olaia, Alcácer do Sal y Setubal (Arruda 1999-2000: 116, 174 ss, 183). Tal dispersión, bastante amplia, sugiere una muy cercana vinculación a los colonos fenicios, pero dado su carácter mayoritario de cerámica doméstica parece que se pueden excluir las razones de tipo comercial.

En definitiva, una presencia temprana al igual que sucede en el emporio precolonial de Huelva, de los fenicios en el Carambolo en un santuario de Astarté, como había sospechado inicialmente A. Blanco (1979: 95 ss) y después J.L. Escacena y M. Belén (1995: 86), y en la que gentes autóctonas parecen haber sido empleadas como auxiliares o fuerza de trabajo, lo que sugiere un contexto de cariz colonialista.

## 6. ¿TEMPLOS FENICIOS EN LUGARES AUTÓCTONOS?.

En Montemolín (Marchena, Sevilla) han salido a la luz, junto a una vivienda fenicia, restos y plantas de edificios (c y d) que tienen su origen en Siria y Fenicia, con gran desarrollo en los siglos VIII-VII a. C. (Chávez Tristán y De la Bandera 1991). Un análisis minucioso del registro arqueológico y el estudio faunístico realizado ha permitido identificar uno de ellos, el denominado edificio D, como parte de un centro ceremonial en el que se llevaban a cabo ofrendas y sacrificios. Por otro lado, la iconografía orientalizante de las cerámicas policromas de este yacimiento se ha considerado propia de individuos que, pese a su ascendencia foránea, llevan viviendo largo tiempo en la Península (Chávez Tristán y De la Bandera 1993: 71 ss). Todo hace pensar en un grupo de población fenicia que reside en el asentamiento.

Hallazgos en Carmona, como el recinto ceremonial excavado en el solar de la casa-palacio del Marqués de Saltillo, ubicado en el barrio más próximo a la necrópolis de la Cruz del Negro (Belén 1994), sugiere por la riqueza y profunda simbología de sus materiales, la presencia de una comunidad oriental afincada en el lugar (Belén y Escacena 1995: 86, 91 ss), por lo que no extrañará que algunas de las cerámicas “orientalizantes” encontradas hayan sido atribuidas, a partir del análisis iconográfico y estilístico, a una

producción fenicia de ámbito colonial (Belén *et al.* 2004: 165).

Intervenciones arqueológicas en el Cerro de San Juan en Coria del Río (Sevilla), han sacado a la luz sectores de un santuario oriental, altar de lingote chipriota o “piel de toro” incluido, y viviendas adyacentes que formarían parte de un barrio fenicio ubicado en la *Caura* tartésica, por aquel entonces situada junto a la paleo desembocadura del Guadalquivir (Escacena 2002, Escacena e Izquierdo 2001).

Otro santuario de cariz oriental se conoce desde tiempo atrás en Cástulo (Jaén), donde también se ha detectado posibles evidencias de mestizaje así como un ritual funerario de tradición semita en la selección de los objetos del ajuar para ceremonias de libación, combustión de esencias y ofrendas (De la Bandera y Ferrer Albelda 1995), que también aparece en muchos enterramientos de las necrópolis “orientalizantes”.

Finalmente el santuario oriental de Castro Marín (Arruda 2007) y la posible existencia de otro en Tavira (Fraga da Silva y Pereira Maia 2004) vienen a sumarse a esta lista. La presencia de estos santuarios y lugares

de culto en el territorio considerado tartésico implica la de un contingente de gentes fenicias, más que una profunda aculturación religiosa de los autóctonos, y constituyen un claro exponente de una situación de colonialismo en la que las grandes instituciones, como es el templo, adquieren relevancia y pasan a un primer plano. En este sentido, el templo es un elemento dinamizador de la colonización y, sobre todo, un factor de control, no solo ideológico, sino también político. No olvidemos que: “Los cultos, son, como las armas, instrumentos de monopolio, cuyo control y concesión se rigen por los mismos principios de proteger ante todo su propia reproducción” (Moreno Arrastio 2008: 56).

## **7. FENICIOS Y/O AUTÓCTONOS: IDENTIDAD Y ARQUEOLOGÍA.**

Una población mestiza culturalmente, y habría que preguntarse si no lo era también en su composición étnica, al menos en una parte, puede ser detectada en muchos otros yacimientos orientalizantes, como en la fase V del Cerro de los Infantes en la Vega de Granada, con habitaciones cuadrangulares de nueva planta, cerámicas grises, platos de engobe rojo, ánforas R-1 y Cruz del Negro, materiales que no se diferencian mucho de los de los asentamientos fenicios de la costa (Mederos Martín y Ruiz Cabrero 2002: 58). También

una inscripción funeraria en caracteres cursivos fenicios sobre una lámina de oro con figuración egipcia, perteneciente a un varón y procedente de Moraleda de Zafayona (Granada) vuelve a sugerir la presencia fenicia en el interior (Ruiz Cabrero 2003).

En Tejada la Vieja (Huelva) la aparición de construcciones con zócalo de piedra y planta rectangular y un urbanismo planificado en torno a calles de trazado rectilíneo (Fernández Jurado y García Sanz 2001: 166 ss) parecen responder al asentamiento de población fenicia en el lugar a partir de finales del siglo VII a. C. (Wagner 2000: 333; Diez Cusí 2001: 100), más que a una aculturación arquitectónica y urbanística que no se percibe rápida ni generalizada en lugares como Los Alcores de Sevilla, la zona costera al este del Estrecho, pese a la temprana y abundante presencia de asentamientos fenicios, o el área del S.E. peninsular (Wagner 2007: 64 ss). En la propia Huelva perviven varios ejemplos del hábitat en cabañas en momentos tan avanzados del orientalizante como mediados del siglo VI a. C. (Rodríguez Muñoz 2004: 56).

Parece claro que se trata de un tipo de construcciones que responden a una sociedad basada



en lazos familiares, sin especialización ni grandes diferencias jerárquicas (García Sanz 1990: 158; Rodríguez Muñoz 2004: 54) por lo que resulta difícil considerar que este tipo de hábitat sencillo no sea un indicio de una sociedad poco desarrollada tecnológicamente sino reflejo de una ideología isonomista que oculta la expresión de las diferencias socioeconómicas entre los individuos que tampoco la manifiestan en el ámbito funerario. Me pregunto entonces, como podremos llegar a captarlas a través del registro arqueológico que constituye nuestra única fuente de información. Otros creen, sencillamente, que aún no se han encontrado las residencias “aristocráticas” que podrían estar en la parte no excavada e intramuros de los poblados (Gómez Toscanos y Campos Carrasco 2008: 135 ss).

Puesto que la cabaña circular ha sido considerada como un indicador étnico (Izquierdo 1998), ¿no asume entonces la arquitectura oriental un papel similar?. En este sentido se ha señalado que en los asentamientos fenicios: “Este estilo arquitectónico expresaba materialmente un claro vínculo entre la colonia y las tierras de origen de sus fundadores. A través de las formas de sus casas, sus talleres y almacenes los residentes de esta comunidad crearon lazos identitarios con la metrópolis oriental y con otros enclaves fenicios

de las costas atlánticas y mediterráneas. Al mismo tiempo, esta arquitectura oriental generaba una enorme distancia visual entre el asentamiento colonial y los poblados de las comunidades nativas, formados por agrupaciones de pequeñas cabañas circulares de paredes construidas con entramados vegetales y barro que se elevaban sobre zócalos de piedra.” (Delgado y Ferrer 2007a: 3ss). ¿No podrían ser, por tanto, la arquitectura y el urbanismo oriental de Tejada la Vieja, así como la arquitectura oriental de Huelva y Coria del Río un claro ejemplo de un fenómeno similar?. Parece lógico pensar que así es, por lo que estaríamos ante la presencia de uno claro indicador de la construcción de una identidad colonial en Tartessos.

En lugar de enterramiento de estos colonos sigue siendo una incógnita, toda vez que aún es objeto de debate el supuesto carácter oriental que se ha atribuido a algunas de las necrópolis consideradas como tartésicas. En este contexto, muy recientemente el hallazgo de la necrópolis de Rabadanes (Las Cabezas de San Juan, Sevilla), así como su estudio han permitido sugerir su carácter oriental, al tiempo que se reconoce como tales Cruz del Negro y Angorilla (Pellicer y Escacena 2007: 18 ss), con lo que la discusión sigue abierta. Por otro lado, la presencia de parte de un repertorio cerámico que no sigue la tradición fenicia

podría estar indicando, al contrario que en los asentamientos coloniales de la costa en los que la construcción de la identidad colonial segrega las cerámicas autóctonas y las prácticas asociadas en el registro funerario fenicio (Delgado y Ferrer 2007b: 46), que en el territorio tartésico la distancia social entre ambos grupos (colonos y autóctonos) no es tan amplia como en las colonias del litoral ibérico.

Un posible indicio de ello puede ser la adopción de un elemento oriental, como es la urna “tipo Cruz del Negro”, que ahora sabemos que aparece también en las necrópolis fenicias de Andalucía (Rodríguez Muñoz 2006), por parte de los autóctonos, lo que estaría evidenciando no tanto una aculturación en el terreno de las prácticas y rituales funerarios cuanto un claro ejemplo de “mentalidad colonial” en el que se intenta construir una identidad distintiva, dentro de un proceso de hibridación cultural (van Dommelen 1997: 309), para redefinirse en el contexto colonial en relación a la cultura dominante de los colonizadores.

## **8. COLONIALISMO, CONVIVENCIA, CONFLICTO.**

Una identidad que no parece ser la misma que la de aquellos que imitan, en metal, la vajilla funeraria fenicia compuesta por jarros, platos y lucernas. Como

se ha afirmado: “La práctica totalidad de los objetos de bronce que circulan entre los aristócratas locales son productos salidos de los talleres enclavados en las factorías fenicias de la costa hispana” (Jiménez Avila 2002: 379), mientras que los marfiles “orientalizantes” (Aubet 1978, 1980), que se distinguen perfectamente de los que encontramos en las colonias fenicias de la costa, y de los que se ha dicho también que pueden ser obra de un taller o talleres locales “orientalizantes” de inspiración fenicia, se distribuyen en un ambiente geográfico tan amplio, desde Portugal hasta Cartago y la isla de Samos, que sugiere una activa presencia fenicia.

Todo ello nos muestra un procedimiento típicamente colonialista en el que los colonizadores proporcionan a las elites locales que colaboran con ellos objetos de prestigio y de poder, como ocurre también con las elites atlánticas con las que compiten los nuevos mecanismos identitarios integrados ya en la esfera del poder colonial (Perea 2005: 102), pero sin que se realice nunca una transferencia tecnológica (Jiménez Avila 2002: 380) que garantice, al menos en este ámbito, el de la expresión y legitimación del poder, la independencia de aquellas. Sumisión, pues, a cambio de participar de ciertas ventajas del impuesto sistema colonialista.

Esta aparente “convivencia”, no debe por tanto llevarnos a engaño. A pesar de la insistencia de la crítica postcolonial en la necesidad continua de “negociaciones” que garanticen la viabilidad del proceso, lo cierto es que la ventaja tecnológica –que no se transfiere (otro aspecto del monopolio)- y el poder político, expresado por los templos, favorecían sin duda alguna a los fenicios. Con todo, se ha insistido mucho en el carácter pacífico de las relaciones de interacción entre los fenicios y los autóctonos. Ya hemos visto como no toda la expansión tiria puede considerarse como pacífica y una serie de trabajos recientes han venido a llamar la atención sobre cuestiones como el conflicto y la violencia en el ámbito de la colonización fenicia arcaica en Occidente (Wagner 2005; Moreno Arrastio 1999, 2000, 2001).

Por otra parte, se ha señalado recientemente que la propia dinámica de crecimiento de la colonización fenicia generaría un fuerte impulso hacia un monopolio, de un espacio protegido primero, de territorios, recursos, medios, más adelante, que intentará replicarse en cada una de sus acciones y cuya única alternativa es el conflicto abierto o la sumisión (Moreno Arrastio 2008: 51-57). Y en este contexto la superioridad tecnológica de los colonizadores parece una buena baza. Pero además, constituye una

importante contradicción afirmar el carácter pacífico de la sociedad autóctona del Bronce Final en base a la ausencia de fortificaciones en los asentamientos y armas en las tumbas y admitir, al mismo tiempo, la existencia de una sociedad guerrera estructurada en torno a jefaturas militares sobre la base de las estelas decoradas del SO, que han sido recientemente adscritas a un ámbito cronológico contemporáneo dentro del Bronce Final (Galán s.f.). Una cosa parece clara, si el prestigio es uno de los elementos del lenguaje simbólico de las estelas, lo que no siempre es admitido, el otro lo es la violencia con su representación de armas (Moreno Arrastio 2000).

Parece, en definitiva, que conflictos y violencia no debieron estar ausentes del todo en ese Tartessos que ahora se vislumbra como: “la coexistencia difícil de dos mundos que se vieron uno a otro distintos” en el marco de unas relaciones “...tan conflictivas como muestran otras muchas colonizaciones históricas por doquier” (Escacena 2004: 16).

## **9. A VUELTAS CON EL “INTERCAMBIO DESIGUAL”.**

No son pocos los investigadores reacios a admitir la existencia de un “intercambio desigual” en las relaciones económicas que ellos juzgan, a pesar de la



ventaja tecnológica de los fenicios, en un plano de igualdad. Argumentan, además de una política de pactos que aseguren las transacciones, que el valor de uso de las manufacturas fenicias entre los autóctonos a quienes estaban destinadas no tenía porque equivaler a su valor de cambio, ya que gozaban de una alta estimación entre aquellos, lo que equivale a no haber comprendido la dinámica del intercambio desigual. No se trata del valor de uso o valor de cambio, sino, precisamente, del coste social de producción de lo que se intercambia, de ahí es de donde proceden, precisamente, los beneficios.

Ahora bien, aquellos que obtienen mayor beneficio, en este caso los colonizadores fenicios, no se están tan sólo aprovechando de las diferencias en costes sociales de producción, sino que, precisamente por ello, el intercambio desigual encubre una realidad de sobre-explotación del trabajo, que se articula en la transferencia entre sectores económicos que funcionan sobre la base de relaciones de producción diferentes. Así, el modo de producción propio de las comunidades autóctonas, al entrar en contacto con el modo de producción de los colonos orientales queda dominado por él y sometido a un proceso de transformación. La contradicción característica de tal transformación, la que realmente la define, es aquella que toma su entidad en las relaciones econó-

micas que se establecen entre el modo de producción local y el modo de producción dominante, en las que este preserva a aquel para explotarlo, como modo de organización social que produce valor en beneficio del colonialismo, y al mismo tiempo lo destruye al ir privándole, mediante la explotación, de los medios que aseguran su reproducción (Wagner 1993: 17; Meillassoux 1977: 131 ss).

El asunto es por tanto mucho más amplio y complejo que una política colonial de pactos y alianzas con las élites locales, con cuyo reforzamiento político consiguen los colonizadores que les sea reclutada la fuerza de trabajo necesaria y que, una vez movilizada, sea conducida por las propias elites hacia las actividades de interés para ellos. Al mismo tiempo es necesario preservar las condiciones locales de la reproducción de la fuerza de trabajo, que, sin embargo, resultarán, a la larga, modificadas. Tal es la dinámica que explica, por ejemplo, los cambios que al término del periodo "orientalizante" transformaron radicalmente las relaciones entre los colonizadores fenicios y la población autóctona.

Por otra parte, como ha sido muy bien observado, desde nuestra preocupación actual en los mecanismos que evitan los conflictos preferimos ignorar que en

muchas ocasiones la existencia de pactos no es tanto un recurso que asegure la convivencia, cuanto una amplia precaución, una respuesta adaptativa del grupo que se sabe débil en el contexto del contacto colonial (Moreno Arrastio 2001: 113). Además la diferencia fundamental de la colonización respecto al comercio es que en esta la apropiación de recursos ajenos reproduce, transformándose al mismo tiempo, la formación social originaria de los colonizadores que ahora va a entrar en contacto tal cual con el mundo autóctono. Y en esta reproducción se manifiestan muchas veces sus propias contradicciones, unas antiguas y heredadas de la metrópolis, otras en cambio nuevas, consecuencia del propio proceso colonizador, lo que le convierte en un fenómeno expansivo, de gran dinamismo histórico. Así, en sus relaciones con la población autóctona los colonizadores se hallaban mediatizados por las propias relaciones que la dinámica histórica del proceso colonial estableció entre ellos, haciendo de sus relaciones con aquella no una cuestión de etnia o de diferencias culturales sino de clase (Wagner 2001: 30). Así, el tipo de desigualdad social que genera las relaciones en el ámbito colonial con los fenicios difiere netamente de la incipiente jerarquización dentro de los linajes de finales de la Edad del Bronce.

## **10. HACIA UN NUEVO MODELO EXPLICATIVO.**

Recientemente se ha concluido que “Tartessos no fue una civilización indígena, sino la realidad que conocieron los griegos cuando llegaron a la Península Ibérica en el siglo VII a. C., un conglomerado de colonias fundadas por orientales que llevaban dos siglos viviendo en ellas” (Fernández Flores y Rodríguez Azoge 2007: 269). Si bien esto parecerá a muchos una propuesta radical, lo cierto es que viene a decir casi lo mismo que había declarado M. Koch mucho tiempo atrás (Koch 1984) y yo mismo no me encuentro muy alejado de ella. No obstante, durante los últimos veinticinco años han imperado un paradigma, que como muestra el muy completo estudio historiográfico de M. Álvarez Martí-Aguilar (2005: 205 ss), se ha caracterizado por su fuerte autoctonismo y que últimamente muestra como característicos los siguientes componentes:

- Aculturación en lugar de colonización
- Búsqueda de una aristocracia preferencia
- Coexistencia y cooperación
- Igualdad en las relaciones económicas

Con todo, y gracias a los recientes descubrimientos se está configurando un nuevo modelo explicativo, deudor también en parte de la oposición de algunos

---

investigadores al hasta ahora paradigma dominante, en el que prevalecen:

- Una cada vez más temprana presencia fenicia
- Una reducción del protagonismo autóctono, limitado a ciertas pequeñas élites y a fuerza de trabajo para los colonizadores
- Una aculturación escasa y muy limitada socialmente
- Colonialismo y explotación económica
- Tensiones y conflictos como consecuencia de todo ello.

De esta forma, si el “orientalizante” es fundamentalmente un fenómeno de emulación y de economía de bienes de prestigio que afecta sobre todo a las élites autóctonas en el marco de un contacto entre sociedades desiguales (Aubert 2005) ¿qué es lo que nos queda entonces de Tartessos?: Unas poblaciones que no parecen haberse beneficiado mucho de la presencia fenicia y, sobre todo, evidencias cada vez más sólidas de una temprana instalación de grupos ciertamente densos de colonizadores en su territorio.

## **A modo de conclusiones.**

Como resultado de los nuevos descubrimientos de una temprana presencia fenicia en Huelva y El Carambolo el denominado “Bronce Final tartésico precolonial” esta en trance de desaparecer. Lo cual tiene no pocas implicaciones. Que el conocimiento de la copelación y el inicio de la extracción de la plata no corresponda a los autóctonos y que fueran introducidos por los fenicios es una de ellas. Que la presencia fenicia más temprana no se limitara a simples contactos comerciales, sino que implicara grupos densos de población es otra. Que desde muy pronto los templos, como representantes específicos de la monarquía tiria, articularon esa presencia, constituye otra más. Que la fuerza de trabajo autóctona estuviera desde un principio al servicio de los intereses de los colonizadores, es seguramente una de las más significativas. Que todo ello generara una dependencia económica y tecnológica viene a sumarse a la lista. Y que Tartessos no fuera sino el resultado del colonialismo fenicio en el sur de la Península Ibérica es seguramente la mejor manera de englobarlo todo.



## BIBLIOGRAFIA

ALVAREZ MARTI-AGUILAR, M. (2005), Tarteso. La construcción de un mito en la historiografía española, Málaga.

- (2007), “Arganthonius Gaditanus. La identificación de Gadir y Tarteso en la tradición antigua”, *Klio*, 89, 2, 477-492.

- (2008), “Los griegos y Gadir: Tarteso, el drago y el bronce de Samos”, en P. Anello y J. Martínez-Pinna (eds.), *Relaciones interculturales en el Mediterráneo antiguo: Sicilia e Iberia*, Málaga, 83- 100.

- (2009), “Identidad y etnia en Tartessos”, *Arqueología Espacial*, 27, 79-111.

ARANEGUI GASCO, C. (2001), *Lixus. Colonia fenicia y ciudad púnico-mauritana: Saguntum, extra 4*, Valencia.

ARAUJO ALBUQUERQUE, P. (2008a), “ Argantónio, um “guardião” da “Idade da Prata”. A possível estrutura mítica do rei tertésico”, *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 6, 1, 159-173.

- (2008b), *Tartessos: entre mitos e representações*, vol. 1, Lisboa.

ARRUDA, A. M. (1999-2000), Los fenicios en Portugal. Fenicios y mundo indígena en el centro y sur de Portu-

gal (siglos VIII-VI a. C.): Cuadernos de Arqueología Mediterránea, 5-6, Barcelona.

- (2007) “Os fenícios e a urbanização no Extremo Ocidente: o caso de Castro Marim”, en J.L. López Castro (ed.), *Actas del III Coloquio del CEFYP: Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo occidental*, Almería, 459-482.

AUBET, M<sup>a</sup> E. (1978), “Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. I. Cruz del Negro”, *BSAA*, 44, 15-88.

- (1980), “Los marfiles fenicios del Bajo Guadalquivir. II. Acebuchal y Alcantarilla”, *BSAA*, 46, 33-92.

- (2000), “Aspects of Tyrian trade and colonization in the Eastern Mediterranean”, *Münstersche Beiträge zur Aintiken Handelgeschichte*, XIX, 70-120.

- (2005), “El “orientalizante”: un fenómeno de contacto entre sociedades desiguales”, ”, en S. Celestino y J. (eds.), *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Anejos AEspArq*, 35, Madrid, 117-128.

- (2008), “Political and economic implications of the new phoenician chronologies”, en C. Sagana (ed.), *Beyond the Homeland: Markers in Phoenician Chronology*, Leuven, 247-259.

BELEN, M<sup>a</sup> (1994), “Carmona Prerromana: Nuevos datos para la historia de la ciudad durante en I Milenio a.

C”, *Leyenda y arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica*, Madrid, vol. III, 20-27.

BELEN, M<sup>a</sup> y ESCACENA, J.L. (1995), “Interacción cultural fenicios-indígenas en el Bajo Guadalquivir”, *Arqueólogos, historiadores y filólogos. Homenaje a F. Gascó: Kolaïos*, 4, 67-102.

BELEN, M<sup>a</sup> et al. (2004), “Imaginería orientalizante en cerámicas de Carmona (Sevilla), Huelva Arqueologica, 20, 149-169.

BEN-AMI, D. (2004), “The casamate fort at Tel Harashim in Upper Galilee”, *Tel Aviv*, 31, 194-208.

BLANCO, A. (1979), *Historia de Sevilla. I. La ciudad Antigua*, Sevilla.

BLAZQUEZ, J. M. (1969), “Fuentes griegas y romanas referentes a Tartessos”, Tartessos. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular, Barcelona, 91-110.

- (2005), “Evolución del concepto orientalizante en los últimos 50 años en la investigación hispana”, en S. Celestino y J. (eds.), *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Anejos AEspArq*, 35, Madrid, 129-148.

CACERES GUTIERREZ, Y. E. (1997), “Cerámicas y tejidos: sobre el significado de la decoración geométrica del Bronce Final en la Península Ibérica”, *Complutum*, 8, 1997, 125-140.

CELESTINO PEREZ, S. (2008), “Tartessos”, en F. Gracia Alonso (coord.), *De Iberia a Hispania*, Barcelona, 93-345.

CHAVES TRISTAN F. y DE LA BANDERA, M<sup>a</sup>L. (1991) “Aspectos sobre el urbanismo en Andalucía Occidental durante los siglos VII.VI a. C a la luz del yacimiento de Montemolín (Marchena, Sevilla)”, *Atti del 2º Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici*, Roma, vol. II, 691-714.

- (1993) “Problemática de las cerámicas orientalizantes y su contexto”, en F. Villar y J. Untermann (coords.), *V Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la P. Ibérica: Lengua y Cultura en la Hispania prerromana*, Salamanca, 1993, 49-90.

DE HOZ, J. (1989), “Las fuentes escritas sobre Tartessos”, Tartessos. Arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir, Barcelona, 25-43.

DE LA BANDERA, M<sup>a</sup>L. y FERRER ALBEDA, E. (1995), “Reconstrucción del ajuar de una tumba de Cástulo: ¿Indicios de mestizaje?”, *Arqueólogos, historiadores y filólogos. Homenaje a F. Gascó: Kolaïos*, 4, 53-65.

DELGADO, A. y FERRER, M. (2007a). “Contactos culturales en escenarios coloniales: la construcción de nuevas identidades en ámbitos coloniales fenicios del Mediterráneo occidental”:

<http://traumwerk.stanford.edu:3455/CulturesofContact/admin/download.html?attachid=73544>.

- (2007b), “Alimentos para los muertos: Mujeres, rituales funerarios e identidades coloniales”, *Treballs d'Arqueologia*, 13, 29-68.

DÍES CUSÍ, E. (2001), “La influencia de la arquitectura fenicia en las arquitecturas indígenas de la Península Ibérica (s. VIII-VII)”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 69-121.

ESCACENA, J.L. (2002), “Dioses, toros y altares. Un templo para Baal en la antigua desembocadura del Guadalquivir”, *Ex Oriente Lux: Las religiones orientales antiguas en la Península Ibérica*, Sevilla, 33-75.

- (2004) “Tartessos (des)orientado”, XVIII Jornadas de Arqueología fenicio-Púnica, Ibiza, 7-55.

ESCACENA, J.L. - IZQUIERDO, R. (2001), “Oriente en Occidente: Arquitectura civil y religiosa en un “barrio fenicio” de la Caura tartésica”, ) en D. Ruiz Mata y S. Celestino Pérez (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 159-171.

FRAGA DA SILVA, L. y PEREIRA MAIA, M. G. (2004), “Culto de Baal em Tavira”, *Huelva Arqueológica*, 20, 171-194.

FERNANDEZ FLORES, A. y RODRIGUEZ AZOGUE, A. (2007), *Tartessos desvelado. La colonización fenicia en*

el Suroeste peninsular y el origen y ocaso de Tartessos, Córdoba.

FERNANDEZ JURADO, J. y GARCÍA SANZ, C. (2001), “Arquitectura orientalizante en Huelva”, en D. Ruiz Mata y S. Celestino (eds.), *Arquitectura oriental y orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid, 159-172.

GALAN, E. (s.f.), “Las estelas del suroeste: ¿historias de gentiles damas y poderosos guerreros?”, Seminario: Acercándonos al pasado, Museo Arqueológico Nacional:

[http://man.mcu.es/museo/JornadasSeminarios/acercandonos\\_al\\_pasado/archivos\\_pdf/galan.pdf](http://man.mcu.es/museo/JornadasSeminarios/acercandonos_al_pasado/archivos_pdf/galan.pdf)

GARCÍA SANZ, C. (1990), “El urbanismo protohistórico de Huelva”, *Huelva Arqueológica*, 10-11, 143-175.

GILBOA, A. (2005), “Sea Peoples and Phoenicians along the Southern Phoenician Coast-A Reconciliation: An Interpretation of Sikila (SKL) Material Culture”, *BASOR*, 337, 2005, pp. 47-78.

GOMEZ TOSCANOS, F. y CAMPOS CARRASCO, J. M. (2008), “El Bronce Final prefenicio en Huelva según el registro arqueológico del Cabezo de San Pedro. Una revisión cuarenta años después.”, *Complutum*, 19, 1, 121-138.

GONZALEZ DE CANALES, F., SERRANO, L. y LLOMPART, J. (2004) *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a. C.)*, Madrid.



- (2008a) ., “The emporium of Huelva and Phoenician chronology: Present and future Possibilities”, en C. Sagona (ed.), *Beyond the Homeland: Markers in Phoenician Chronology*, Leuven, 631- 655.

- (2008b) “Tarsis y la monarquía unificada de Israel”, *Gerión*, 26, 1, 61-88.

HERNANDO GONZALO, A. (1995), “La etnoarqueología hoy: una vía eficaz de aproximación al pasado”, *Trabajos de Prehistoria*, 52, 2, 15-30.

IZQUIERDO, R. (1998), “La cabaña circular en el mundo tartésico. Consideraciones sobre su uso como indicador étnico”, *Zephyrus*, 51, 277-288.

- (1997), “Sobre la copelación de la plta en el mundo tartésico”, *Spal*, 6: 87-101.

JIMENEZ AVILA, J. (2002), *La Toréutica orientalizante en la Península Ibérica*, Madrid.

KOCK, M. (1984), *Tarschlsch und Hispanien. Historisch-geographische und namenkundliche Untersuchungen zur phonikischen Kolonisation der iberischen Halbinsel*, Berlin, *Madrider Forschungen*, 14.

- (2003), *Tarsis e Hispania. Estudios histórico-geográficos y etimológicos sobre la colonización fenicia de la Península Ibérica*, Madrid.

LEMAIRE, A. (1991), “Asher et le royaume de Tyr”, en E. Lipinski (ed.), *Phoenicia and the Bible: Studia Phoenicia*, XI, Louvain, 135-152.

LOPEZ PARDO, F. (1966), “Informe preliminar sobre el estudio del material cerámico de la factoría fenicia de Essaouira (Antigua Mogador)”, *Complutum*, extra 6, 1, 359-368.

- (2000), *El empeño de Heracles. La exploración del Atlántico en la Antigüedad*, Madrid.

- (2002), “Traslado de poblaciones entre el norte de Africa y el sur de la Península Ibérica en los contextos coloniales fenicio y púnico”, *Gerión*, 20, 2002, 113-152.

MANSEL, K. (2000), “Consideraciones sobre la importancia de los productos indígenas en Cartago durante los siglos VIII y VII a. C. A propósito de la cerámica decorada a mano”, en A González Prats (coord.), *Fenicios y Territorio: Actas del II Seminario Internacional sobre temas fenicios*, Alicante, 2000, 169-187.

MEDEROS MARTIN, A. (e.p.), “La cronología de Huelva fenicia”, en A. Arruda (ed.), *VI Congresso Internazionale di Studi Fenici e Punici (Lisboa, Septiembre 2005)*. Universidade de Lisboa.

MEDEROS MARTIN, A. Y RUIZ CABRERO, L. A. (2002), “La fundación de Sexi-Laurita (Almuñecar, Granada) y los inicios de la penetración fenicia en la vega de Granada”, *Spal*, 11, 41-68.

MEILLASSOUX, C. (1977), *Mujeres, graneros y capitales*, México.

MORENO ARRASTIO, F. (1999), “Conflictos y perspectivas en el periodo precolonial tartésico”, *Gerión*, 17, 149-177.

- (2000) “Tartessos, estelas, modelos pesimistas”, en P. Fernández Uriel, C. G. Wagner, F. López Pardo (eds.), *Actas del I Coloquio del CEFYP: Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo*, Madrid, 153-174.

- (2001) “Sobre anomalías e interpretación de los objetos orientalizantes de la Meseta”, *Gerión*, 19, 2001, 99-125.

- (2008) “En El Corazón de las tinieblas. Forma y dinámica de la colonización fenicia en Occidente”, *Gerión*, 26, 1, 2008, 35-60.

NEGBI, O. (1992), “Early Phoenician presence in the Mediterranean islands: A Reappraisal”, *American Journal of Archaeology*, 96, 4, 599-615.

NIJBOER, A. J. y van der PLICHT, J. (2006), “An interpretation of the radiocarbon determinations of the oldest indigenous-Phoenician stratum thus far, excavated at Huelva, Tartessos (south-west Spain)”, *BABesch*, 81, 31-36.

PELLICER, M. (1996), “Huelva tartesia y fenicia”, *Rivista di Studi Fenici*, 24, 119-140.

- (2006), “Momentos precoloniales y precolonización en Iberia: nuevos datos”, *Rivista di Studi Fenici*, 34, 1, 9-37.

PELLICER, M. y ESCACENA, J. L. (2007), “Rabadanes. Una nueva necrópolis de época tartésica en el Bajo Guadalquivir”, *Lucentum*, 26, 7-19.

PEREA, A. (2005), “Mecanismos identitarios y de construcción del poder en la transición Bronce-Hierro”, *Trabajos de Prehistoria*, 62, 2, 91-103.

RODRIGUEZ MUÑOZ, R. (2004), “Análisis de los espacios domésticos y comunitarios en la arquitectura prerromana de Huelva”, *Saguntum*, 36, 2004, 53-60.

- (2006), “Estudio sobre la presencia y el uso de las urnas Cruz del Negro en las necrópolis fenicias de Andalucía”, *Saguntum*, 38, 93-108.

RUIZ CABRERO, L.A. (2003), “El estuche con banda mágica de Moraleda de Zafayona (Granada): una nueva inscripción fenicia”, *Byrsa*, 1, 85-106.

RUIZ CABRERO, L.A. y WAGNER, C. G. (2005), “David, Salomón e Hiram de Tiro. Una relación desigual”, *Isimu*, 8, 107-112.

RUIZ MATA, D. (2006), “Tartessos”, *Protohistoria de la Península Ibérica*, Barcelona, 1-190.

SHAW, J.W. (1989), “Phoenicians in Southern Crete”, *American Journal of Archaeology*, 93, 2, 165-183.

STERN, E. (1991), "Phoenicians, Sikils, and Israelites in the light of recent excavations at Tell Dor", en E. Lipinski (ed.), *Phoenicia and the Bible: Studia Phoenicia*, XI, Louvain, 85-94.

TSIRKIN, Ju. B. (1997), "The Phoenicians and Tartessos", *Gerión*, 15, 1997, 243-251.

VIVES-FERRANDIS SANCHEZ, J. (2006), *Negociando encuentros: situaciones coloniales e intercambios en la costa oriental de la Península Ibérica (ss. VII-VI a. C.)*, Barcelona.

van DOMMELEN, P. (1997), "Colonial constructs: colonialism and archaeology in the Mediterranean", *World Archaeology*, 28, 3, 305-323.

WAGNER, C.G. (1986) "Tartessos y las tradiciones literarias", *Rivista di Studi Fenici*, 14, 2, 201-228.

- (1993), "Aspectos socioeconómicos de la expansión fenicia en Occidente: el intercambio desigual y la colonización agrícola", *Economia i societat a la prehistòria i món antic: Estudis d'Història econòmica*, 1993 1, 13-37.

- (2000), "Elites, parentesco y dependencia en Tartessos", *Las edades de la dependencia*, Madrid, 2000, 321-347.

- (2001), "Comercio, colonización e interacción cultural en el Mediterráneo antiguo y su entorno. Ensayo de Aproximación metodológica", en J. L. López Castro

(ed.), *Colonos y comerciantes en el Occidente Mediterráneo*, Almería, 13-56.

- (2005), "Fenicios en el Extremo Occidente: conflicto y violencia en el contexto colonial arcaico", *Revista Portuguesa de Arqueologia*, 8, 2, 177-192.

- (2007), "El urbanismo fenicio de época arcaica y su impacto en las sociedades autóctonas", en J. L. López Castro (ed.), *Actas del III Coloquio del CEFYP: Las ciudades fenicio-púnicas en el Mediterráneo occidental*, Almería, 43-68.

- (2008), "Tiro, Melkart, Gadir y la conquista simbólica de los confines del mundo", en González Antón, R., López Pardo, F. Y Paña Romo, V. (eds.), *Actas del IV Coloquio del CEFYPL: Los fenicios y el Atlántico*, Madrid, 11-29.